

Smiley Blanton

Diario de mi análisis con Freud



Título de la edición original:

DIARY OF MY ANALYSIS WITH SIGMUND FREUD

Biblioteca de la Esfinge
Colección dirigida
por RAÚL SCJARRETTA

Derechos Reservados

Traducción:
MARTHA EGÚA

BF

173

F85

B57

Primera Edición 1974



Instituto del Departamento de Arte
de Ediciones Corregidor
Realización: RUBÉN REY

098304

© EDICIONES CORREGIDOR
Talcahuano 463, Buenos Aires
Hecho el depósito de ley
Impreso en la Argentina

Universidad
Iberoamericana

098304

PREFACIO

Margaret Gray Blanton.

A la muerte de mi esposo —el doctor Smiley Blanton—, en octubre de 1966, a los ochenta y cuatro años, encontré entre sus manuscritos, un diario de su análisis con Sigmund Freud. El diario consistía en alrededor de ciento veinte páginas escritas a máquina. Cubría el período inicial de su análisis en Viena, desde setiembre de 1929 a junio de 1930, y dos períodos subsiguientes, de cerca de dos semanas cada uno, que se desarrollaron durante los veranos de 1935, 1937 y 1938. Las páginas escritas a máquina eran copia de las anotaciones originales apuntadas en agendas de tapas duras, día por día, a medida que avanzaba el análisis.

En ese entonces, Freud sólo aceptaba pacientes cuyo proyecto fuese convertirse en analistas profesionales. Por lo tanto, desde el comienzo, el propósito del diario no era efectuar un registro detallado de la historia de un caso clínico. Por el contrario, las anotaciones consistían en acontecimientos destacables e incidentes notables, seleccionados de la hora analítica, y se proponían servir de base a una monografía sobre el método de Freud para conducir un análisis. Freud conocía estas anotaciones y no puso objeción alguna respecto del uso futuro que mi esposo pudiera hacer de ellas. En esas cuestiones, Freud sostenía que todo individuo era completamente libre para escribir como quisiera sus experiencias personales, incluso acerca del análisis.

En consecuencia, el plan de mi esposo era agregar datos pasados, notas explicatorias, y donde fuese necesario comentarios psicoanalíticos, que hicieran del diario un amplio documento histórico de interés tanto general como científico.

Al parecer, en realidad nunca llegó a escribir este material suplementario. Por cierto: el pesado horario de trabajo de un analista profesional, deja poco tiempo para otros compro-

misos de naturaleza extensa. Pero mi esposo utilizó su tiempo libre en escribir una media docena de libros, solo o en colaboración, así como numerosos artículos y monografías, aunque fue difiriendo año tras año su trabajo en el diario. Es posible que no haya habido tiempo para todo lo que planeó escribir o tal vez, que las demoras se debieran a una duda natural acerca de la inclusión —aunque fuese mínima— de la historia íntima personal que apenas puede eludirse mencionar en un trabajo de este tipo.

El plan de escritura de Smiley, cuando lo discutí conmigo, era, en primer lugar, una descripción de su primera impresión del profesor, más o menos cada vez, en la medida que sentía esa impresión como la más fresca; a continuación, aquello que decían y hacían cuando se encontraban; luego, cualquier polémica sobre la didáctica del análisis a seguir. Después de eso, el material onírico y el trabajo analítico sobre el mismo.

Pero en el manuscrito, tal como lo encontré, esta última parte era muy rudimentaria. Cuando aparecía el material sobre los sueños, con frecuencia era muy breve y simplemente seguido por las palabras “y así siguiendo”. La discusión de este material era la parte de su trabajo que estaba guardando para un día futuro en que pudiera escrutar su fantástica memoria en forma deliberada. Por supuesto, una parte estaba en el manuscrito, pero tuvo que ser cortado por mí en forma arbitraria, porque sentí que ese material íntimo, a menos que estuviera plenamente explicado, sólo podía conducir a falsas conclusiones.

En todo caso, el manuscrito que dejó, era sólo el núcleo esencial del trabajo terminado que se escribiría alrededor del mismo. Y aunque reconocidamente incompleto, sigue siendo un documento tal vez único en la literatura psicoanalítica, ya que proporciona lo que podría describirse como una serie de instantáneas, que muestran a Freud en acción, por así decirlo, en el rol de un analista con un analizado.

No conozco ningún trabajo publicado que intente describir a Freud en este aspecto particular, y por esa razón creo que este diario, aunque constituye una versión incompleta de aquello que mi esposo intentó que fuese, tiene un valor científico e histórico que merece publicarse en su presente forma.

Resulta obvio decir que Smiley, cuando quiso convertirse en analista, aspiró a entrenarse con Freud. Si había una fuente, ésa era Freud, y palabras como "el padre del análisis" se le aplicaban adecuadamente.

Smiley había leído los libros de Freud con gran avidez, a medida que salían, y había sido muy criticado por los sabios indiferentes por creer que Freud sabía lo que decía.

Existía también otro elemento en su afán por trabajar con Freud: Smiley era una persona con un mínimo de prejuicio, y sentía que allí tenía una oportunidad para obtener de un judío superior, aspectos de nuestra cultura judeo-cristiana.

Desde época temprana, Smiley era un lector veloz y empecinado, de manera que cuando su lectura del domingo era limitada por su familia presbiteriana a la Biblia y a Shakespeare, él, de manera alguna, perdía. Emprendió la lectura de la Biblia de principio al fin, dos veces. A Shakespeare, no sólo lo leyó, sino que también lo memorizó.

En el proceso de estudio de la Biblia, se formó tempranamente sus propias convicciones religiosas que, hasta el fin, experimentaron pocos cambios. No le importaba, ni podía ser persuadido de aceptar ningún credo rígido creado por el hombre. Su creencia estaba fundada en la básica convicción de la igualdad de los hombres. Y hasta el fin, esto penetraba todo su pensamiento. Pensaba que el prejuicio contra los judíos era tanto "medieval" como "vulgar" y, por parte de un seguidor de Jesús, impensable.

Una cierta similitud y una cierta diferencia entre el profesor (así se lo llamaba casi universalmente) y mi esposo, resultan interesantes y podrían iluminar en cierta medida la relación entre ambos.

El profesor fue criado en el apogeo de la dominación de Viena sobre el mundo social y científico. Carruajes tirados por caballos maravillosamente selectos y decorados, poblados con emperadores y miembros reales, deben haber sido visiones comunes para él. Él debe haber tenido que bajar del pavimento más de una vez para dejar pasar a estos pavos reales. Y siendo un miembro de una minoría racial, debe haber sido conciente de tal necesidad.

Smiley, por su parte, fue criado en el viejo Sur, poco después

de que éste sufriera la derrota devastadora de la Guerra Civil, pero con la ventaja de ser miembro de la raza dominante.

Y sin embargo, en muchos aspectos, esta educación era similar. Smiley pertenecía a una familia presbiteriana muy rígida, cuyas ideas acerca del comportamiento correcto regían y limitaban a una persona en casi todas las direcciones.

En cuestiones prácticas, las vidas de estos dos hombres eran sorprendentemente diferentes. El "carruaje del emperador" de Smiley era un coche bien lustrado que subía las rocosas carreteras de Tennessee. Su aristocracia fue Lee y Jackson. Las condecoraciones que usaban sus héroes eran las mangas vacías y las piernas de palo de los viejos soldados.

Sus pasados eran tan distintos, que uno podría sentirse tentado de pensar que estaban demasiado lejos uno del otro. Pero sus raíces asociativas se hallaban, profundamente, en el mismo material, y sus lugares de encuentro eran más amplios que sus divisiones, porque ambos aún tenían a Shakespeare y a la Biblia.

A fines de 1927, Smiley abandonó la Universidad de Minnesota en Minneapolis, donde había organizado el primer centro de orientación infantil de los Estados Unidos, vinculado a las escuelas públicas de la ciudad, para ocupar su nuevo puesto en el Colegio Superior de Vassar en Poughkeepsie, Nueva York. Había sido invitado para organizar y dirigir la escuela para niños, propuesta para la cual se había erigido un nuevo edificio, y para dar cursos sobre orientación infantil en la escuela.

En Vassar, construimos una casa para nosotros en la creencia de que este sería nuestro lugar permanente. Sin embargo, en 1929, la situación que se había desarrollado en la escuela no permitió que Smiley realizara sus planes originales, especialmente en cuanto a la enseñanza. Por lo tanto, sintió que debía operarse un cambio en su carrera profesional, y decidió que quería establecerse en la ciudad de Nueva York, donde iniciaría una práctica privada como psicoanalista. Había trabajado en psiquiatría en Johns Hopkins, bajo la dirección del Dr. Adolph Meyer y luego recibió su diploma en neurología y medicina psicológica de la Real Escuela Superior de Médicos y Cirujanos de Londres. Ahora, tenía la esperanza de

obtener la preparación adicional necesaria, yendo a Europa a estudiar con Freud, si esto podía arreglarse.

Afortunadamente, con la ayuda generosa del Dr. George Amsden, que era el segundo a cargo del Hospital Bloomingdale mientras estábamos en Vassar, Smiley pudo poner su plan en funcionamiento. El Dr. Amsden y su esposa habían sido nuestros amigos desde los días pasados en Johns Hopkins, y cuando supimos que el Dr. Amsden iba a Budapest a estudiar con el Dr. Sandor Ferenczi, uno de los colegas más cercanos y antiguos de Freud, le pedimos que nos ayudara a obtener la aceptación de Freud para analizar a Smiley.

El Dr. Amsden se ocupó él mismo en nombre de Smiley. Se obtuvieron las necesarias cartas de recomendación y, finalmente, Freud escribió para decir que podía arreglar para que Smiley comenzara su análisis a comienzos de setiembre. Otro norteamericano, el Dr. McCord, finalizaba su análisis en ese momento, y dejaba la hora libre en el horario de Freud.

Se había obtenido un permiso por un año de ausencia con Vassar, y a fines del verano de 1929, tomamos un barco que tardaba diez días en llegar a Londres. De allí fuimos a París, mientras Smiley iba directamente a Berchtesgaden, donde Freud pasaba el verano, y comenzó el curso de preparación para su nuevo trabajo. Más tarde nos reencontramos en Viena.

Es mi esperanza que este libro sea también de especial interés como una perspectiva personal del observador sobre el gran fundador del psicoanálisis en los últimos años de su vida.

He agregado notas introductorias y explicativas para familiarizar al lector —donde parecía necesario— con acontecimientos pasados y circunstancias de ese momento del análisis. No intentan de manera alguna, tomar el lugar de las notas y comentarios psicoanalíticos personales que mi esposo proyectó escribir. Están dadas, simplemente, como un marco de referencia para ayudar a situar el diario en una perspectiva histórica.

Margaret Gray Blanton
Nashville, Tennessee.

INTRODUCCION

Iago Galdston

¿Cómo era ser paciente de Freud, el analizado del creador del psicoanálisis? La pregunta resulta aún más enigmática si se tiene en cuenta que está dirigida a un paciente que es el mismo psiquiatra.

Freud tuvo una larga carrera profesional. Trató pacientes, literalmente, hasta el momento de su invalidez final y muerte. Sus pacientes fueron numerosos, pero pocos son los informes de pacientes en tratamiento con Freud.

En cierta medida, esto resulta comprensible. El paciente, profundamente involucrado en su propia terapia, está en una posición en la que difícilmente puede distanciarse y observar críticamente el proceso de tratamiento. Ni tampoco puede estudiar objetivamente al analista, con quien está comprometido en una interacción emocional.

Freud se oponía (no prohibía) a la presencia de público, así como también a las revelaciones privadas de lo que sucedía durante la hora analítica. No es que Freud quisiera mantenerlo secreto, sino más bien, que no había una tercera persona —a menos que pudiera estar informado acerca de *todo* lo que sucedía en las interacciones entre el analizado y el analista, lo cual era sin duda absolutamente imposible— que pudiera apreciar y entender lo que sucedía en realidad, fáctica y dinámicamente. Freud expuso en forma adecuada, en libros y artículos, los procesos del psicoanálisis, citando casos específicos, pero esta constituía la historia del terapeuta, no la del paciente. En los últimos años, algunos ex pacientes aventurados, en su mayoría publicistas profesionales, han escrito sus análisis. Algunas de sus narraciones son interesantes para leer, pero, en efecto, rara vez son más que caricaturas o algo así como reseñas novelescas de sus experiencias terapéuticas.

Pero ¿qué ha pasado con el analizado psiquiátrico? Sólo unos

pocos escribieron sobre su experiencia con Freud, y como era de esperarse, cuentan más de Freud como persona que de Freud como terapeuta, menos de sus historias como caso y más de la impresión que Freud les causó. Al leer tales "revelaciones" —digamos por ejemplo la de Adolf Stern, Roy Grinker, y, para agregar una curiosa, la de Joseph Wortis— uno se sorprende por el hecho de que, como podía esperarse, lo que se observaba dependía de la personalidad y el carácter del observador. Tales "revelaciones", sin embargo, no se suman a una descripción paradójica, sino más bien a una descripción en profundidad de la compleja personalidad de Freud.

Es a esta descripción a la que el *Diario de mi análisis con Sigmund Freud* de Smiley Blanton, aporta una única y preciosa contribución. Para el mismo Blanton era única y preciosa. Más de treinta años de mi vinculación íntima con Smiley, me convencieron de esto.

Conocí a Smiley a fines del veinte. En ese entonces yo estaba a cargo de un curso en la Universidad de Nueva York, sobre problemas de conducta en niños. Me hacía gran falta un libro de texto apropiado, y en mi búsqueda, encontré el trabajo recientemente publicado por Smiley y Margaret Blanton, cuyo nombre era *Orientación para niños*. Me sentí impresionado por el libro y lo adopté como texto.

En ese entonces, Smiley estaba trabajando y enseñando en Vassar. Poco después, supe que había abandonado Vassar y que estaba viviendo en la ciudad de Nueva York. Lo invité a una charla con mi grupo de alumnos, y él lo hizo con gusto. En este, nuestro primer encuentro, yo me sentí muy atraído por el hombre. No sólo era una persona bien informada, reflexiva y original, sino también transparentemente sincera y agradable. Poseía un humor juguetón, que podía poner en práctica sin hostilidad, aunque era directo en sus condenas a la malicia, la pretensión y la mentira. Había en él una gran parte del muchacho exhuberante, aún en sus años maduros, y también mucho del poeta.

Recuerdo un incidente interesante que refleja las cualidades de Smiley como persona. Cuando Smiley aún era un recién llegado, una vez le pregunté a A. A. Brill qué pensaba de él. Brill me respondió que en un primer momento tuvo sus re-

servas. Smiley estaba tratando a un joven esquizofrénico a quien Brill consideraba inadecuado para una terapia individual. ¿Lo estaba haciendo por razones financieras? Luego, Brill descubrió que Smiley estaba tratando al muchacho sin cobrar. Su razón era ver qué podía hacer con el joven, aparentemente deshauciado.

Otro incidente resulta de interés. Por la época de la citada experiencia, se me pidió que tratara a una joven, que era una persona interesante y culta, miembro de una distinguida familia. Pensé que era mejor no hacerme cargo de su tratamiento, porque yo estaba muy íntimamente ligado a algunos viejos miembros de su familia. La derivé en cambio a Smiley, quien asumió su terapia con excelentes resultados. El objeto de este relato es señalar que Smiley, en ese momento, no tenía pacientes, y el que yo le envié, si no el primero, se encontraba entre los primeros que tenía en la ciudad. Por supuesto, yo no lo sabía cuando le mandé el caso, pero Smiley imaginó mi acción como de gran consideración, y periódicamente, y en forma embarazosa, me abrumaba con innmerecida gratitud. ¡Era sin duda un alma muy generosa!

Las relaciones de Smiley con el Reverendo Norman Vincent Peale, sus estudios conjuntos con Margaret Blanton sobre las "curas milagrosas" en Lourdes, su constante interés por la poesía y la literatura dramática, su gusto por los animales en general y por los pájaros en particular, todas estas son facetas de este individuo único, cuyas notas sobre su análisis con Freud se publican aquí. Estas no contienen revelaciones nuevas o sobrecogedoras, pero ofrecen el placer de ver a un hombre grande y extraordinario a través de los ojos de otro.

Iago Galdston, M. D.

DIARIO DE MI ANÁLISIS CON FREUD

Smiley Blanton

Berchtesgaden Grand Hotel

Setiembre 1º, 1929

Ayer ví al profesor Freud por primera vez, siendo mi cita a las tres. Me sentí muy mortificado por llegar tarde. El conductor de mi taxi, a pesar de haberse asegurado cuando salimos del hotel, demostró no conocer la ubicación de la casa de Freud, y cuando finalmente la encontró eran las tres y veinte.

Yo había desarrollado una cierta ansiedad por el comienzo de mi análisis. Como parte de la resistencia, me había hecho un pequeño tajo en el dedo a la mañana y también sufría de un ataque no muy severo de indigestión, al cual estoy sometido siempre cuando estoy bajo tensión nerviosa o emocional.

Freud vive en una pequeña villa en los bosques de pinos, a más o menos cuatro millas de Berchtesgaden. Me acerqué a la puerta de entrada pero no pude encontrar un timbre o llamador. Sin embargo, la puerta del frente estaba abierta, y golpeé tímidamente en el vidrio de la ventana. Después de una espera de dos o tres minutos, oí que alguien se movía en la habitación que estaba frente al vestíbulo. Unos segundos después, un hombre frágil, bajo, de pelo gris y con barba gris, apareció en el pasillo y se dirigió a mí. Aunque parecía más viejo que en las fotos que había visto, reconocí que la figura que se me aproximaba era Freud. Llevaba un cigarro en su mano, y había algo casi apocado en su forma de dirigirse a mí.

“¿El doctor Blanton?”, dijo en voz baja. Su articulación era algo confusa, sin duda debido a las operaciones que había pasado por el cáncer en la mandíbula superior derecha. Cuando respondí afirmativamente, agregó: “Pensé que la cita era para las tres.”

No había irritación en su voz, pero sentí que estaba calibrándome, interrogándose qué clase de persona era y por qué

lo había hecho esperar. Mientras, me había invitado a pasar a su habitación justo frente al vestíbulo. Expliqué, casi sin aliento, cómo el conductor del taxi no había podido encontrar el lugar. Al mismo tiempo, le entregué al profesor la carta que el Dr. McCord me había pedido le diera a Freud tan pronto como lo viese.

“Como veo que mencionan su nombre”, dijo Freud, luego de hacerme un ademán para que me sentara, “leeré la carta”.

Miré la habitación. Era muy sencilla, el piso desnudo salvo un pequeño felpudo. Frente a la ventana había un escritorio. Hacia la derecha del escritorio y contra la pared, había un diván confortable con mantas y un chal o manta de lana suave envuelta en la cabecera. Detrás del diván había una silla de cuero con el respaldo recto.

Después de leer la carta, Freud me hizo un ademán hacia el diván, mientras ponía la silla a la cabecera.

“Usted ha escrito y hablado sobre el análisis”, comenzó en forma interrogante. Me apresuré a decir que no.

“Pero ha leído sobre él”.

“Oh, sí”, repliqué.

“Bueno, ¿cómo se lleva a cabo?”.

Respondí que el paciente se acuesta en el diván, y el analista a su cabecera, y habla libremente todo lo que se le ocurre. Mencioné también que el paciente debiera estar completamente relajado. Sin embargo, a decir verdad, yo estaba mitad sentado, mitad acostado sobre el diván, y más bien tenso.

“Bien, entonces”, dijo Freud, “¿por qué no se relaja?”. Me estiré en una posición más confortable.

Mientras Freud leía la carta, fumaba en pequeñas bocanadas, sacándose con frecuencia su cigarro de la boca para apretar los dientes, como si su dentadura postiza le doliera.

Después que me relajé, Freud dijo, “Usted debe preguntarse por qué hago tan pocos comentarios, o lo ayudo tan poco.”

Entonces comencé a darle a Freud los pensamientos que estaban en mi mente. Primero hablé sobre la mortificación que sentí por llegar tarde. Después le dije que estaba contento de estar allí, que siempre me había gustado él y disgustado Jung y Adler. Cuando Freud me preguntó por qué, le dije que no sabía muy bien, que sencillamente lo sentía así.

Luego hablé de mi sentimiento de inseguridad. “¿Sobre qué?”, preguntó Freud.

“Sobre mi vida en general”, le contesté, y luego sugerí que sería mejor que le diera una historia de mi vida pasada. Freud estuvo de acuerdo, y así tracé un breve esbozo de mi vida. Ocasionalmente, Freud interrumpía para preguntarme acerca de algunos de los puntos que surgían. En todo momento, parecía estar muy próximo a lo que yo estaba diciendo. Sentí que estaba interesado, que estaba recibiendo lo que yo le daba. No hubo nada de ese frío distanciamiento que me imaginaba era la actitud que debía tomar un analista.

A medida que seguíamos, la manera simple de Freud me hizo sentir seguro y suelto. Al mismo tiempo, había un distanciamiento que no era repulsivo sino placentero. Hablé hasta que oí un reloj que daba las cuatro. Me levanté enseñada, parándome en medio de la frase.

“Siento que la hora haya sido tan corta”, dijo Freud mientras me acompañaba hacia el vestíbulo. Me preguntó si conocía el camino hacia la estación, y le aseguré que sí. Luego dije, “¿Puedo preguntarle cuánto tiempo permanecerá usted aquí?”

“Me voy el 15 de setiembre”, respondió Freud, “pero voy a Berlín por un mes”. Y encogiéndose de hombros agregó, “Usted puede acompañarme, o bien puede esperar hasta que regrese a Viena”.

Le aseguré que lo acompañaría, ya que deseaba trabajar con él lo más posible mientras estaba en Europa. Le dí la mano y partí, después de confirmar que nuestra próxima sesión sería el lunes. Freud no trabaja los domingos.

Las impresiones que surgen de nuestra primera entrevista son, la pequeña estatura de Freud (alrededor de 5'4", diría), su manera suave y casi de desaprobación, la forma en la que lo hace sentir cómodo a uno, que se combina con una distancia que lo deja libre de expresarse. También tuve la impresión de debilidad. Él es algo pelado, su cabeza no es grande, y su frente, aunque alta, no lo es tanto como la mía. Debiera agregar que su dominio del inglés es espléndido, afortunadamente para un americano que casi no sabe alemán.

Setiembre 2, 1929

Hoy llegué a tiempo. Salí en el ómnibus de las 2.15, caminé hasta la casa y esperé en el jardín 29 minutos antes de ir hacia el zaguán, donde me senté en una silla durante algunos pocos minutos hasta que vino Freud y me hizo pasar. Su manera era cordial y amistosa, pero distante.

Inmediatamente, me recosté en el diván y Freud se sentó, como antes, a la cabecera.

"Siga como si esta fuera una nueva hora", comenzó Freud, "y no la continuación de la última vez".

Comencé diciendo que mi colitis mucosa y mi corte de dedo (me corté el dedo nuevamente esta mañana) se debían a la resistencia.

"Tal vez", dijo Freud. "Hay muchos motivos. La resistencia quizá sea uno de ellos". Por supuesto, quiso decir que la resistencia era uno de los motivos que causaron la colitis y la cortadura.

Luego empecé a explicar por qué me gustaba él y me disgustaba Jung y Adler. Dije que él era un artista así como un científico, que no me gustaba Jung por el factor moral que introduce arbitrariamente, y Adler porque obtuvo reputación por hacer lo que yo había hecho en las escuelas de Minneapolis.

"¿Qué ha leído usted de mis trabajos?" preguntó Freud.

"Todo lo que se publicó en inglés".

"No todos fueron traducidos al inglés", comentó. Después preguntó qué había leído de Jung y Adler. Le dije.

A continuación, comencé a darle una pequeña reseña de mi vida y mi práctica.

Freud me interrumpió: "¿Usted preparó esto?"

"Sí", repliqué.

"Pero", dijo Freud, "usted no debe preparar lo que va a decir, sino dar libremente lo que le viene a la cabeza. Ese es el método clásico".

Estuve silencioso durante varios minutos —después de lo cual Freud dijo, "Puede usted seguir y decirme lo que había

preparado". Hizo algunas preguntas sobre fechas y no entendió la palabra hasta que la repetí varias veces.

A propósito de algo, Freud me preguntó si tenía hijos. Cuando dije que no, hizo un gesto comprensivo, o tal vez una exclamación. Hablé de mi perro Bobs y de mi afecto por él.

"El sentimiento hacia los perros es el mismo que sentimos hacia los niños; es de la misma calidad", dijo Freud. "Pero, ¿sabe usted en qué se diferencia?... No hay ambivalencia, ni elemento de hostilidad".

Advertí que a veces parecía haber cierto elemento hostil, cuando el perro quería salir y yo estaba cansado y no quería.

"Este sentimiento de hostilidad no es como el que tenemos hacia nuestros hijos", dijo Freud.

Consentí. Pero aún pienso que Freud no está en lo cierto cuando dice que no sentimos ambivalencia hacia los perros. Ellos exigen cosas, desobedecen y nos defraudan, y de esa manera dan lugar a una cierta hostilidad.

Mencioné en un momento, que no podía recordar nombres. "Ah", dijo Freud. Traté de recordar el nombre de uno de sus libros que utilizaba en mis clases, diciendo que la escena se desarrollaba en Roma. "Tal vez", sugirió Freud, "era en Pompeya". Estaba en lo cierto, y el libro terminó siendo *Gradiva*. Luego hablé del Dr. Salmon. En respuesta a alguna afirmación mía, Freud dijo que "se piensa casi universalmente que él se suicidó".

Hice una pausa, y luego señalé que pensé acerca de mi infancia y en los días de otoño como aquellos. Freud se levantó mientras decía, "Entonces tal vez le gustará estar aquí".

No me dí cuenta de que la hora había terminado; esperaba que sonara el reloj. En realidad, eran las cuatro menos cuatro. Freud me acompañó hasta la puerta, diciendo, "Mañana a la misma hora, entonces". Repliqué que ello sería muy conveniente, y Freud se apresuró hacia el vestíbulo como si tuviera por entrevistar a otro paciente.

Me sentí un poco deprimido y defraudado. No sé porqué; no se había dicho o hecho nada para deprimirme. Tal vez, era el hecho de saber que pronto debería sumergirme en medio de mis dificultades y debilidades reales. Otra impresión

que me llevé, fue la dificultad con que hablaba Freud. Muchas veces no pude entender lo que decía, aún cuando él lo repetía más de una vez. Quizá esto se deba, en alguna medida, a resistencias de mi parte; quizá me acostumbraré a su voz cuando pase el tiempo.

Debo mencionar que durante la hora señalé que yo no podía ser analizado por alguien que no tuviera erudición y una apreciación acerca de los matices de la vida. Luego le conté a Freud el chiste sobre el hombre que había dado la mano a John L. Sullivan. Freud se mostró divertido.

También hablé de cuánta lástima me daban las tortugas de agua dulce cuando debían transportar sus pesados caparazones mientras caminaban.

"Tal vez la tortuga no se sienta tan mal como usted piensa", dijo Freud.

Hablé de mi escrupulosidad en las comidas y de mi sensibilidad al ruido, agregando que a fuerza de voluntad lo había superado cuando estuve en el ejército. Dije, "Esto muestra lo que uno puede hacer con la fuerza de voluntad cuando trata".

"Algunas veces", dijo Freud, a lo que agregué, "Sí, cuando uno compromete al inconciente de su lado". En esto estuvo de acuerdo Freud.

En el curso de la hora, Freud me preguntó si yo escribía, refiriéndose a cuentos u otro tipo de ficción. (Preguntó esto cuando le conté cómo, en Harvard, trataba de escribir un cuento sobre un muchacho negro a quien los otros muchachos tomaban el pelo.) Repliqué que había tratado, pero que me daba cuenta de que no era lo bastante bueno. Tal vez, agregué, ése es el motivo por el cual ingresé a la psiquiatría.

Setiembre 3, 1929

Hoy casi llego tarde. Salí, y tuve que correr para llegar a tiempo. Apenas lo logré por un minuto.

Freud me encontró en el vestíbulo y con su manera usual de distancia, me señaló la silla para que pusiera mi sombrero y bastón. Entramos, él —como siempre— haciéndome el ademán

para que pasara primero. Inmediatamente me recosté, pidiendo disculpas por mis zapatos polvorientos. Soslayando mi disculpa, Freud me preguntó si había preparado algo. Le contesté que no; me dí cuenta que tenía una tendencia a hacerlo, pero aparté la idea resueltamente de mi cabeza.

Hablé de mi prejuicio hacia los alemanes y sobre la cantidad enorme de odio que había en el mundo. También me lamenté por el hecho de que me había dejado llevar por todas las mentiras sobre los alemanes. Freud comentó que había muchos otros que hacían lo mismo. Hablé tan rápidamente en este punto, que Freud me detuvo y me pidió que hablara en voz más baja y más despacio. Dijo que le resultaba difícil entenderme cuando hablaba tan rápidamente.

Luego hablé de Margaret y de nuestra desgracia por no tener hijos. Freud pareció muy interesado en mi descripción de Margaret e hizo varias preguntas. Hice mención de la teoría de ella según la cual el orgasmo femenino no era la cuestión definitiva que se describía generalmente. Freud señaló que lo que ella pensaba es lo que generalmente se escribía. Dije que este no era el caso respecto de los libros que leíamos, que no eran los corrientes.

Hablé del análisis de Margaret que había comenzado con Clara Thompson. Freud inmediatamente me pidió que le repitiera el nombre, diciendo que no la conocía. Dije que Clara había sido analizada por Ferenczi. "Ah", dijo Freud en tono de satisfacción.

En ese momento, terminó la hora. Freud se levantó y dijo, "Fue mucho mejor. Estuvo más libre que antes", y se inclinó hacia la salida.

Setiembre 4, 1929

Una hora muy interesante con Freud la de hoy. Todavía sufría de colitis. No había almorzado y estaba muy cansado. Freud estuvo especialmente amable. Creo que le gusto y me encuentra interesante. En verdad, lo dijo —"Es muy intere-

sante"— cuando terminé hoy. Había hablado de dinero y de mis asuntos financieros, diciendo que tenía \$ 20.000.

"Cuando yo tenía su edad", dijo Freud, "no tenía tanto".

Le pregunté a Freud si Margaret, que había ahorrado mil dólares podía encontrar un analista por un honorario de cinco a diez dólares por hora. Dijo que sería suficiente.

Hablé de la situación en Vassar, agregando que no me iba a quedar allí pero que proyectaba ir a practicar a la ciudad de Nueva York. Le expliqué que no quería someterme en particular al estrecho programa de ese colegio de mujeres. Freud hizo una exclamación; no fue exactamente una palabra; pero expresó su acuerdo con mi decisión.

Cuando señalé que no tenía ninguna duda acerca de mi progreso, Freud dijo, "Me han sorprendido sus frecuentes cambios. Me hubiera inclinado a pensar que con su sentimiento de inseguridad usted permanecería en un lugar".

Hablé de los médicos que hacían dinero sin dar algo adecuado en cambio, y me pregunté sobre la situación entre H. y el Dr. Q. Freud me ayudó a pronunciar el nombre de Q. correctamente. Entonces dijo, "¿Sabe usted cómo lo hace?". Esperé. "Él comete sus indiscreciones cuando está en su fase maniaca, y en sus fases depresivas trata a sus pacientes. Pero", prosiguió, "sufrir por ello en sus depresiones".

El reloj dio las cuatro y me levanté, aunque nuevamente eran en realidad las cuatro menos cinco. "Como usted quiera", dijo Freud, extendiendo su mano, y luego agregó, "Eso es muy interesante. Debe usted ser paciente. Llegaremos a estratos más profundos, y entonces no estaré tan silencioso, daré más de mí".

Olvidé decir que hablé de mi cabeza pelada, haciendo el comentario de que estaba pelado a los 21 años, pero que no me importaba porque tenía una cabeza bien formada. "Sí", dijo Freud, "me he dado cuenta".

Cuando empecé a hablar de mis asuntos de dinero, Freud señaló que este era el "aspecto anal". Confesé que me sentía algo incómodo al hablar de esto porque temía que influyera sobre sus honorarios.

"No debe usted dejar que su aspecto crítico interfiera lo que le viene a la cabeza", advirtió.

Dije algo sobre lo afortunado que era por poder estar con él, a lo cual él replicó, "el Dr. Amsden escribió tan bien sobre usted, que me alegró tenerlo". Aquí apunté que había hecho muchos sacrificios para llegar hasta allí. "Lo sé", dijo Freud, "y espero que usted sea recompensado por su sacrificio".

Luego hablé de mi deseo por una escuela donde se entrenaran niños superiores, con un cuerpo de maestros que estuvieran todos analizados. Freud dijo, "eso sería muy importante". Agregó algo más, a los efectos de que la idea era buena y que tal escuela sería útil.

Cuando hablé nuevamente de mi colitis, Freud dijo que tal vez fuera causada por el calor. *Ni una vez sugirió que se debía a la resistencia.**

Setiembre 5, 1929

Mostré gran resistencia hoy al hablar sobre cosas superficiales. Freud parecía algo aburrido. Tal vez esta no es la palabra justa. De todas maneras, no estaba satisfecho.

Me estaba criticando a mí mismo por ser un niño. Freud dijo, "¿usted sabe cuál es una de las maneras fundamentales en que aparece la resistencia? ... En culparse y criticarse".

Hacia el final de la hora, Freud dijo, "¿Puedo hacerle una pregunta indiscreta: ¿cómo duerme a la noche?" Respondí que dormía mal, despertándome cada dos horas a lo largo de la noche.

* Smiley y yo estábamos en análisis al mismo tiempo. Algunas veces el camino era muy largo y arduo. Ambos éramos lo que podría llamarse hipersensibles o en lenguaje vulgar, peleadores.

Un día dijo algo que me enojó, y arremetí con el peor insulto que pude pensar: "Debes estar en un estado de transferencia negativa". Y agregué, "¡puesto a que no le repetirías esta conversación al profesor!"

Se tranquilizó por un momento y luego dijo, "Tú sólo demuestras lo poco que sabes. No tienes que decirle a él cuál es tu estado de resistencia. En realidad, él dice que tanto las transferencias negativas como positivas son parte del proceso analítico y no tienen por qué ser temidas. Que están allí para ser superadas". — M. G. B.

“¿Sueña?”

“Sí, frecuentemente. Tuve un sueño anoche”.

“¿Por qué no lo contó?”

“Porque quería esperar hasta que pudiera escribirlo en cuanto me despertara”, respondí.

“Pero usted no debe hacer eso”, dijo Freud. “Escribir el sueño aumenta la resistencia, de manera que a menudo, se hace imposible analizarlo. No. No escriba el sueño. Si la resistencia se lo lleva, déjelo”.

Comencé a recordar un sueño que había tenido tiempo atrás, pero él me detuvo.

“Debemos ver sueños recientes, los que haya tenido la noche anterior”, dijo. “Pero guardaremos éste que tuvo anoche y lo usaremos mañana si no tuvo otro”.

Quise darle un esbozo del sueño, pero dijo que era muy tarde para comenzar, que la hora había terminado.

Mientras me iba, puso su mano en mi hombro y dijo, “¡Para un analista, no contar sus sueños constituye una buena dosis de resistencia!”

Durante la hora hablé de mi dolor al ver el sufrimiento y la pobreza en Londres. “¡Qué pensará de la pobreza en Viena!” intervino Freud. Dije que mi sentimiento era muy parecido al que había tenido cuando sentía lástima por el chico con el mentón desviado que había visto en el colegio cuando tenía seis años. Entonces señalé que tal vez mi sentimiento se debía a una sobrecompensación por un sadismo. “Pero”, agregué, “supongo que debe haber sentimientos fundamentales o compases que no son causadas por compensaciones”.

“Sí, por supuesto”, dijo Freud.

Freud tiene una forma de hacer un cierto tipo de sonido en su garganta —una especie de gruñido o exclamación— para indicar que está de acuerdo o que comparte lo que uno dice, sin hablar tanto como para interrumpir el desarrollo.

Casi me olvido de señalar que Freud dijo, “Si usted está estudiando sus propios sueños, debe escribirlos. Pero no es lo que sus pacientes deben hacer. Yo hacía que mis pacientes escribieran sus sueños, pero estoy seguro de que no es el plan más inteligente”.

Setiembre 6, 1929

Tuve una sesión muy interesante hoy. En medio del análisis de mi sueño, Freud preguntó, "¿Usted sabe por qué tiene tanta resistencia?".

"No, a menos que el sueño tenga alguna vinculación con mi vida sexual", repliqué.

"No, probablemente está vinculado con su análisis", dijo Freud. "He observado que el automóvil, en los sueños, a menudo significa el análisis. No estoy seguro, pero parece que esto podría ser así. Y el hombre que conduce podría ser yo."

Dije que quizá podría ser así, pero que me resultaba difícil creer que consideraba a Freud bajo una luz tan desfavorable, aún en mi inconciente.

"¿Por qué no?" se opuso Freud.

Sugerí que la asociación podría significar que temía ser engañado en mi análisis y no obtener lo que había venido a buscar. Freud contestó que probablemente era así.

Mientras me iba, Freud recalcó, "usted ve cuánto más interesante resulta cuando asocia con sus sueños".

Nuevamente, me siento impresionado por la manera suave y suelta de Freud. No apremia. No hace afirmaciones enfáticas a menudo. Cuando lo hace, es en una forma nada autoritaria. Me siento cómodo con él.

Setiembre 7, 1929

Este es mi octavo día con Freud.

Mientras analizaba mis sueños, comencé a dar los motivos de mis acciones que surgían de las asociaciones.

Freud me detuvo. "No me dé las razones", dijo. "Saldrán con el tiempo. Cuando una persona me dice algo, no trato de pensar en los motivos. Sé que las razones aparecerán con el tiempo."

Hay un dicho que creo viene de Oliver Cromwell: "Nunca se llega tan alto como cuando no se sabe dónde se va. Así es en análisis".

Hablé de algo que había hecho, y dije que se vería mal si lo contara sin las circunstancias que lo rodearon.

Freud replicó, "Es el hecho el que importa, ¿no es así?".

Setiembre 9, 1929

El sábado tuve mucha resistencia y no llegué muy lejos.

"La manera de tratar la resistencia", dijo Freud, "es dejarla crecer hasta que se derrota a sí misma. Hoy, ha sido absolutamente estéril". Pero a fin de darme ánimos, dijo mientras me iba, "lleva tiempo desarrollar la actitud correcta y superar la resistencia. Pero estoy seguro que usted será una gran ayuda para superarla".

En un momento durante la hora, Freud me preguntó si los judíos no eran ubicados en la misma categoría que los negros. Dije que no me había encontrado con esta comparación. Freud dijo, "yo con frecuencia".

Setiembre 10, 1929

Le mostré a Freud una noticia del *N. Y. Herald* sobre Adler que iba a la Universidad de Columbia a enseñar este invierno. Freud comentó que la foto no era parecida a Adler.

Hablé de mi desagrado por Adler. "Bien", dijo Freud, "usted debe investigar si su desagrado por Adler está fundamentado en una sólida base científica o en un terreno más personal".

Dije que Emerson muchos años atrás había escrito sobre la compensación y que Adler no había agregado nada a su conocimiento sobre el comportamiento.

"Si un hombre toma una vieja idea", dijo Freud, "y la desarrolla y la hace grandiosa, eso vale". Más tarde señaló, "¿Sabe usted por qué Adler tiene éxito en América? ... Es porque está capitalizando la oposición al análisis. En el caso de Jung, es otra cuestión".

Observé que el último libro de Jung estaba lleno de misticismo.

"Sí, Jung cree todo eso sobre espíritus", dijo Freud.

Le dije a Freud que pensaba que el análisis se divulgaría ampliamente en América en los próximos diez años. "No", respondió, "creo que tardará veinte o treinta años —una generación pienso". Yo puse mis objeciones.

Freud dijo algo acerca de lo ansiosa que estaba América por adoptar novedades como el método de Coué, o como la doctrina de Adler. Dije que W. F., con sus análisis aguachentos, estaba perjudicando al movimiento.

"Siempre tendremos ese tipo de hombre", dijo Freud.

Dije que creía que el movimiento crecería más rápidamente de lo que él, Freud, creía; que tenía fe.

Freud replicó, "usted debiera tenerla, es mucho más joven".

Tuve tres sueños. Freud me pidió que los contara todos, y comentó, "usted ha disminuido sus sueños de siete a tres".

Asocié, a su pregunta, con el primer sueño. Era acerca de mi miedo por el análisis. Al final de la hora, Freud dijo, "usted ve, un sueño es suficiente para la hora".

Estoy impresionado por la poca ayuda que da Freud. A menudo, no dice nada por 10 ó 15 minutos. Es un problema de crecimiento, y debo continuar y elaborarlo lo mejor que pueda.

Setiembre 16, 1929

No tuve oportunidad de escribir mis notas sobre el encuentro del viernes con Freud.

Hoy tuve una sesión muy interesante. Freud habló la mayor parte de la hora, o al menos la mitad. Después de que yo

había hecho las asociaciones con ciertos números del sueño del viernes, Freud dijo:

“Existe esta regla en análisis: *El analista nunca debe molestarse en encontrar el significado exacto del paciente*. No debe preocuparse por esto. Sólo debe ayudar al paciente a superar sus resistencias, y el paciente eventualmente va a encontrar el significado. Si el analista fuerza al paciente a encontrar el significado, o si el analista trata de ayudar al paciente, incrementa la resistencia del paciente”.

Tenía cierta renuencia a mencionar algunas de las asociaciones inconcientes y comencé a poner excusas.

Freud me interrumpió diciendo, “¿puedo darle lo que creo que es una regla del análisis?”. Entonces repitió la advertencia acerca de darle un libre predominio al inconciente, sin reservas. “Usted no es responsable de su inconciente”, dijo. “Pero mientras hace salir el material, no debe tener ningún juicio moral sobre él”.

“El inconciente”, continuó, “debe tener su día en el tribunal junto con el pensamiento conciente. Sólo cuando ambos se han expresado, uno es capaz de hacer sus juicios acerca de qué quiere hacer. Y es solamente cuando se ha dejado la autocrítica de lado, cuando no le importa qué piensa el analista, que se puede entrar en la profundidad del inconciente. La autocrítica es una forma de la inhibición. Y las justificaciones por lo inconciente pueden conducir a la inseguridad. Porque sólo hay un paso entre justificar el material del inconciente, y estar inseguro para contar lo que está en el inconciente”.

* Desde mediados de setiembre a cerca de fines de octubre, Freud permaneció en el sanatorio psicoanalítico del doctor Ernst Simmel en Tegel, en las afueras de Berlín, mientras su cirujano reparaba la prótesis que había provocado tanta incomodidad a Freud. Aunque Smiley, tal como lo planeara, siguió al profesor a Berlín, no se encontraron notas sobre este período, y la próxima entrevista aparece después del regreso a Viena.

La única referencia escrita de este intervalo, fue una breve notación que hice de mi primer encuentro con Freud, que tuvo lugar en ese entonces. Fui a Berlín con Smiley, y una tarde calurosa de setiembre lo acompañé a Tegel para la cita con el profesor. Nunca fui paciente de Freud ya que —como lo señalé previamente— él aceptaba solamente a aquellos que proyectaban convertirse en analistas. Fui a la entrevista,

Noviembre 9, 1929

Durante largo tiempo, sólo he hablado de sueños en las sesiones con Freud. Hace dos días, él dijo, "¿No está usted harto de sueños? Usted también necesita hablar de lo que está en su pensamiento conciente".

Hoy dí dos sueños cortos llenos de significado. "Usted ve", dijo Freud, "no es necesario que un sueño sea del largo de una milla para que sea válido".

Afirmé que era difícil pasar por el análisis.

"Creo que la gente que practica análisis, o que ha leído la literatura, a menudo dificulta su propio análisis", respondió Freud. "Les falta ingenuidad. El analista debe darse cuenta de que el inconciente no tiene los opositores que tiene el pensamiento conciente. En la conciencia tenemos blanco y negro, pero en el inconciente tales opuestos no existen. Debemos evaluar que en el inconciente somos amorales, seres salvajes".

"Esto no desvirtúa para nada nuestra divinidad humana y la realización moral", continuó. "Eventualmente, cuando el inconciente se ha expresado libremente, podemos reconciliar los dos aspectos. Pero no debe hacerse prematuramente, ni debemos traer lo opuesto cuando el inconciente se expresa. Si lo hacemos, intimidamos al inconciente. Debe estar libre para expresarse".

simplemente como esposa de Smiley, y nuestro encuentro duró cerca de cinco minutos.

Con sencilla franqueza, este hombrecito frágil, de apariencia débil, me hizo sentir que los cinco minutos serían un encuentro entre dos seres humanos igualmente importantes (o sin importancia). No tomé nota de nuestra conversación, pero recuerdo cómo Freud pasó sin detenerse sobre la apariencia desprolija producida por mi caminata polvorienta hacia el sanatorio, vio el rostro por debajo, y también, me atrevo a decir, vio a través de él. Si yo hubiera entrado con alguna idea de disimular, tendría que haberla desechado, ya que me pareció que él —más que nadie que haya conocido antes— llegaba a la verdad rápidamente. Por cierto, después que salí de la habitación, tomé conciencia del sentimiento de haber estado en presencia de un hombre de gran magnitud. Esa reacción no siempre surge de un primer contacto con la grandeza. — M. G. B.

Más tarde durante la hora, Freud repitió, “no hay nada en el análisis que desvirtúe la realización humana y la dignidad moral”.*

* Esta es la última entrevista de 1929. Si hubo alguna entrevista adicional, se perdió o fue descartada, o tal vez, las sesiones analíticas que se mantuvieron durante los dos meses subsiguientes, por cualquier razón, se realizaron en horarios irregulares. Sin embargo, en notas que hizo para una conferencia en la Union College en años posteriores, Smiley se refiere a una sesión en diciembre de 1929, cuando surgió el tema de las obras de Shakespeare. El informe de Smiley sobre la sesión es el siguiente:

“¿Usted cree que Shakespeare escribió Shakespeare?” me dijo Freud.

“¿Usted quiere decir si el hombre que nació en Stratford - on - Avon escribió las obras que se le atribuyen?”

“Sí”, replicó.

Le conté a Freud que me había especializado en inglés y teatro durante doce años antes de entrar en medicina; que estuve en el escenario durante un año más o menos, y había memorizado una media docena de obras de Shakespeare, y no veía razón para dudar de que el hombre de Stratford las había escrito.

“Bien”, dijo Freud, “aquí hay un libro que desearía que usted leyera. Este hombre cree que es otro el que escribió las obras”.

Yo me sentí muy contrariado. Pensé para mí, que si Freud cree que Bacon o Ben Jonson o cualquier otro escribió las obras de Shakespeare, no podía tener confianza alguna en su juicio y no podía continuar con mi análisis. De manera que le pedí a mi esposa que leyera el libro y me dijera lo que pensaba.

El libro resultó ser *Shakespeare Identifies in Edward De Vere, 17th Earl of Oxford*¹ de Thomas Looney. Precisamente ese día, Smiley lo llevaba debajo del brazo cuando se encontró conmigo en el café donde acostumbrábamos reunirnos después de su hora de análisis. Parecía muy inquieto y deprimido y habló de sus escrúpulos en cuanto a continuar con Freud. Me tendió el libro y dijo, “¿podrías ayudarme a leer esto?”.

Afortunadamente, para ese entonces, yo tenía experiencia suficiente en análisis como para reconocer el fenómeno de la resistencia cuando lo veía. Sin embargo, me sentía contenta de leer el libro, porque demostraba ser un trabajo muy sólido, fundamentado en una buena bibliografía, y el tema era abordado con objetividad científica ejemplar. Se estuviera o no de acuerdo con su tesis —que el conde de Oxford era el verdadero autor de las obras— era un libro que, obviamente, exigía una atención respetuosa.

Smiley se sintió aliviado al oír mi veredicto y luego leyó el libro.

¹ *Shakespeare, identificado en Eduardo de Vere, 17º Conde de Oxford.* (N. T.)

Enero 22, 1930

Esta tarde le dije a Freud, cuando hablábamos sobre mi temperamento, que yo pertenecía al tipo entusiasta. Dije que estaba leyendo *La Interpretación de los sueños* y cómo me estremeció el drama de ese hombre: Un pobre doctor judío, que era considerado por sus colegas como un pobre diablo, que había renunciado a sus oportunidades de progreso por sus creencias, con el único apoyo de sus fieles pacientes, resuelve el problema del significado de los sueños y entonces, un día de verano, se sienta y comienza su trascendental libro con "Demostraré..." —no "intentaré" o "me esforzaré", sino "*Demostraré*".

Esto, dije, era gran drama, al nivel de los grandes momentos del pensamiento humano, con el famoso *Cogito* de Descartes y la exortación de San Pablo ante el Rey Agripa. (Y debiera haber agregado, como lo sugiriera mi esposa, cuando Lutero clavó sus artículos en la puerta del templo.)

"Bien, yo no sentí, en ese momento, que era tan dramático", replicó Freud. "No tenía idea de ser dogmático o de desafiar al mundo; parecía que era la forma más sencilla de ponerlo".

Me aventuré a sugerir que esta es, sin duda, la manera en que se sienten todos los grandes hombres. "Y después de treinta años", continué, "parece que las mejores inteligencias del mundo han sido incapaces de modificar el libro en algo esencial. Supongo que usted aún sostiene lo que está escrito en su libro".

Freud contestó, "voy a sacar una octava edición, y la estructura principal del libro sigue siendo la misma".

Aunque siguió sin convencerse de su fundamentación, reconoció enseguida, que el libro era un trabajo serio y no solamente un ejercicio al estilo Bacon, en cifras y códigos secretos. La crisis pasó y siguió con su análisis.

En lo sucesivo, mandamos al profesor nuevos libros sobre el tema cuando aparecían publicados en los Estados Unidos. Freud siempre escribió para agradecernos los libros, y con el tiempo llegaría a ser una especie de pequeño vínculo entre nosotros que valoramos. — M. G. B.

Enero 23, 1930

Hablé del problema que tuve este verano para enseñar higiene mental, y pese a ello, no ser superficial.

En esencia, Freud dijo, "me parece que estaría bien omitir formulaciones superficiales cuando se está enseñando la relación del psicoanálisis con la educación y la higiene mental. Es mejor enseñar hechos fundamentales. Usted tiene una oportunidad para demostrar cuán superficial es la doctrina de Adler sobre el complejo de inferioridad. Un niño se siente inferior, no porque tenga un órgano u órganos inferiores, sino porque no es amado. *Es la actitud de los padres hacia el órgano inferior del niño la que causa la dificultad*".

Aquí Freud me dió un ejemplo:

"Usted conoce a Emil Ludwig, que escribió la vida del Kaiser Wilhelm. Bueno, estuvo aquí a cenar conmigo y le pregunté por qué era tan superficial; por qué analizó toda la personalidad del Kaiser sobre la base de una inferioridad debida a su brazo deforme. Le dije que no era esa la causa de la inferioridad, sino la actitud de la madre de Wilhelm hacia el brazo deforme. Es un hecho histórico que la madre de Wilhelm lo odiaba. Lo despreciaba por su brazo deforme... A Ludwig no le gustó mi crítica."

Freud continuó diciendo, "El niño que se siente realmente amado no se siente inferior. Y esta actitud depende en mayor medida de la madre. Ella es quien más trata al niño durante sus primeros años de vida. La influencia del padre, generalmente, no es de tanta importancia".

"El deseo de atención del niño —continuó—, sólo es un deseo disminuido de amor. No es atención lo que busca el niño, sino amor. Por supuesto, un niño a veces debe ser frustrado. Pero si esta frustración se da en un cuadro de amor, no causará efectos perjudiciales. El principio fundamental del psicoanálisis en educación, es la cuestión de la *economía del amor**.

* En setiembre de 1938, le pregunté a Freud si él había utilizado esta frase en alguna de sus publicaciones. Dijo: "No".

La disciplina es una cuestión de cómo dar al niño la cantidad de amor necesaria.”

(Anna Freud dijo en una de sus sesiones: “La correcta disciplina es una cuestión de combinar adecuadamente satisfacción y prohibición. Si a un niño se lo satisface completamente, permanecerá fijado en este nivel”).)

Freud continuó, “Otra dificultad es que los padres esperan que sus hijos realicen sus propios deseos insatisfechos —deseos y anhelos infantiles”.

“Los niños sienten cuando la gente los ama”, dije, “a través de las tensiones musculares.”

“Tal vez”, replicó Freud, “pero es bueno omitir las concepciones fisiológicas cuando estamos tratando niveles psicológicos.”

“¡Los maestros tan a menudo odian a sus niños!”, señalé.

“Sí, una educación de odio debe reemplazarse por una educación de amor. Por supuesto —continuó Freud—, hay otros elementos en el caso del niño que busca demasiada atención, o que fantasea demasiado. En el caso de la niña, siente cierto odio hacia la madre cuando se da cuenta que no tiene pene. Cuando tiene un hermano, siente que él es más amado por la madre porque tiene pene; entonces, se siente no amada. En el caso del niño, las amenazas de castración lo hacen sentir no amado. Todos estos elementos deben considerarse si se quiere que la formulación no sea superficial.”

En otra ocasión, mientras hablábamos de la psicología femenina, Freud dijo: “Usted podrá ver en análisis, que casi todas las muchachas se identifican con la madre, real o imaginaria. Esto puede no ocurrir al principio, pero ocurre tarde o temprano. Aun cuando las hijas odian a sus madres, se da esta identificación. Por esa razón, resulta difícil pronosticar cuál será el carácter de una muchacha en su vida adulta. Generalmente sucede que hay un cambio notable después que ha experimentado relaciones sexuales. De manera que en los casos en que la muchacha es virgen, habitualmente hay un cambio notable en su carácter después del casamiento”. Hizo una pausa y concluyó: “Elegir una esposa es una de las cosas más difíciles en esta civilización”.

Febrero 13, 1930

Durante una sesión reciente con Freud, dije que estaba ahorrando para comprar una copia de sus obras. "He sido maestro toda mi vida —dije—, y no tengo mucho dinero."

Al día siguiente, Freud me dijo: "¿Puedo regalarle una copia de mis libros?" Después de lo cual, me dio un juego de sus *Obras completas* en cuatro volúmenes. Mientras lo hacía, recalcó que estos trabajos eran la fundación del psicoanálisis e implicaba que me beneficiaría leyéndolos.

Esto parece haber movilizado una serie de sueños llenos de detalles durante las noches subsiguientes. Soñé con la guerra, con soldados que luchaban para defender una estación de tren, con un perro juguetero amarrado a una caja llena de municiones y arrastrándola entre filas de columnas que sostenían el techo de la estación.

Tuve toda clase de asociaciones: de la estación en Nancy que los alemanes acostumbraban a bombardear todas las noches; de las cajas de embalaje que había construido para mudar nuestros libros algunos años atrás —y así igualaba el depósito de municiones con los libros de Freud; la defensa de la estación de ferrocarril con la defensa del psicoanálisis contra sus atacantes; de las columnas de la estación con las columnas de la sociedad que no aceptarían los libros de Freud si supiesen, realmente, lo revolucionarios que eran y la explosión que causarían.

Hubo otros sueños: del *campus* en Vassar; de mi perro Bobs; de alguien que me pedía que recitara, lo cual hago, citando el pasaje de Shakespeare sobre la pluma del poeta que "da a la nada etérea", "una morada local y un nombre". Aquí, nuevamente, mis asociaciones conducían a los libros de Freud y a parangonarlo con Shakespeare.

Febrero 14, 1930

Ayer nada pude obtener de mis sueños.

“En cuanto a los últimos días —dijo Freud—, sus sueños se han vuelto cada vez más oscuros. Esto sólo puede tener un significado: Hay un cambio en la transferencia. Se debe, probablemente, al regalo de los libros. De aquí usted verá qué dificultades producen siempre los regalos en análisis.”

Febrero 20, 1930

Ayer Freud me preguntó si había oído hablar alguna vez del Dr. A. A. Roback, alguna vez instructor en psicología, que había escrito un libro sobre el lugar de los judíos en la literatura, el arte y la ciencia. Entregándome un ejemplar, Freud dijo, “El libro no vale mucho, de manera que ~~V~~échele sólo un vistazo”.

Leí el libro y pensé que era ostentoso y no muy bueno. En la sección de psicoanálisis, Roback hacía aparecer como si el psicoanálisis fuese un producto del pensamiento judío. Le pregunté a Freud sobre esto.

“Mi pasado como judío me ayudó a sostenerme cuando se me criticaba, cuando estaba aislado, trabajando solo”, respondió Freud. “Todo esto me ayudó a descubrir el análisis. Pero que el psicoanálisis mismo sea un producto judío me parece una tontería. Como obra científica, no es ni judía ni católica ni gentil.”

Le dije que pensaba lo mismo y agregué que los escoceses eran muy parecidos a los judíos en su misticismo, en su deseo por encontrar un objetivo a la vida.

A esto, Freud señaló: “No leí la exposición de Roback sobre mí. Me di cuenta al mirar esa parte, que dice que soy un místico”.

Mencioné que Roback había citado del libro de Wittels sobre

su (de Freud) intento de poner a Jung a la cabeza del psicoanálisis.

“Sí, eso es cierto”, replicó Freud. “En ese momento, sentía que la gente podía pensar al psicoanálisis como un movimiento judío. Ahora bien, Roback no es enemigo del psicoanálisis, sin embargo, lo piensa como un movimiento judío —de manera que usted ve que yo estaba en lo cierto... Pero Jung demostró ser un fracaso.”

Dije: “Creo que su personalidad (la de Freud) fue un punto de partida mejor para el psicoanálisis que el de cualquier otra persona”.

“Existía el peligro de que la gente considerara al psicoanálisis como esencialmente judío”, dijo Freud.

“Esto hubiera ocurrido en cualquier caso”, repliqué. “Si Janet hubiese descubierto el psicoanálisis, el mundo hubiera dicho: ‘Sí, se debe a los perversos franceses, que no tienen moral’. O si alemán, hubieran dicho: ‘Se debe a la cruda mentalidad alemana’.”

“Sí”, acordó Freud. “En el caso de la sífilis, en Francia, se la llamaba la enfermedad de Nápoles. Los turcos la llamaron enfermedad de los francos, y así siguiendo.”

Destaqué que Jung había dicho que el psicoanálisis era un producto judío y que los cristianos necesitaban otra psicología.

“Sí”, dijo Freud. “Esto después que Jung aceptó el psicoanálisis. Su modificación constituyó un intento deliberado de cambiar en función del público americano”.

Febrero 24, 1930

Fui a clase de baile ayer, de cinco a seis. Terminé a las 5 y 45, pero hablé con Kitty, mi compañera de baile, hasta las 5.50 sobre mis próximas citas. Al no poder conseguir un taxi en la puerta, llegué cuatro minutos tarde al análisis.

Estaba bastante confundido por eso. Cuando entré a la sala de espera, la puerta exterior del consultorio estaba abierta, pero

la puerta de adentro estaba cerrada. La criada me invitó a pasar.

Freud estaba en su biblioteca, fumando. Estaba sereno y afable, como si no hubiera llegado tarde, pero yo seguía confundido. Mientras me recostaba, me saqué el reloj y dije: "Temo que mi reloj esté un poco atrasado. Será mejor que lo ajuste con el suyo".

"Mi reloj está generalmente bien", respondió, pero no me dio la hora. En lugar de eso preguntó: "¿Estuvo en la escuela de baile?"

"Sí", dije. "Me fui a las seis menos diez pero no pude conseguir un taxi enseguida." Freud no dijo nada más, y comenzó mi análisis.

Con motivo de algún punto, durante la hora, Freud dijo: "Tal vez usted aceptó alguna de las críticas del trabajo del Dr. Ro-back". (Era el trabajo sobre las teorías de Freud sobre descuidos, que Freud me había dado a leer.) "Era un trabajo tonto", continuó Freud. "Encuentro tal inexactitud en su libro, que no acepto nada de lo que dice. Las inexactitudes, en verdad, no tienen grandes resultados. Dice, por ejemplo, que yo podía hablar sólo media hora por día cuando estaba enfermo. Esto es una tontería. Podía hablar todo lo que quería, en cuanto tuve mi dentadura. Y nuevamente, hace a la esposa de Jones hermana de tal y tal (olvidé el nombre). "Esto no es cierto. Ella es la hermana de X. Y así siguiendo. El sólo escribió lo que pensaba, sin verificarlo. Cuando un hombre es tan inexacto en pequeñas cosas, no suscita mi interés nada de lo que escribe."

Febrero 27, 1930

Ayer el profesor Freud habló casi toda la hora. Primero, me preguntó sobre el sueño que estaba elaborando cuando me fui la hora anterior. Dijo, "Estábamos en un punto muy interesante de su sueño, cuando usted estaba hablando sobre las decoraciones en la iglesia".

El sueño era sobre un pastor metodista que había construido una iglesia muy compacta pero estúpidamente diseñada. Hay sólo una puerta, y los dos escalones que llevan a ella están arreglados de modo que el más bajo, cuando se levanta, es un banco para adultos, mientras que el más alto, cuando se levanta, es un banco para niños. Las paredes tienen decoraciones rojas y doradas como las del museo que visité el día anterior. Un velo se extiende sobre el cielorraso que tiene nubes pintadas, y a través de él brillan luces que parecen el sol y la luna. El moblaje es de roble dorado. En la parte posterior hay una pila bautismal (aunque la iglesia era metodista). La pila tiene una pequeña bañera de hierro fundido, como un ataúd demasiado pequeño para inmersión. Uno de los extremos está roto. El pastor nos muestra el lugar.

Asociaciones: Los escalones y el banco muestran mi actitud hacia el análisis en el sueño. La iglesia es el análisis. El sueño es una crítica al análisis. El análisis se refiere demasiado a aspectos anales de la vida, especialmente a aquellos de los niños. Las decoraciones: dije que el psicoanálisis es una especie de religión, pero adecuada solamente para los muy inteligentes, porque resultaría muy árido para una persona corriente. De modo que las decoraciones están puestas para agregar riqueza a la religión del análisis.

“Usted ve”, comentó Freud, “nunca puede decirse qué significa una cosa hasta que se la haya asociado.” (Esto es demasiado contundente; él dijo “a menudo” no “nunca”.) “En un caso, las decoraciones podían significar otra cosa. El velo y las luces significan que el análisis se ha llevado el cielo. Y el tanque roto significa circuncisión. Es realmente un judío el que ha construido la casa y se la está mostrando.”

A continuación expresé mi convicción de que no siempre podíamos explicar la profesión de un hombre como una simple compensación o sublimación, aun cuando alguien podía, por ejemplo, hacerse cirujano por una sublimación de un impulso sádico.

“Desde luego”, dijo Freud, “un hombre puede ser cirujano por accidente, pero un cirujano verdaderamente bueno es aquel que ha hecho esta sublimación fundamental”.

“¿Sabe usted por qué los psiquiatras entran a su especiali-

dad?”, continuó. “Porque sienten que no son normales, e ingresan a esta tarea porque es un medio de sublimación para este sentimiento; un medio de asegurarse que son realmente normales. La sociedad les encarga los anormales mentales, y de esa manera se sienten asegurados. También, son mucho más normales que sus pacientes . . . Por cierto que algunos psiquiatras ingresan a su tarea por accidente.”

Como ejemplo de esto, Freud me citó el caso del Dr. Wagner-Jauregg, que había tratado en vano de lograr una posición en todos los diferentes departamentos del hospital. Al no encontrar una apertura, se vio obligado a entrar en psiquiatría, donde (siendo un hombre muy brillante) tuvo gran éxito. “El no realiza mi teoría”, dijo Freud.

Marzo 6, 1930

Tuve una hora maravillosa con el profesor Freud esta noche. Hablé de unos artículos que había leído en las *Obras completas* sobre los instintos y el inconciente, y dije que sentía que debía memorizar estos trabajos.

Freud me preguntó si había leído recientemente *Tres Ensayos sobre las Contribuciones a la Teoría del Sexo*. Le contesté que lo había leído hacía un tiempo.

“Eso fue escrito en 1905”, dijo Freud. “Ahora, es más o menos un documento histórico. Es necesario hacer agregados y sustracciones —para limar algunas puntas—. Traté de hacer algunos cambios en ediciones posteriores, pero me encontré con que eran imposibles. Es mejor dejarlo como está; como un documento histórico.”

“Supongo que es mejor escribir un nuevo libro”, aventuré.

“Eso será para que lo hagan otros”, respondió Freud. “Al desarrollar una nueva ciencia —continuó—, uno debe hacer sus teorías en forma no muy precisa. No se pueden hacer las cosas bien delimitadas. Pero cuando se escribe, el público exige que uno haga las cosas definidas, de otro modo creen que no sabe lo que está diciendo.”

“Ahora bien, en el asunto de ensayos sobre técnica —continuó—, siento que son completamente inadecuados. No creo que uno pueda proporcionar los métodos técnicos a través de artículos. Debe hacerse mediante una enseñanza personal. Por supuesto, los principiantes probablemente necesitan algo para empezar. De otro modo, no tendrían nada para seguir adelante. Pero si siguen las orientaciones en forma conciente, pronto se encontrarán con problemas. Entonces, deben aprender a desarrollar su propia técnica.”

Le debía al profesor 150 dólares de febrero. Conseguí los dólares —que él prefiere a los chelines—, de Thomas Cook, pero no pude obtener toda la suma para el 28. De modo que hoy, me llevé todo el dinero que tenía Cook: 500 dólares. Esto me permitió pagar los 150 dólares que debía. Como no quería tener el resto en mi casa, le di los otros 350 dólares a Freud, a cuenta. Mientras los tomaba, me dijo: “Usted debe prometerme que los pedirá de vuelta a mi familia en caso de mi prematura muerte”.

Una vez, anteriormente, cuando le pagué 100 dólares adelantados, había dicho lo mismo. Le pregunté en ese entonces, si él tenía alguna razón para pensar que se moriría de pronto.

“Ninguna razón especial”, replicó. “El otro día fui al médico por una irregularidad en mi corazón. El médico dijo, no sé si puedo ayudarlo. Cuando se tiene un pequeño achaque, a menudo no se puede hacer mucho. Sin embargo, estoy seguro de que el estado no es peligroso.”

Luego Freud continuó, “Pienso en la posibilidad de la muerte todos los días. Es una buena práctica.”

Marzo 7, 1930

Ayer, mientras me iba, Freud dijo: “Tal vez usted tenga algo más que decir acerca de su actitud hacia el análisis”.

Anoche, bajo este estímulo, tuve dos sueños. En el primero, estoy sentado en una silla y Freud está delante de mí. Estoy

hablando solamente. Durante la hora, una secretaria entra en la habitación, una mujer con muchas tarjetas. Más tarde, entra un hombre a la habitación con algunos manuscritos. Siento que esta es una manera muy pobre de llevar a cabo el análisis. Siento que no obtengo el valor de mi dinero.

En el segundo sueño, estoy por hacer un discurso sobre psicoanálisis y educación. La multitud está esperando. Freud, vestido en un traje negro, sale de una habitación del fondo, y me doy cuenta de que va a escuchar mi disertación. Aunque vuelve a su habitación, sé que puede oírme y me siento inquieto por ello.

Asociaciones con el segundo sueño: El Dr. Lippman * está conversando con el Dr. Nunberg. Lippman dice que es lo mismo que el análisis, y yo pienso que se está tomando el pelo a sí mismo. Esto no es análisis. Entonces hablo de acostarme. Le digo a Lippman que su acostarse no es más que un recurso técnico, que uno puede usar la silla.

“Sí”, comentó Freud en este punto. “El acostarse no es sino un problema de conveniencia. Pero hay algo esencial: el analizado no debe ver la cara del analista. Si lo hiciera, se vería influido por la cara del analista.”

* El doctor Hyman Lippman era un pediatra amigo nuestro de Minnesota, que también vino a Viena ese año para estudiar. Vivía en el mismo piso que nosotros en la Pensión Atlanta —como también otro amigo norteamericano, el doctor Edith Jackson, que estaba trabajando con Freud— y pasamos muchas largas horas juntos “discutiendo”. En verdad, éramos parte de una gran colonia de norteamericanos compuesta por músicos, periodistas, médicos, que estudiaban en Viena, y una gran cantidad que estaba estudiando análisis.

En forma curiosa, toda la colonia extranjera parecía girar alrededor de Freud; incluso, sentíamos, un cierto tipo de inadaptados que estaban allí donde pudieran descalificarlo más fácilmente, y expresar su odio por él. Recuerdo, por ejemplo, que uno de los principales periodistas, Robert Best, resultó ser un importante nazi norteamericano, quien eventualmente murió en una prisión gubernamental en los Estados Unidos.

Freud salía raramente. Cuando lo hacía, como al recital anual de canto de su vieja amiga Yvette Guilbert, provocaba furor entre su grupo de admiradores y una leve excitación entre toda la intelectualidad de Viena. En forma bastante divertida, Guilbert representaba totalmente para el profesor, y el auditorio apenas veía a Guilbert por observarlo. Pero Freud no parecía percibir la excitación que creaba, y su equilibrio permanecía inalterable. — M. G. B.

En su conjunto, el sueño significa que repudio el análisis que no se lleva a cabo de acuerdo a las reglas. También, tengo algunas dudas acerca de mi posibilidad de presentar el análisis bajo su mejor luz.

Durante la exposición, Freud también dijo: "Quizá usted es demasiado optimista respecto de que el análisis sea aceptado. Tome la palabra de un hombre viejo como yo: el análisis necesariamente hace surgir resistencias. El hecho de que tengamos un inconsciente indica la presencia de resistencias. Y no se puede presentar el análisis de una manera tal que no haga surgir resistencias. Es solamente en análisis —con dificultad, con mucha paciencia y con mucha repetición— que podemos superar esta resistencia."

Freud continuó: "Cuando Jung fue a los Estados Unidos —mientras era mi mano derecha—, me escribió que modificando el análisis en algunos aspectos había superado las resistencias del público norteamericano; le contesté diciéndole que eso estaba muy mal; se podrían modificar *todas* las resistencias si se modificara aún más el análisis".

Hablando del Dr. Putnam, de Harvard, Freud dijo: "Su muerte fue una gran pérdida. Me sentía protegido detrás de su personalidad, como detrás de un escudo. Pero era muy viejo cuando aceptó el análisis. Si hubiera vivido, lo hubiera hecho avanzar mucho más. Su aceptación del análisis fue casi un milagro".

Marzo 20, 1930

Le conté a Freud que había estado leyendo su artículo "Pegan a un niño" y dije: "Supongo que el sentido del pecado surge en primera instancia del complejo de Edipo, y luego es transferido a la actividad masturbatoria".

"Sí", contestó, "pero ese no es el único modo por el cual surge el sentimiento de pecado. ¿Cuándo fue escrito el artículo?"

“En 1910, creo.”

“No”, dijo Freud, “debe haber sido posterior”, y fue a su biblioteca a buscar el artículo. Demostró que había sido escrito en 1919. Eso llevó a Freud a decir, “¿Puedo sugerirle algo? Al leer artículos sobre análisis, mire la fecha del artículo. *Zeitschrift* es una buena revista para leer; aquí están los últimos hallazgos”.

Continuando, dijo: “Pocas son las formulaciones del psicoanálisis que han demostrado estar equivocadas, pero muchas tienen que ser modificadas. Aún pensamos que el complejo de Edipo es el centro de la neurosis en hombres, y en algunos casos en mujeres. Pero en los últimos cinco años más o menos, encontramos que en algunas muchachas los síntomas neuróticos retroceden a la etapa preedípica. Es el apego con la madre la causa de la neurosis, o de la tendencia neurótica”.

Pregunté: “¿En el caso de que ese apego de la joven no promueva una reacción homosexual, a qué tipo de neurosis da lugar?”

“A cualquier tipo de neurosis”, respondió Freud. “La mujer es más complicada. En el caso del varón, éste se fija a su madre y permanece fijado. Pero en el caso de la mujer, ella se fija a la madre y luego debe separarse y apegarse al padre. En el caso de la muchacha, su desarrollo sigue una línea cortada. Recién en los últimos años, hemos comenzado a darnos cuenta lo complicado que es el desarrollo de la mujer.”

Al referirse a la necesidad de verificar las fechas de los trabajos escritos sobre análisis, Freud señaló: “Es justamente esto en lo que fracasan los críticos. Ellos parecen pensar que el análisis cayó del cielo o irrumpió del infierno: que está fijo como un bloque de lava y no como un cuerpo de hechos que han sido lenta y pacientemente reunidos por la investigación científica”.

Marzo 26, 1930

Hoy Freud dijo: “Usted sabe que la histología descubrió que los órganos sexuales del recién nacido están altamente desarro-

llados, y que este desarrollo continúa (o al menos permanece estacionario) por dos o tres años, y luego hay una regresión. Esta fue una confirmación psicológica notable de los descubrimientos del análisis. Ferenczi nos llamó la atención hacia este trabajo histológico. La gente no tenía idea de este desarrollo del sexo en la infancia, hasta que lo descubrió el análisis". Luego agregó que "el niño tiene erecciones durante los primeros meses".

Dije, "Margaret ha demostrado que el recién nacido tiene erecciones".

Freud se mostró muy interesado, y quiso saber dónde había sido publicado este artículo.*

Con respecto al tartamudeo, Freud dijo: "No sé nada acerca de esto, pero me parece que el motivo podría ser un erotismo anal, como dijo el Dr. Coriat". (Yo había estado comentando el libro de Coriat sobre el tartamudeo.). "Pero el mecanismo es psicológico. Tiene que haber cierta condición constitucional, así como un motivo psicológico."

Ayer conté cuatro sueños breves. Freud comentó: "Es mejor hacer un breve resumen de todos los sueños, más que tratar de elaborar un sueño con demasiada minuciosidad".

Marzo 30, 1930

Hoy, fue una sesión muy interesante. Freud habló gran parte de la hora y tomó parte activa al analizar mis sueños.

Luego de discutir uno de mis sueños, continuó: "Usted sabe que los varones, luego de haber sido pasivos, siempre se vuelven activos. Por ejemplo, un niño acaba de ser visitado por el médico, quien le ha hecho abrir la boca y le ha mirado la garganta. Tan pronto como se ha ido el médico, el niño trata de mirar la garganta de su hermana. Los niños siempre asu-

* *El comportamiento del infante humano durante los primeros treinta días de vida*, Psychological Review, vol. XXIV, n° 6 (noviembre, 1917).

men un papel activo después que han debido asumir un papel pasivo”.

Al hablar del *double standard*, Freud dijo, “Mi experiencia ha sido que cuando las mujeres tienen un asunto amoroso, están absolutamente perdidas para el análisis. No sé si las mujeres norteamericanas han avanzado tanto en su esfuerzo de virilidad como para lograr tener una relación sin más reacción que la de un hombre. En el caso del hombre, éste parece poder tener una relación sin sumergirse tan completamente. Tiene otros intereses. Puede proseguir su análisis”.

Abril 4, 1930

Cuando comenzamos la sesión de hoy, Freud dijo: “Usted debe seguir la regla del análisis, y estar libre para dejar que su mente vaya donde le plazca. No sienta que debe usted mantenerse en un camino preconcebido. Probablemente, del mismo modo, llegará adonde se dirige. El analista debe seguirlo.”

Pregunté: “¿Usted cree que soñamos, recordemos o no el sueño?”

“Depende de lo que quiera significar por soñar”, replicó. “Si usted se refiere al resultado del trabajo onírico, entonces usted debe recordar el hecho de haber soñado.”

“Pero —digo— ¿acaso el inconciente descarga sus tensiones y deseos, lo recuerde uno o no?”

“El inconciente no tiene tensiones o deseos”, contestó. “Es la conciencia la que tiene estas tensiones. El sueño está para aliviarlas.”

Debo preguntar esto nuevamente. Temo no haberlo comprendido.

Hoy encontré a la mucama de Freud, Paula —una joven dulce, vehemente y tímida, de cerca de veintiún años— en el consultorio del Dr. Steiner, y comencé a hablarle. Quería conocer sus impresiones sobre Freud. Dijo: “*Doktor Freud ist sehr sympathetisch, und gut und nett*” (simpático, bondadoso y amable). Fue interesante recoger la impresión de la mucama sobre el carácter de Freud.

Hoy, cuando me iba, Freud me dio el ejemplar de marzo de 1930 de la *Medical Review of Reviews*, que era un simposio sobre psicopatología, con una introducción suya. Ese era un ejemplo de su consideración. "Pensé que le gustaría mirarlo", dijo. "No se tome el trabajo de leerlo."

Hace tres días, al referirse a una discusión anterior, Freud me dijo: "Tengo la impresión, ahora que usted ha descubierto sobre la muchacha canadiense, que usted no necesita indagar más profundamente, que puede atenerse a los principios generales".

"Esta es la forma más sofisticada de resistencia. Recuerdo un caso de una mujer que vino a verme desde Praga cuando yo comenzaba recién a hacer análisis. (Desde luego, en ese entonces, yo cometí muchos errores.) Pasó la hora contándome lo feliz que era con su esposo. Al final de la hora le dije que no creía que esto fuese posible, que nunca había visto a una mujer que tuviera una neurosis que fuera feliz en su vida marital. Hoy, dejaría que la paciente hablara y no diría nada. Pero entonces, no tenía tanta experiencia. Al día siguiente, la mujer volvió y dijo: 'Todo lo que usted me dijo es totalmente cierto, veo que tenía razón, y ahora estoy absolutamente bien y no tengo más necesidad del tratamiento'. Y se fue a su casa."

"Dos semanas después me enteré de que había tenido que ir a un sanatorio. Había dicho que estaba bien a fin de evitar tener que hablar de sus dificultades. Este mecanismo se utiliza con no poca frecuencia."

Abril 19, 1930

A comienzos de esta semana Freud me sugirió, como parte de la terapia activa, que tratara de dormir de espaldas o de lado. Mi costumbre desde chico es dormir sobre mi estómago, con una pierna levantada hacia arriba. Freud dijo que mi posición probablemente provenía de alguna experiencia adolescente o infantil.

Las últimas dos noches, Freud tuvo a su perro chino en la habitación. Dos noches antes, cuando terminaba su sesión con la Dra. Jackson, corrió por el hall como un chico, esperando que el perro lo siguiera. Pero la Dra. Jackson (ella recién se iba) habló al perro, y el perro se quedó para hablar con ella.

Anoche soñé que Bobs, mi perro, encontró un puercoespín en el hueco de un árbol. Espantó al puercoespín. Primero pensé que era un perro sabueso. Luego Bobs se tragó al puercoespín. Corté la garganta de Bobs para sacarlo, pero al hacerlo me hice unos cortes en el pulgar.

Asociaciones: La noche anterior, el Dr. Lippman nos había estado contando sobre un bebé que había llorado durante horas. La madre le trajo al niño, pero él no pudo encontrarle nada. Finalmente, la madre le llamó la atención sobre el pulgar hinchado del niño. También recordé que se decía que los niños provenían de troncos ahuecados, y pensé sobre el "inquieta puercoespín" (*sic*), una cita de *Hamlet*. Durante la sesión de hoy recordé otra cita de Shakespeare: "Desgajado a destiempo del vientre de su madre" —que dije era de *Julio César*.

"No", corrigió Freud, "se refería a Macduff en *Macbeth*".

Este es un ejemplo de la erudición y las extensas lecturas de Freud. ¡Es posible imaginarse a un médico norteamericano que sepa una pequeña cita de Schiller o Goethe!

La mención del puercoespín impulsó a Freud a decir, "Cuando me pidieron que fuera a América en 1909, no esperaba mucho, pero quería ver un puercoespín. En las Adirondacks, vi uno muerto. Cuando volví, el Dr. Ferenczi me dio este pequeño ejemplar." Diciendo esto, fue hacia su habitación y trajo una pequeña figura de puercoespín para que yo viera. Hablamos de sus hábitos, luego siguió con las asociaciones de mi sueño.

Abril 23, 1930 *

Hoy es la primera vez que vi a Freud desde abril 19. (Estuve en Budapest por una visita. Vi al Dr. Ferenczi, quien se mostró muy interesado por el problema del tartamudeo. Piensa que debiéramos analizar algunos casos y ver qué logramos.)

Durante la sesión de hoy, mencioné unos recortes que había visto sobre el nuevo libro de Freud, *El malestar en la cultura*. Uno era de un predicador que decía que Freud estaba sumergido en la tiniebla y la desesperación. Otro era un editorial criticando a Freud por decir que el hombre primitivo era feliz y desinhibido.

Freud señaló, "La traducción inglesa todavía no salió —¿cómo pueden saber qué dice el libro? Lo extrajeron de los informes que recibieron, sin leer el libro."

Luego hablé de la transferencia negativa del Dr. A. con Ferenczi. Más tarde, de mi transferencia con Freud que no era negativa.

"Hay una cosa —tal vez no debiera mencionarla—", destacó Freud, "pero se la diré, por su significación. Quizá usted no ha sido totalmente franco. Algunas veces, pasa que el paciente tiene una reserva mental, lo cual es fácil de hacer, y entonces el análisis sigue en forma feliz y tersa, con poca o ninguna transferencia negativa."

Le pregunté a Freud si había alguna evidencia directa de esto en mi caso.

* Freud tuvo que suspender el análisis después de abril 23 por problemas de su salud personal que exigió atención urgente. En abril 24, fue al Cottage Sanatorium en Viena, para tratarse por su estado cardíaco. Permaneció allí hasta mayo 4, en que fue a Berlín a hacerse hacer una nueva prótesis, porque la vieja le estaba causando, nuevamente, gran dolor. Como siempre, se quedó en el sanatorio en Tegel, donde tuvo que permanecer durante varios meses antes de que su trabajo dental fuera terminado. Smiley fue a Berlín para continuar sus sesiones con Freud, pero aparentemente las entrevistas eran muy irregulares, y no hay otro registro de las mismas con respecto a este período que la de fines de junio. — M. C. B.

“No”, replicó. “Sólo lo di como posibilidad. Tal vez hay algo que debiera mencionar y es la actitud optimista hacia personas y cosas que usted asume con frecuencia.”

Luego le pregunté a Freud sobre la cuestión que había discutido con Margaret y Hy Lippman: acerca de una persona que tiene una reserva, como podría ser un cura.

“Le daré un ejemplo”, replicó. “Antes de la guerra vino un hombre a verme para analizarse. Dijo que había tenido una dificultad nerviosa: se sentía tenso y confuso en presencia de la gran autoridad. Estaba en el servicio diplomático. Era húngaro y había sido llamado para ser el secretario privado del Emperador. Antes de enfrentarse con sus superiores, siempre debía ingerir alcohol, y no quería continuar en esta práctica. También, dijo que se le había exigido jurar que no revelaría a nadie los secretos de su trabajo.”

“Consentí en tratar de ayudarlo. Pero me encontré con que se encerraba detrás de sus reservas y aunque lo traté durante nueve meses —se sintió satisfecho, ya que parcialmente había aliviado sus síntomas, y aún habla de los beneficios de su tratamiento— no siento que haya sido un análisis satisfactorio.”

Le pregunté a Freud qué pensaba si yo estudiaba con el Dr. Brill, cuando volviera a Nueva York: que él me ayudara en mi trabajo analítico.

Freud dijo que eso estaría muy bien. “Brill me parece excelente —nadie mejor que él.”

Junio, 1930

Visité a Freud unos pocos minutos en mi último día en Tegel. Me dio una carta de presentación para el Dr. Ernest Jones a quien espero visitar en Londres en mi camino de regreso.*

* Smiley tuvo que regresar a Vassar a enseñar en la escuela de verano. Yo también tuve que regresar para dar clases de verano sobre orientación infantil, pero esperé unas pocas semanas más antes de hacerlo. Luego, a comienzos de setiembre, regresé sola a Viena para continuar mi análisis con el doctor Brunswick, mientras Smiley permanecía en Vassar para el año lectivo.

Fue durante la primavera siguiente que encontré a Freud nuevamen-

Freud me preguntó qué planes tenía, y le dije que estaba decidido a trabajar con el Dr. Brill cuando regresara.

“¿Usted cree —le pregunté—, que después de haber trabajado un año con el Dr. Brill estaré en condiciones de practicar análisis?”

“Sí”, afirmó Freud. “Creo que usted tiene el fundamento, de manera que puede seguir adelante.” Luego agregó: “No creo que usted sea un neurótico”.

Hubo unas palabras finales, y luego, un apretón de manos y nos separamos.

VIENA

Agosto 3, 1935

Llamé a la casa de Freud en Grinzing * ayer por la noche, cuando llegué por avión desde Londres, a las 8 de la noche.

te, en Viena. Yo vivía, en ese momento, con la familia de un artista, en N° 1, Frankgasse. Un día, mientras bajaba los escalones de mármol hacia la salida, vi a un hombrecito muy fatigado y de aspecto contraído, acompañado por un hombre joven con una gorra de chofer. Miré nuevamente —y vi algo en él que no era ni pequeño ni fatigado ni viejo. Hasta sus movimientos más simples tenían una distinguida y controlada simplicidad. Otra mirada me dijo que era el profesor. Entonces, recordé que el consultorio de un cirujano bucal estaba en ese edificio.

En la planta baja, nos chocamos. Dudé en entrometerme pero no pude pasar sin un breve saludo. “Buenos días, profesor”, dije.

Miró hacia arriba y se detuvo. Entonces, extendiendo su mano exclamó, “¡Margaret de Smiley!” y sonriendo, me condujo hacia un lugar donde había mejor luz, y estudió mi cara bajo el ala amplia de mi sombrero de paja.

“Bien, bien”, dijo. “¡A menudo he recomendado el análisis para hacer más feliz a la gente, pero no me di cuenta que también podía hacerla más joven!”

Luego de una o dos preguntas sobre las noticias que tenía de Smiley desde Nueva York y de cómo encontraba la vida en Viena, partió sonriente.

Debe de haber estado muy fatigado y bastante rendido por el dolor en ese momento, pero si así era, lo dejó de lado por un gentil saludo y un cumplido muy vienes: el pequeño gesto cortés que se esfuerza siempre por hacer de la otra persona —y no de sí— el centro del escenario. ¡Al menos, así era Viena antes de la caída! — M. G. B.

* Un suburbio de Viena donde Freud pasaba el verano.

Ana Freud había salido. A las 10, todavía no había llegado, y no la encontré hasta las 9 de la mañana de hoy. Me dio una cita con su padre para las 4 de la tarde.

La casa está en 47 Strassergasse. Dejé la Pensión Atlanta en la línea de ómnibus, a las 2.45, para asegurarme de llegar a tiempo. A medida que me acercaba a la casa, cerca de las 3.10, vi a Ana Freud que se alejaba en su automóvil con Paula, la pequeña mucama que había visto cinco años antes. Fraulein Freud se detuvo y me habló cordialmente, y sugirió que me sentara en el jardín en la parte posterior de la casa. Le pregunté si debía hacer sonar el timbre de la portada —lo que hice— pero la mucama vino desde el auto y me llevó hacia la parte posterior de la casa. Dijo que me podía quedar allí hasta las cuatro, hora en que vendrían a buscarme.

El jardín es de un tamaño aproximado de cincuenta yardas de ancho y cien de profundidad, con muchos árboles y pasto suave y cálido. Luego de explorar el jardín hasta el fondo me senté al lado de una mesa en una confortable silla, y esperé. Los pájaros gorjeaban y cantaban: había una brisa suave. Las mucamas, ocasionalmente hablaban en voz alta en la cocina al frente de la casa, que es de revoque color crema. Tiene tres pisos con ventanas francesas, y hacia el extremo oeste hay un vestíbulo, donde estaba el profesor Freud.

Cuando el reloj dio las cuatro, la mucama que me había hecho entrar regresó y me pidió que la siguiera. Subí las escaleras de afuera hacia el vestíbulo a unos diez pies de alto. En el extremo lejano, sobre un diván, vestido con su habitual traje negro y blanco, estaba el profesor Freud.

Extendió la mano pero no se levantó. “¿Cómo está usted?”, dijo, y luego preguntó por Margaret. Me hizo el ademán de que acercara la silla. Parecía muy frágil, pero penetrante y alerta. Luego de un intercambio cordial dijo: “Hoy no lo veré para una sesión regular. Para ser sincero, no me siento bien. El médico dice que mi corazón no está fuerte. No es nada, pero dice que es mejor que hoy no trabaje.”

En respuesta a su próxima pregunta, le dije que tenía la intención de quedarme dos semanas por lo menos —que darían lugar a doce horas— y tal vez algunos días más, si podía. Luego le conté que había traído los honorarios para dos semanas

en dólares —pensando que quizá él lo prefería así, como hacía cinco años atrás.

“No tiene importancia”, dijo, mientras yo le pedía que aceptara los 300 dólares (que yo tenía conmigo en tres billetes de 100), ya que no quería llevarlos encima.

“Los aceptaré a cuenta, y los guardaré para usted. ¡Si muriera antes de dos semanas, le serán devueltos!”

“Usted está igual que siempre”, afirmó luego. “Hace tres años que no lo veo.”

“Cinco”, repliqué. “Fue en 1930 que me fui de aquí.”

“Así fue”, dijo.

“Ha pasado mucha agua bajo el puente, y no toda limpia”, comenté.

“Ah, sí”, estuvo de acuerdo con una mueca de fatiga. Luego, me preguntó cómo había andado.

Respondí que seguía bien, a pesar de cinco años de trabajo extenuante; que suponía estar más informado, y continué: “Soy más feliz desde mi análisis”.

“¿Lo ayudó *personalmente*?”, preguntó.

“Sí”, contesté. “Creo que fue lo más útil —en cuanto a la comprensión personal— que me haya sucedido nunca.”

“A menudo pienso en usted con el afecto más profundo”, continuó, “aun cuando usted no se entera sobre mí con frecuencia”. (Me olvidé de señalar antes, que cuando habló de su corazón, le ofrecí irme, pero él dijo que podía hablar sin dificultad.)

Luego, Freud dijo que podía tomar mi sesión a las once de la mañana o las cuatro de la tarde. Sólo estaba tratando a una persona, porque todos estaban afuera en vacaciones. Dije que prefería las once de la mañana.

“Está bien”, contestó. “Entonces lo veré a las doce el lunes.”

“Once”, dije.

“Ah, sí”, respondió, y me extendió su mano.

La visita duró alrededor de doce minutos.

Freud me dio la impresión de viveza mental, de una energía de espíritu y un sutil manejo de la situación. No parecía débil pero sí muy frágil, y algo delgado. Sus movimientos eran rápidos y hasta como los de un pájaro por su carácter repentino —por ejemplo, al extender la mano—. Su mente se desplazaba

con velocidad. Aparentemente, tenía cierta dificultad para oír —o quizá no estaba habituado a mi inglés. Una o dos veces me pidió que repitiera la oración, especialmente cuando hablaba de la salud de Margaret.

Le dije que habíamos escrito otro libro sobre tartamudos que había sido aceptado para publicar. “¿Ustedes han escrito un nuevo libro?”, dijo con interés. “¿Ustedes colaboran?”

“Sí”, repliqué.

Agosto 5, 1935

Llegué a casa de Freud unos minutos antes de las once. El portón estaba abierto y la pequeña mucama, Paula, vino hacia mí. Esta vez, me hicieron pasar a una habitación que se abría sobre el vestíbulo donde Freud estaba recostado el sábado. El profesor estaba en el medio de la habitación —con aspecto muy compuesto y enérgico. Me dio un apretón de manos, y me señaló el diván.

“Usted no ha cambiado”, dije. No respondió, pero hizo el acostumbrado gruñido con la garganta para indicar acuerdo. “Su energía y espíritu —continué— siguen hacia adelante.” No respondió.

Entonces dije: “No pregunté si sus honorarios son los mismos de antes. Lo supuse —pero si resulta más a causa del valor del dólar hágame saber, y arreglaré para darle la diferencia.”

“Está muy bien”, respondió. Luego agregó: “¿Le resulta conveniente pagarme la suma que me dio?” El tono de su voz y la implicación de su ademán significaba que él reduciría los honorarios si yo no podía afrontar la suma usual de 25 dólares la hora.

“Sí”, repliqué. “Ahorré esa suma para este fin. Tuve que hacer algunas economías pero a menos que se hagan ciertos sacrificios uno no aprecia las cosas.”

Me recosté, y comencé: “Primero, le contaré acerca de mi vida objetiva, luego de mi vida subjetiva, brevemente, desde que lo dejé.” Él respondió: “Como usted quiera.”

Hablé de mi encuentro con Zilboorg. “Oh, sí”, dijo Freud, “un recién llegado”.

Continuando, dije que había un movimiento en camino para destituir al Dr. Brill. Freud señaló, "Después de todo, él parece ser el mejor."

"Sin duda", respondí. "A menudo carece de tacto y sutileza social en los encuentros, pero ha sido muy amable conmigo, y yo lo sostengo con firmeza."

Hablé del análisis de Y. y de su asesinato de la mujer. Freud no dijo nada. Hablé de la oposición que me hacían Kardiner y Zilboorg, y de mi opinión sobre ellos. Nuevamente, no hubo comentarios. Al parecer, ahora Freud está un poco sordo. Su discurso no era muy claro, su tono era bajo, y parecía tener dificultad para juntar energías para articular.

Nuevamente, uno se siente impresionado por la habilidad de Freud para mantener distancia y al mismo tiempo ser afable, cálido y amistoso. Su expresión de acuerdo mediante una exclamación indefinida, da al paciente la impresión de que está siendo escuchado con gran atención (que es el caso) y que lo que dice es importante y concuerda con la perspectiva del profesor. Ha aprendido el difícil arte de la contrasferencia. Se entrega, pero no en forma indiscriminada o de una manera que cargaría al paciente con la necesidad de devolverle afecto por afecto, de igual a igual. Su apretón de manos es algo blando; su mano cuelga del brazo. Sus movimientos, como siempre, son rápidos y como de pájaro —casi femeninos en su velocidad y delicadeza.

Agosto 6, 1935

Hoy comencé a hablar sobre la hermana del Dr. Alexander. (Margaret recién me había escrito que la había encontrado en lo de Clara.) Freud no la conocía.

De una de las alumnas de Ferenczi, dijo Freud, "Ella tuvo, me temo, una mala influencia sobre Ferenczi". De la Dra. Horney, dijo: "Es capaz, pero maliciosa, desconsiderada".

Hablé de la aparente homosexualidad del Dr. X (abierta) y de su relación con el Dr. Y., quien le manda pacientes. Dije,

"No creo que un homosexual abierto pueda convertirse en un buen analista."

La respuesta de Freud era, en efecto: "Usted está en lo cierto respecto de sus supuestos".

Luego, nuevamente di una historia detallada de la Sra. Y. Muchas veces hacía una pausa luego de una pregunta como: "¿Usted cree que su padre significa esto para ella?" Hubo silencio después de estas preguntas. En un momento destacué: "La Sra. Y. parece tener un pene anal... Tal vez todas las niñas lo tengan, cuando sienten que no tienen un verdadero pene."

Freud respondió, "La sensación en el clítoris tiene más influencia en la conformación de las actitudes, que el tamaño del instrumento que está experimentado en evacuar." (Estas no son sus palabras exactas pero traducen su significado.)

Finalmente, Freud dijo: "Parece que usted desea que trabaje con usted como si yo fuese su control. En un control, durante la primera semana se comienza por obtener una impresión del paciente —y la semana próxima, y así siguiendo. Pero para entrar en un caso que ha estado desarrollándose desde hace tanto tiempo y cuya historia es tan compleja, resulta imposible. No se puede tener una opinión adecuada".

No obstante, le conté tres sueños de Mrs. Y; pero luego de mis preguntas acerca de ellos hubo o un silencio, o bien una afirmación: que sin las asociaciones no podía darse opinión alguna.

Pregunté si era una buena técnica retrotraer a un paciente hacia un sueño. "Sí —respondió— pero si el paciente no continúa, no se puede hacer nada. No se puede obligar a las cosas. Usted me da la impresión de estar esforzándose. Tal vez sus intereses estarían mejor orientados si los dirigiera hacia el método. Haga su trabajo tan concientemente como pueda, no se preocupe de los resultados. No se preocupe tanto." Luego, citó el lema en la tumba de Paré, en francés. Le pedí que la tradujera. "¿No entiende mi francés?", preguntó. Repliqué: "No puedo entender el francés de nadie, lo siento". Entonces me dijo la traducción: "Yo traté (vendaje) a mis pacientes: Dios los curó."

Anteriormente, al hablar de los síntomas de la señora D.,

incluyendo su rechazo por las sensaciones de la vagina, dije: "Supongo que no puedo esperar resolver la frigidez sexual de la paciente y proporcionarle una respuesta sexual".

"No", replicó Freud, "no debe ser tan ambicioso."

Le pregunté si podía esperar ayudar al señor L, de 26 ó 27 años, a lograr capacidad sexual.

"Sí", dijo Freud. "Uno puede buscar resultados a esa edad. Tuve un hombre de 35, que logró capacidad sexual luego del tratamiento."

Agosto 7, 1935

Durante la hora hubo un ruido en la puerta. Freud se levantó, la abrió y entró su perro chino.

Mientras (yo estaba) analizando mis sueños, el nombre de Ferenczi volvió a surgir, y le pregunté a Freud cuál era el núcleo de su nueva concepción. La respuesta de Freud, en esencia, fue ésta:

"No se puede entender el método de Ferenczi sin comprender toda su historia. Él era uno de once hijos. Su madre era inteligente y eficaz pero, naturalmente, no pudo dar mucho amor a este niño. Él no podía ser particularizado. Estaba sediento de amor. Ese es su secreto, que surgió cuando se analizaba conmigo.

"Su 'nuevo método' —nada tiene que ver con su terapia activa, que por otra parte, funcionó muy bien— era, en realidad, un sometimiento pasivo al paciente. Su idea era satisfacer los deseos infantiles del paciente, y de este modo llegar al material infantil en una etapa más temprana y más plástica.

"Le pregunté", continuó Freud, "si estábamos logrando resultados. 'No, todavía no', dijo él, pero esperaba que sí. Ahora bien, si un padre se somete a todos los deseos de su hijo, sería imposible obtener una educación adecuada. El padre debe enseñar a su hijo. El analista, también, no puede someterse a los deseos infantiles de su paciente. Ferenczi, intentó desempeñar el papel de un padre sobreprotector, dar el amor que él no

98304

había recibido, y obtener amor de sus pacientes. Ese era su secreto. Estuvo enfermo durante varios años antes de morir. Y durante su enfermedad, esta tendencia de dar y obtener amor —a causa de su estado de gran necesidad cuando niño— salió a la superficie.”

Le pregunté a Freud que haría él si una paciente insistía en estar sentada o en usar un cisne para polvos y arreglarse durante el análisis. “No lo permitiría”, respondió. “Diría, ‘se está poniendo usted fuera de la situación analítica’.”

Después le pregunté: “¿Continuaría usted, en el segundo día o en los siguientes, analizando un sueño?”

“Sí”, contestó, “a menos que surgiera un nuevo sueño, y entonces dejaría el viejo sueño y comenzaría con el nuevo... Pero dése cuenta”, agregó, “que cuando un paciente le trae un nuevo sueño, cuando no han analizado el viejo sueño, significa que hay resistencia.”

A una pregunta sobre sus hijos, Freud dijo que tenía tres hijos, que habían debido abandonar Alemania. Uno era arquitecto en Londres, otro ingeniero en Francia y el otro procurador aquí, en Viena.

“Ningún judío —dije— puede esperar justicia en Alemania, de modo que debieran abandonar Alemania en cuanto pudieran.” Freud asintió.

En el curso de mis asociaciones a mi sueño, Freud dijo: “Tengo la impresión de que usted está defraudado e insatisfecho, que quiso irse antes de la hora; que quería ser un miembro de mi familia”.

Agosto 8, 1935

Vine con un sueño, pero tuve dificultad en encontrar su significado.

“Usted parece estar reteniendo algo”, dijo Freud. “Es mejor no preparar lo que va a decir. Venga en una actitud más pasiva.” Agregó que había algo diferente en mi voz; no podía entenderme muy bien. También me cubría los ojos, y él se

preguntaba qué significaba. Expliqué que me dolían los ojos. También me preguntó por qué miraba el reloj tan frecuentemente la última vez. Tal vez significaba que estaba aburrido o que sentía que él no me estaba proporcionando una hora plena. Por el contrario, le dije que la última hora había sido muy interesante, pero que mi reloj se había parado justo cuarenta minutos después de la hora.

“Usted ve qué difícil me resulta entender el significado de las cosas si no tengo las asociaciones”, comentó. “Pueden tener muchos significados.”

Por último, al final de la hora, Freud dijo que en mi sueño, al parecer, el rector universitario podía ser también él, Freud, y que mi deseo de que el rector viviera, era probablemente un deseo contradictorio contra el deseo de muerte.

Dije, “probablemente, una de las razones de mi resistencia provenían de una cuestión embarazosa que quería preguntarle. A los sesenta y cinco, pienso escribir mi autobiografía y plantear francamente la impresión que me causó la civilización norteamericana. Desearía usar el material que usted me dio y mis impresiones sobre usted. Esta es la pregunta embarazosa que quería hacerle.”

Freud me preguntó por qué debía esperar hasta los sesenta y cinco para escribir mi autobiografía. Respondí que podía ofender a cierta gente, y que quería esperar a estar capacitado para retirarme.

Entonces dijo, “no veo por qué la pregunta resultaba embarazosa. Usted tiene sus relaciones personales conmigo, y es libre de escribir lo que quiera.”

Respondí, “mucha gente que lo conoció (como Wittels, por ejemplo) hicieron —no puedo pensar en la palabra.”

“Hicieron una confusión”, interpeló Freud.

“Sí —dije—, pero esa no es la palabra.” Finalmente me surgió: “Hicieron capital con usted.”

“Ah —dijo, pero luego repitió:— pero usted es libre de escribir lo que usted guste.”

Agosto 9, 1935

Tuve varios sueños fantásticos durante la noche y dormí mal. Llegué cerca de diez minutos antes para la sesión, y encontré a Frau Freud sentada a la mesa del jardín, cortando habas en pequeños pedazos para la comida de la noche. Es una mujer regordeta, amatronada, de tamaño mediano, de cerca de un metro sesenta de estatura, diría. Tiene una boca dulce y una expresión afable y bondadosa. Parecía bastante tímida. Señalé que había llegado temprano y que el jardín era "*ruhig und schön*". Ella respondió con una sonrisa y una inclinación de cabeza, pero no habló. La mucama vino cerca de cinco minutos antes de la hora para llamarme. Probablemente, el profesor quería evitar poner en aprietos a Frau Freud. En adelante, llegaré justo a tiempo.

Freud, había dicho que cuando una persona trae un nuevo sueño antes de haber analizado el viejo, significa que hay resistencia. Cuando le dije que había traído varios sueños, dijo: "Bien, tome el que le haya causado mayor impresión."

El sueño incluía episodios sobre un animal que era como un ciervo o antílope con gruesa piel marrón, y las asociaciones hicieron aparecer al perro de Anna y al perro del profesor.

Durante la hora, alguien golpeó la puerta. Era Ettinger, para despedirse. Cuando golpearon, el perro chino de Freud ladró, y después que se fue Ettinger, el profesor dijo orgullosamente, "usted ve como se mantiene alerta". Esto me llevó a recordar el episodio en 1929, cuando pedí que el perro fuera sacado de la habitación mientras yo me analizaba.

"¿No era este perro, no es verdad?", dijo Freud.

"No, era el perro de Anna", respondí.

"Oh... Wolf", dijo, como si hiciera una observación crítica sobre su perro para decir que interfería en el análisis. El perro chino, en efecto, generalmente yace tranquilamente en el piso. Una vez, cuando estaba royendo un hueso fuerte, Freud le pidió que parara, lo cual hizo rápidamente. El otro día, sin embargo, estaba afuera y me gruñó cuando me fui. Se lo mencioné a Freud.

“¿Le gruñó?”, repitió, como si se sorprendiera de que un perro pudiera hacer semejante cosa.

Le dije, “Sí, el sábado cuando me iba, antes de darse cuenta que me conocía.”

Entre las asociaciones vinculadas con el sueño, hablé de los libros de Graves, *Claudius y Claudius, the God*. Freud, que había leído ambos, estuvo de acuerdo en que Calígula tuvo un ataque de demencia precoz catatónica y que Claudius era un caso de enfermedad de Little (trauma de nacimiento), sobre el cual él había escrito una monografía antes de dedicarse al análisis. Estuvo de acuerdo en que el mal de Claudius había dejado intacto su intelecto, pero que daba lugar a una crítica que podía levantarse contra Graves. Los escritores de este período (algunos de ellos republicanos), que dicen que los actos de los emperadores eran inamistosos e indubitables, no informaban correctamente acerca de la situación. Por ejemplo, Livia puede no haber sido para nada una “bruja maligna”.

En una conversación sobre técnica, le pregunté a Freud si él era partidario de hablar con el paciente varias horas, antes del análisis, o si más bien, comenzaba un análisis con varias horas de conversación.

Replicó, “Con una persona que se está entrenando, puede ser lícito. Con un paciente que está allí para tartarse, no”.

Le pregunté sobre P. y su uso de ropas interiores femeninas. Freud estuvo de acuerdo en que era una identificación materna respecto de su padre, aunque puede ser que no diferenciara entre los dos sexos —sus fantasías, siguió diciendo Freud, deben tratarse con cuidado. A menudo en casos así están tan deformadas que cubren las reacciones más primitivas.

Le pregunté a Freud si había escrito su *Interpretación de los sueños* en un verano. “El primer borrador”, respondió. “Por supuesto, tuve que dejar una gran parte para una revisión posterior”.

“Fue una notable *tour de force*”, dije. “Cuanto más leo el libro, más notable me parece...”. Y continué, “Usted está tan seguro —es decir su inteligencia es tan segura—, que no hay ninguna confusión. Usted no duda cuando afirma, ‘los sueños siempre son tal o cual cosa’.”

“Quizá”, respondió, “mi seguridad se debía al entusiasmo del joven descubridor”.

Agosto 10, 1935

El sábado no fue un día exitoso, parece. Dormí mal. Me mudé al Bristol Hotel el viernes a la noche, pero encontré que era ruidoso y volví a la Pensión Atlanta. El profesor parecía un poco aburrido o cansado. Tal vez era mi actitud.

Hablé de P. y traté de llegar al mecanismo a través del cual se llega a la homosexualidad. Freud dijo, “Cuando una madre es demasiado tierna con su hijo —es decir, con su hijo varón— la homosexualidad se desarrolla con frecuencia”. Juzgo que quiso decir como una defensa contra los sentimientos incestuosos.

A continuación hablé del señor W., de mi fracaso al no ver su transferencia creciente y su cólera —su cólera paranoica contra sí. Dije, “Me sentí un poco impactado por la estructura paranoica tan impenetrable que había construido —que yo no podía romper... me pregunto a menudo”, seguí, “si mi razonamiento es tan retorcido”. No hubo signos por parte del profesor.

Siguiendo con la actitud del señor W., dije, “La actitud homosexual de un hombre, no es necesariamente una característica femenina, sino infantil”. Margaret lo sugirió, y dije que yo estaba de acuerdo. Freud comentó, “Bueno, en algunos casos puede ser así, pero no parece ser de aplicación universal”.

Cuando dije que el señor W. había renunciado que no volvería, Freud hizo una exclamación —pero me apresuré a agregar que volvió. Más tarde, Freud habló de P. como si fuera un caso de infantilismo; de no haber crecido. Pero no me alentó cuando le dije que me sentía torpe con el señor W. Sólo dijo, “El mecanismo de la homosexualidad no está claro”.

Finalmente, al hablar de la primera Iglesia presbiteriana de Nueva Rochelle y de su pastor, con quien había hablado de la lectura de la Biblia, mencioné que había ganado 5 dólares

de un amigo, por mi conocimiento de la Biblia. Continué, "Se cree generalmente que la afirmación de Ruth, 'Me invitó a no dejaros', etc., estaba dirigida a su esposo pero que en realidad, había sido dicho a su madrastra".

Freud dijo que pensaba que era a su esposo. Yo repetí que no. "Tendré que mirarlo", dijo.

Olvidé mencionar el otro día que cuando estábamos hablando sobre el Tratado de Versalles y Wilson, señalé que Wilson había sido desollado (engañado) por Lloyd George y Clemenceau.

Freud respondió, "Wilson era absolutamente ignorante".

Agosto 12, 1935

Le pregunté a Freud sobre sus nuevas concepciones sobre la ansiedad, como lo sugería en una nota al pie de mi ejemplar de la *Interpretación de los Sueños*.

"Sabe usted", replicó, "nuestras ideas sobre la ansiedad han cambiado mucho desde que se escribió este libro. Usted podrá encontrar nuevas concepciones en un capítulo de *Nuevas conferencias introductorias sobre Psicoanálisis*".

Luego le conté al profesor sobre nuestros hallazgos y teorías sobre el tartamudeo. Al final de una exposición de unos quince minutos, dije, "Nuestros descubrimientos son que hay dos tipos de tartamudeo: uno, en el cual está implicado el organismo, y otro en el cual está implicada el habla". Y dí ejemplos.

Freud no expresó ni acuerdo ni desacuerdo. Sentí que no se había impresionado con nuestros dos tipos. Seguí diciendo que había encontrado en nuestros casos una acentuación de los impulsos eróticos anales que eran transferidos al área erótica oral. Había una tendencia homosexual pasiva y un sentimiento de castración. Pero, dije, no quisimos generalizar a partir de estos dos casos. Y le conté una historia sobre un amigo mío, un negado mental, con quien había estado caminando un día en la granja universitaria. Cuando pasamos por un lugar donde estaban pastando unas ovejas recién nacidas, dije, "Veo que han esquilado a las ovejas".

“Bueno”, respondió mi amigo, “al menos, de un lado”. Hasta ahí llegaba.

Freud se rió de corazón. “Muy bueno”, comentó. Y luego dijo (en efecto), “No tuve mucha experiencia con tartamudos. Un caso fue el de un hombre llamado Arthur. Empezó a tartamudear cuando tenía catorce años. Decía, ‘¡Ah! ¡Ah!’ —que en alemán significa ir al baño. Este era un caso de origen erótico anal. No estoy seguro del aspecto homosexual pasivo que mencionó. Parece haber dos impulsos divergentes. Estoy seguro de que probablemente hay muchos mecanismos diferentes en casos diferentes”.

Le pregunté si seguía pensando como antes, sobre los factores orgánicos en el tartamudeo. “Sí”, replicó. “Debe haber alguna tendencia corporal”. (Usó una larga palabra alemana que significa tendencia corporal o preparación.) “Ya que en un caso nos enfermamos de asma, en otro, adquirimos tics, y así siguiendo”.

No pareció estar de acuerdo conmigo cuando hablé de tipos ganglionares basales.

Agosto 13, 1935

Me sentí muy cansado ayer a la tarde. Luego de dormir durante una hora y media, fui hacia la ciudad. Sentía un malestar muy definido. Mis piernas estaban pesadas, tenía estremecimientos de fiebre, y sentía frío y calor sudoroso —me sentí verdaderamente enfermo. La única explicación física era una pequeña infección nasal que me agarré nadando el domingo pasado.

Cuando hablé de esto al profesor, dijo, “Probablemente emocional —ayer fue un día apacible— y entonces, también, estos días lo cansan a uno”.

Le relaté el sueño de anoche, que implicaba al Príncipe de Gales, a la reina Victoria, y su incapacidad de oírme cuando me dirigía a ella, sea porque era sorda o porque mi pobre voz estaba disminuida. Me inclino sobre la baranda de un balcón

y le grito, "Usted aún es dueña de su reino, y puede gobernar a pesar de su sordera".

Surgió, por supuesto, que igualaba a la Reina Victoria con Freud, y el profesor se sintió muy divertido con el sueño. "Oh", dijo, "Estoy un poco duro de oído, pero si usted habla claramente y un poco más fuerte —sin gritar— puedo oírlo todo".

Hubo otros aspectos del sueño, pero no llegué a ningún lado con ellos. Al final de la hora, Freud dijo, "Aún hay un secreto al que no hemos llegado".

Olvidé señalar que el otro día, le dije a Freud que Margaret pensaba que algunos de los prejuicios contra los judíos se debían al miedo creado por ellos entre los no judíos a causa de la circuncisión. Yo no estaba de acuerdo, y le pregunté si él sí. Dijo que no.

Agosto 14, 1935

Le pregunté al profesor si era lícito, —cuando los pacientes mostraban mucha resistencia diciendo que no obtenían nada del análisis y continuaban así— preguntarles qué esperaban del análisis y cuáles eran las dificultades que deseaban entender o superar.

Respondió, "¿Por qué no?".

Otra vez hablamos del sueño de la Reina Victoria. Asimismo, surgió que igualaba a la reina Victoria con mi abuela también —de manera que el Príncipe de Gales era yo, ya que Victoria era mi abuela. Mi abuela, en realidad, también era mi madre, porque me había criado desde muy niño. Discutimos aspectos de la homosexualidad y de la relación de mi abuela con el profesor, a quien yo había convertido en una mujer (Victoria).

Luego traje algunas cuestiones sobre técnica. Al final de la hora, Freud dijo, "Usted está tal vez demasiado ansioso con sus pacientes". Luego agregó, "Déjelos un poco a la de-

riva. Déjelos elaborar su propia salvación". Citó a un repostero de una obra que decía una y otra vez, "No importa —saldrá por sí solo".

Agosto 15, 1935

Hoy, me sentí más bien en paz. Le pregunté al profesor sobre la señora G. Dijo que ella parecía ser un buen caso para análisis —que su apego por su padre probablemente reenviaba a la relación con su madre. Sería necesario analizar sus relaciones homosexuales con su madre y descubrir la razón del apego por su padre.

Luego hablé de la gran voluntad de mi madre y de la resolución con la cual se convirtió en maestra, en una sociedad donde las mujeres no debían trabajar... de mi abuela y su amor, de su disciplina anticuada y rígida, de su afición por la bebida durante su último y senil año de vida, aunque siempre había sido una abstemia. Hablé de su empecinamiento —y también el del profesor por no querer venir a los Estados Unidos para su tratamiento dental.

Freud luego me preguntó mi opinión sobre el decano de la escuela dental de Harvard, pero yo no conocía al hombre, aunque aparentemente tenía reputación como experto. Parece que estuvo en París varios años atrás, y la Dra. Ruth Brunswick, devota amiga de Freud, lo había convencido para que viniera y examinara al profesor.

"Pasó tres semanas arreglando mi dentadura y cobró seis mil dólares", dijo Freud, "y no fue mejor que antes".

Dije que el costo era un atropello. Freud no podía recordar el nombre del hombre, pero dijo que era considerado como uno de los mejores para dentaduras en los Estados Unidos. Repliqué que yo lo dudaba mucho.

Luego hablé del pueblo judío —unas pocas tribus semíticas, en las encrucijadas del mundo, que desarrollaron un monoteísmo, un sistema ético, un dios que toda Europa aceptó

y que por ello odiaba a los judíos— otro milagro... El profesor hizo una exclamación para expresar su acuerdo conmigo.

Continué, "Hablando con seriedad de juicio, creo que es usted uno de los talentos más grandes de todas las épocas. Hasta hoy, usted y tal vez Einstein son las dos inteligencias más grandes del mundo —y ambos judíos".

Más tarde, entré en el tema de América. En una ocasión anterior, Freud había sido crítico respecto del país, al referirse a su pobre educación y cultura. No puedo citarlo exactamente, pero hasta donde recuerdo, dijo, "Ustedes los norteamericanos son así: El ajo es bueno, el chocolate es bueno; pongamos ajo sobre el chocolate y comámoslo".

Le recordé esto y le dije, "No creo que sea usted justo con los norteamericanos. Usted debe recordar que somos una democracia. El hijo del repostero y del panadero van a la escuela. En Inglaterra y en Europa, hay una aristocracia de cerebros que obtienen una educación superior. Pero nosotros somos libres, y tenemos un idealismo libre. Y es mi convicción, que el psicoanálisis encontrará su mejor terreno y crecimiento en los Estados Unidos —o al menos entre los 275 millones de personas de habla inglesa. Porque creo que la gente de habla inglesa y probablemente los rusos, determinarán la futura civilización".

Frente a mi visión optimista del psicoanálisis en los Estados Unidos, Freud respondió, "moriría feliz si lo pensara, pero no veo señales de ello por ahora. Más bien, está siendo profanado en los Estados Unidos".

Lo admití, pero expresé el convencimiento de que en el futuro veríamos un cambio... "¿Pero por qué dije todo esto?" me interrumpí.

"Parece ser una especie de exhibicionismo", replicó Freud.

Continué hablando de cómo nuestra Corte Suprema protege los derechos de los ciudadanos —citando la nueva sentencia que se dictaminó para los negros en el caso *Scottsboro*. Mencioné cómo Cardozo había sido recomendado unánimemente por la New York Bar Association para la Suprema Corte— y que de los nueve hombres de este cuerpo judicial tan poderoso, dos eran judíos.

“¿Esto es mejor que la Reina Victoria que tiene un judío como primer ministro?”, dijo Freud.

“No”, concedí. “Los ingleses son tan democráticos como cualquier otro país en el mundo”.

Me sentí algo desalentado después de mi sesión, como si hubiera estado infantil y lo hubiera exhibido delante del profesor. Cuando se lo dije a Freud, respondió, “Sí —pero estoy seguro de que debe haber alguna razón más profunda”.

Olvidé señalar algo que Freud dijo el otro día cuando le pregunté si no resultaba difícil analizar al marido de la Dra. Brunswick en vista de las relaciones sociales anteriores del profesor con él.

“Hace más difícil el análisis”, respondió Freud, “pero esto puede superarse. Los Brunswicks han sido amigos nuestros durante diez años”.

También le pregunté si hermano y hermana, o marido y mujer, podían ser analizados al mismo tiempo. Contestó que es más difícil, a decir verdad, pero que a veces es necesario hacerlo.

Agosto 17, 1935

Hoy estuvo sofocante. Caminé hasta Grinzing y tuve que apurarme para llegar a tiempo. Ayer había llovido, y la pequeña mucama me había dado un paraguas para llegar a la línea de ómnibus. Me costó recordar que debía devolvérselo, pero lo hice, y se lo devolví cuando ella vino a anunciarme al profesor. Como siempre, estaba parado en el medio de la habitación. Como siempre también, se adelantó y me dio un apretón de manos. Algunas veces, sólo tomaba el extremo de mis dedos, tan rápidos y como de pájaro son sus movimientos.

Me senté en el diván y le pregunté si me podía firmar un ejemplar de su *Interpretación de los Sueños* —el que había estado estudiando, “no obstante, si no es su costumbre hacerlo”, agregué, “lo entenderé”.

“¿Por qué no, para usted?”, replicó. Tomó el libro, cruzó

hacia su escritorio, miró el volumen un momento, hojeando algunas páginas. Luego, escribió cuidadosamente y despaciosamente dos líneas en alemán que traducidas dicen:

A mi querido Dr. Smiley Blanton

17-8-1935 — en recuerdo.

Gasté algún tiempo tratando de analizar tres sueños recientes. Todos parecían representar deseos infantiles de amor del profesor —ser pasivo respecto de él, como mi guía— y también expresar mis aspectos heterosexuales activos.

Freud convino conmigo respecto de estos tres deseos.

Luego le pregunté si sería inteligente continuar mi análisis a través del autoanálisis del sueño. “Sí”, dijo, “esa es una manera de poder continuar su análisis”.

Dije, “parece que no tengo una neurosis fundamental ni defecto esencial alguno que me impida practicar el análisis con éxito”. Él hizo una exclamación de asentimiento. Luego continué, “No obtuve lo que esperaba, que era el consejo sobre el análisis y los pacientes. Pero obtuve algo mejor —un conocimiento más cabal de mí mismo y una ayuda para analizar los sueños”. Nuevamente, el profesor hizo un sonido de asentimiento.

En el análisis de mi último sueño, me identifiqué con un perro: Una persona que me llevaba, pero yo deseaba quedarme donde estaba.

Por último dije, “Este es el final. Tengo la esperanza confusa de que podré volver el próximo verano —que podré conseguir suficiente dinero para hacerlo, si usted puede verme”.

Freud respondió, “Siento no poder prometer que lo voy a esperar”.

“Su salud parece muy buena”, dije. “Espero que las dificultades en el mundo” —él entendió que yo me refería a la persecución de los judíos— “no lo angustiarán demasiado, ni lo harán demasiado infeliz. En ese momento, recordé el verso de un poeta latino cuyo nombre he olvidado: ‘Aunque todo el mundo redondo se trastorne, no perdamos el ánimo’.”

Freud, inmediatamente identificó al poeta como Horacio y citó en latín, agregando, “Significa ‘Aceptemos lo que viene’ —o, como diríamos en forma vulgar, ‘no desanimarse’.”

Me levanté. Me dió la mano, y se la apreté.

“Adiós”, dijo, agregando, “Dele mis cariños a su esposa”.

“Le dará gran placer”, repliqué. “Adiós”. Mientras yo sabía, él se dio vuelta hacia su escritorio.

Me fui por el jardín de la parte posterior de la casa y di vuelta hacia el portón de la calle. Estaba abierto, de manera que salí y me volví para cerrarlo. Ante mi sorpresa, ví a Freud parado en una de las ventanas del consultorio que da hacia la calle. La casa está a cerca de cuarenta pies de la calle. Cuando miré hacia arriba, me hizo un ademán de despedida. Yo también lo saludé y me saqué el sombrero. Cerré el portón, y cuando volví a mirar, se había ido.

Mientras caminaba por la estrecha calle de la antigua villa de Grinzing, el cuadro seguía grabado indeleblemente en mi mente: ese hombre frágil, pequeño, con una frente admirable, alta, con una barba gris y blanca, haciendo ademán de despedida. Debo decir que mis ojos permanecieron húmedos por un rato.

APUNTE: 1937

La práctica de Smiley había crecido sustancialmente hacia 1937, y su carrera futura como analista estaba asegurada. Nuestro principal proyecto para el verano de ese año era un viaje a Lourdes, con el propósito de estudiar la naturaleza y validez de las curas sorprendentes que se difundían desde el famoso santuario. Smiley hizo una cuidadosa investigación, siguiendo líneas médicas y psiquiátricas, y más tarde, publicó una monografía de sus descubrimientos. Yo, escribí una vida de Bernadette, *Bernadette of Lourdes*, que fue publicada por Longmans, Green en 1939 y vuelta a publicar como *The Miracle of Lourdes* por Prentice - Hall en 1962.

El viaje a Lourdes estaba planeado para fines de agosto. Ya que planeábamos estar en Europa, Smiley pensó que le gustaría intercalar nuevos estudios con Freud, si eso podía realizarse dentro de nuestro programa de viaje. El profesor, que pasaba el verano, nuevamente, en Grinzing, afortunada-

mente tuvo tiempo disponible para Smiley para comienzos de agosto, y a fines de julio nos encontramos una vez más en Viena.

M. G. B.

Viena, Domingo, Agosto 1, 1937

Margaret y yo llegamos a Viena el viernes pasado a la tarde desde París, vía el expreso Oriente. Viaje duro, especialmente a través de Francia, siendo el tren alemán mucho más descansado.

Cuando llamé a la residencia de Freud, me contestó Ana Freud. Eran las siete de la tarde. Luego de chequearlo con el profesor, me dio una cita para las cinco del sábado. Sin embargo, me telefoneó el sábado temprano para cambiar la hora para las seis.

Salí algo más temprano a fin de no llegar tarde, y llegué a Grinzing, donde estaba Freud, a las cinco y treinta. Me demoré un rato en la estación de ómnibus, luego fui caminando hacia la casa. Ana Freud estaba descendiendo de su automóvil, y la acompañé hasta el jardín del fondo, donde estaba sentada Frau Freud cosiendo tranquilamente. Digna, tímida y amable, me saludó con una sonrisa, e intercambiamos unas pocas palabras en inglés. No recordaba haberme encontrado dos años atrás. Habló de Berchtesgaden, donde yo había visto al profesor por primera vez, y de lo bello que allí era. "Y ahora", dijo, "Hitler vive allí".

A las seis entramos, evidentemente para ver si el profesor estaba listo para verme. Un momento más tarde vino una mucama y me invitó a pasar dentro de la casa. Freud me encontró en el hall y apretó mi mano mientras entrábamos a su escritorio. Me estudió un momento y me dijo, "Se lo ve muy bien". Me senté en el diván y hablé durante unos minutos, durante los cuales le conté que me quedaba dos semanas, y que Margaret estaba conmigo.

"Margaret está aquí con usted", repitió con interés. "Me gustaría verla".

Le agradecí y luego dije, "Supongo que debo recostarme y decir lo que se me ocurra".

"Sí", respondió, "haga tal como quisiera que sus pacientes hagan".

Comencé diciendo que desde que había estado allí hace dos años, había tenido buena suerte en mi práctica —debido a la ayuda que había recibido de él, a la seguridad que me habían dado esas horas, y quizá debido también a la buena suerte.

¿Usted está establecido en Nueva York ahora?"

"Sí", dije, "así parece".

¿Vino usted a verme por alguna razón especial?"

"No", respondí, "ninguna razón especial, excepto una ayuda general que usted me puede dar y la alegría que me proporcionan las sesiones".

Luego, hablé de Lourdes y de nuestra intención de ir allí cuando nos fuéramos de Viena.

¿Es usted católico?" preguntó.

"No, no soy nada", respondí, "Mi religión es un poco como la suya, como lo expresa en *El porvenir de una ilusión*. Pero siento que la gente común no puede tener una religión tan desoladora. Sus mentes no están muy bien dotadas. Deben tener un padre idealizado para depender de él".

"Probablemente esté en lo cierto", dijo.

Freud no conocía el plantel médico en Lourdes. Cuando hablé de los milagros, especialmente de la cura de la enfermedad de Pott, dijo "No lo creo".

Le pregunté qué pensaba sobre los llamados milagros. ¿Han sido errores por parte de los médicos? Le dije que estaba seguro de que no eran concientemente deshonestos.

Freud pareció dudar acerca de esto. No fue por nada de lo que dijo, sino por una actitud que pude sentir. Finalmente dijo, "Usted conoce mi prejuicio. Probablemente, las condiciones funcionales fueron aliviadas, pero no creo que la enfermedad de Pott pueda curarse".

Mencioné la afirmación de Carrel según la cual él había visto úlceras varicosas curadas en veinticuatro horas. Freud

no contestó a esto, pero hizo un gesto como diciendo "No sé".

Cuando agregué que Carrel creía que la gente podía ser curada por medio de plegarias, el profesor de nuevo no respondió.

Luego, hablé de la hipnosis y el caso del hombre que fue quemado en la muñeca, mencionado por el Dr. Dunbar.

"Esos son casos auténticos", dijo Freud. "He visto tales casos mientras estuve con Bernheim".

Durante la hora, hablé de los casos del Dr. Liddell en sus investigaciones sobre animales: en la posibilidad de ayudar a los cerdos y ovejas (que tenían trastornos nerviosos) mediante una transferencia; y de la relación del psicoanálisis con este trabajo. Freud pareció interesado, pero no respondió.

Dije que el Dr. Iago Galdston había sido rechazado por el comité de educación de la Sociedad Psicoanalítica de N. Y., a lo cual Freud dijo, "Este parece ser un punto de vista estrecho".

"Estoy de acuerdo", repliqué. Luego dije que Iago me había pedido si Freud podía firmar un libro para él; que prometí transmitir este pedido, pero que dependía de si Freud quería hacerlo o no. El profesor no respondió a esto... de manera que está descartado. (Le había recordado quién era Iago, y también sobre la Academia de Medicina de Nueva York.)

Luego hablé de la familia S., especialmente sobre T. Freud dijo, "La señora S. es mi paciente".

"Sí", respondí. "El señor S. me dijo, y también ella". Luego continué, "Mi próximo pensamiento es que el señor S. me dijo que su madre le había escrito a usted para preguntarle si yo era una persona indicada para el tratamiento sobre tartamudeo y que usted le respondió que sí. Pero cuando ella le preguntó si yo era un buen analista, usted había sacudido la cabeza. Dije que sabía cómo se distorsionaban las cosas en un pasaje a través de dos personas, pero que si era así, yo no cambiaría mi estima por el profesor —solamente que él estaba equivocado".

Freud contestó que nada de eso había sucedido. Luego discutí algunos aspectos técnicos del caso, pero Freud sólo hizo algunos escasos comentarios.

Refiriéndome nuevamente a Lourdes, dije, "Usted no debe creer que me estoy volviendo 'religioso'. Margaret es aún más fríamente científica. Ella estará conmigo en Lourdes".

"Bien", dijo Freud. "Ella no le permitirá volverse demasiado (religioso)".

Su último comentario sobre Lourdes y los milagros fue "Como dicen los italianos, 'quizá sí; quizá no'."

Luego hablamos sobre qué hora sería la más conveniente. Había una opción entre las 12 o las 5, y yo dije que prefería las 12. "Bien, venga el lunes a las 12", dijo Freud, "yo le haré saber. Hay un caballero que tiene esa hora, pero veré si puede cambiarla".

Freud parece estar más enérgico y alerta que cuando lo ví dos años atrás. Parece muy frágil, pero sus movimientos son tan veloces como siempre. Y resulta claro que su pensamiento no ha perdido nada de su destreza y astucia. Su oído parece un poco deteriorado, pero no peor que dos años atrás.

Agosto 2, 1937

Tuve una noche intranquila, debido a una comezón que me molesta desde que dejé Nueva York hace dos semanas, pero pude mantener la entrevista.

El profesor me dio la mano como siempre cuando entré en la habitación. Mientras me sentaba, dije que Margaret estaba contenta de aceptar su invitación y que vendría a verlo cuando él lo deseara. Él dijo algo acerca de verla más tarde.

Hubo cierta confusión cuando pregunté si mi hora estaba fijada para las 12. Freud evidentemente pensó que hacía referencia a la cita de Margaret, a lo cual dijo que sería arreglada para más tarde. Cuando expliqué que me refería a mi hora, Freud dijo que el otro paciente estaba enfermo, de manera que no había tenido oportunidad de discutirlo con él.

Durante la sesión, hice la pregunta por qué los sueños, a veces eran francas realizaciones de deseos. Freud habló de

los sueños de los niños que lo eran. Dije que me refería a los sueños de los adultos y expresé el punto de vista de que tal vez, se deba a que en ciertas situaciones —como cuando los hombres están muertos de hambre o de frío, o enfermos de soledad— es imprescindible obtener esta satisfacción fantástica a fin de vivir.

Freud estuvo de acuerdo, pero agregó que había otro elemento: que cuando la resistencia disminuye, o cuando el deseo es demasiado fuerte para la censura, el deseo sale hacia afuera.

Sugerí que tal vez podía surgir a través del análisis —es decir, reducimos la resistencia por este medio, y de esta manera permitimos que los deseos salgan en forma directa. “Sí”, dijo Freud, “así es”.

Cuando me iba, señaló, “Espero que esto le resulte interesante”.

El profesor usaba un traje gris jaspeado o más bien con pequeñas rayas, a diferencia de su acostumbrado traje blanco y negro. En verdad, hoy estaba inusitadamente acicalado. A menudo, parece como si su traje necesitara plancha —aunque siempre está inmaculadamente limpio.

Agosto 3, 1937

Ana Freud telefoneó esta mañana y cambió mi hora para las cuatro, en lugar de las 12. Era un día lluvioso; cuando llegué a la casa, me detuve en el jardín y esperé bajo un árbol húmedo hasta que llegó la hora.

Antes de reclinar me en el diván, le pregunté a Freud sobre un especialista de piel. Le dije que había visto al Dr. Urback, que quería que fuera al hospital, pero que pensaba que su diagnóstico había sido demasiado dogmático. El profesor me dio el nombre del Dr. Koenigstein. Luego comencé mi sesión.

Margaret me había dicho ayer que a causa de la transferencia, sería mejor para ella ir a París durante las dos se-

manas que yo estoy aquí. Sugirió que le preguntara a Freud acerca de esto, y que le transmitiera exactamente lo que él dijera. Cuando hice la pregunta hoy, Freud respondió, "No podría decir ni sí ni no".

"Margaret piensa que la transferencia podría interferir el análisis", dije.

"No veo relación alguna en ello", respondió Freud. Yo le dije que pensaba lo mismo.

Luego, hablé de ver el periódico de parapsicología publicado en la Universidad Duke, y mencioné el trabajo de Rhine que aparecía allí sobre clarividencia y telepatía. El profesor no conocía este trabajo pero se mostró interesado. Refiriéndose a la telepatía y a la clarividencia, dijo, "Hay algo allí".

A continuación mencioné el nombre de McCord de Albania, y Freud dijo, "Si usted abre los ojos" —yo mantenía un pañuelo sobre los ojos mientras asociaba— "podrá ver algo que me envió".

Abrí los ojos, y sobre una mesa en el medio de la habitación, ví la cabeza en bronce de Freud que McCord había esculpido. (Había visto ya otra copia en las habitaciones de la Asociación Psicoanalítica de Nueva York.) Freud, evidentemente no cree que haya una buena semejanza.

Dije, "Creo que no se le parece. Hay algo que está afuera". "Algo puesto también", señaló.

"De todos modos, yo lo reconocería", dije.

"¿Me reconocería?", preguntó algo incrédulamente.

Anteriormente, había comparado al profesor con Drummond, y ahora señalaba que al pensarlo lo había hecho (a Freud) viejo y enfermo.

"Usted no lo hace" Freud comentó. "Usted me encuentra de esta manera".

"Oh, usted es el mismo que ví siete años atrás", repliqué.

"¿Fue hace tanto tiempo?" preguntó. "¿Cuándo fue la primera vez que lo ví?".

Cuando mencioné a Berchtesgaden, dijo, "Oh, sí, en el verano de 1929".

"Usted no parece haber cambiado un ápice desde entonces", señalé.

"Sólo que mi oído no es tan bueno. O tal vez, debiera decir

es más deficiente”, acotó. “Es inútil negar que no lo entiendo muy bien en inglés cuando habla ligero, o comiéndose letras, especialmente cuando usa nombres”.

“Eso es lo que usted dijo de mi lenguaje siete años atrás —que por momentos hablaba tan ligero y comiéndome las letras que no podía entenderme muy bien”.

“¿Dice usted que yo lo dije entonces?” preguntó, algo ansioso y con placer en su voz. “Entonces, tal vez no es sólo ahora que no lo oigo bien”. Pero continuó diciendo, “Debo admitir que mi oído es cada vez más pobre con los años”.

Al final de la sesión, el profesor dijo, “Tal vez sus sueños lo estén preparando para algo”.

Agosto 4, 1937

Cuando llegué hoy, le dí a Freud el trabajo del Dr. Liddell sobre neurosis experimentales en las ovejas. Freud lo miró. “Sobre ovejas”, dijo y dejó el papel sobre su mesa.

Luego le dí un recorte sobre un trabajo de investigación psíquica realizado por un estudiante graduado en la Universidad Duke. Freud miró el título, “Investigación del espíritu”. “Acerca de los espíritus”, fue todo lo que dijo.

Luego me preguntó si ayer había visto a Koenigstein por mi problema de piel.* Respondí que lo vería ese día, más tarde, y le agradecí nuevamente por haberme dado el nombre.

“Mejor espere y vea si lo beneficia”, fue la respuesta de Freud, tan característica.

En el curso del análisis de un sueño, mencioné a Monroe Meyer a quien el profesor había analizado. “Sí”, dijo Freud, “tuvo un análisis muy satisfactorio”.

“Es un hombre muy agradable”, señalé, “pero en mi opinión le falta calidez”. El profesor no dijo nada.

* Demostró ser una alergia al chocolate, que me gusta mucho. He estado comiendo una cantidad este verano.

Hablé de Lehrman. “Estuvo conmigo durante una temporada”, dijo el profesor.

Luego, continué hablando de Brill y agregué que Lehrman le había dicho a Brill que yo sólo había estado tres semanas con Freud.

“Debe haber mentido”, dijo el profesor.

Luego repetí una de las historietas que había contado Meyer, supuestamente sobre Freud —uno de esos cuentos apócrifos que muchas veces se adjudican a los grandes hombres. Era sobre un paciente norteamericano que suponía hablaba muy bien el alemán. Durante el análisis, oyó al profesor respirar regular y profundamente. El paciente habló más fuerte, pero finalmente oyó que el profesor profería un pequeño ronquido. Dándose vuelta, el paciente dijo, “Profesor, usted duerme”.

“*Es macht nichts*” fue la respuesta (“No importa”).

Cuando terminé, Freud dijo, “No es cierto. Nunca en mi vida dormí durante una sesión analítica... Y si el alemán del hombre no hubiera sido bueno, se lo hubiera dicho”.

Luego, hablé de trabajar diez horas al día y que esto era mucho.

“Bueno”, dijo Freud, “Yo lo hice durante muchos años... por cierto, ahora no”.

Agosto 5, 1937

Cuando entré hoy, Freud me devolvió el recorte sobre investigación psíquica. “Puede usted ignorar esto sobre los espíritus, porque no es así”, recalcó.

Luego, le pregunté si a él no le parecía valedero estudiar el fenómeno psíquico a fin de determinar si era o no charlatanería, autosugestión o algún poder sobrenatural.

“Sí, supongo que sí”, dijo. “Pero sería tanto el tiempo para verificar y autenticar los hechos, que llevaría toda la vida —y no lo vale... Ahora bien, la telepatía es una posibilidad y vale la pena estudiarla”.

Luego hablé de la necesidad de estudiar las llamadas curas milagrosas en Lourdes, pero no respondió.

Hablé sobre mi paciente, el señor R. —de su brillantez y también de su costumbre de discutir. El profesor dijo, “Sí —algunos de estos judíos occidentales son muy brillantes”. Seguí diciendo cuán irritante era esta discusión, y le pregunté a Freud si él se irritaba alguna vez con los pacientes. Se rió. “Algunas veces”, dijo.

Mientras esperaba en el jardín, antes de la sesión, el profesor salió al porch y llamó a su perro, que estaba en el jardín. Cuando el perro se acercó, lo acarició en la cabeza. No es el mismo perro de hace dos años —este es un perro chino mestizo. El otro, según me contó el profesor, había muerto. Yo dije, “Es duro perder un perro”.

“Sí”, fue la respuesta, “es muy duro”.

Advierto que Freud, aún puede fumar y a menudo lo hace durante la sesión.

Agosto 6, 1937

Uno va teniendo un sentimiento de poder cada vez mayor después de las visitas al profesor. Estas parecen originar un aguzamiento de la atención, y poner en la superficie relaciones y nuevas concepciones que han permanecido latentes hasta entonces.

Hoy, la mucama me hizo pasar por el porch, de modo que tuve que entrar al consultorio directamente y poner mi sombrero y mi libro sobre la mesa frente al profesor.

“Usted nunca anda sin algún material impreso”, comentó

Freud. (No sé cómo sabía que yo siempre tenía algún libro conmigo, ya que siempre lo dejo en el hall. El libro siempre es la *Interpretación de los sueños*.)

"Sí", repliqué, "esta es mi biblia. La llevo y la releo todos los años". Freud miró el libro y gruñó.

Mientras me reclinaba, dije, "Hay un pasaje en el libro que leí recién, que se refiere a que cuando hay ansiedad somática, entonces, los deseos infantiles que causarían una ansiedad psíquica, utilizan esta ansiedad somática como pantalla para descargarse. ¿Es correcto?" La respuesta fue afirmativa.

Luego, pregunté acerca de mi paciente, el señor R., y de su ansiedad y dije, "En su caso —tal como yo veo la situación— el estado primario es un Edipo, pero él lo teme y se vuelve con sentimientos especialmente tiernos hacia su padre".

"Sí", replicó Freud. "En general, el varón, como consecuencia de su relación edípica con su madre, teme la castración. Pero cuando se dirige hacia su padre, también es castrado, ya que debe jugar el rol pasivo. El varón, o tiene una relación edípica con su madre, o se identifica con su madre."

Un poco más tarde, agregé, "Cuando uno se encuentra con una ansiedad como la que manifiesta R., siempre se trata del miedo a la castración".

Agosto 7, 1937

Hoy, mencioné el trabajo del Dr. Liddell sobre Pavlov, en el que Liddell dice que las condiciones principales para una neurosis en animales, son la coerción y la confusión —excepto que yo usé la palabra "frustración".

Freud comentó, "Hay una escuela alemana que considera que la neurosis es causada por la frustración". (Me dio el nombre.) "Además", continuó, "creo que se podría entender las neurosis de los animales estudiando la gente con neurosis que ya ha sido analizada".

Agosto 9, 1937

Hay poco para anotar de esta sesión. Le conté un sueño, pero no pude llegar a ninguna parte con él. Por fin, el profesor dijo, "Mañana debemos encontrar el significado de su fantasía". Media hora la pasé contándole sobre el señor S. Freud, prácticamente no hizo comentario alguno.*

Agosto 10, 1937

Margaret visitó hoy al profesor; su cita era al comienzo de mi hora. Ella salió conmigo * * y permaneció en la habitación con Freud durante veinte minutos.

* Le conté a Freud que un día Margaret había dicho que si él hubiera tenido la necesidad psicológica de constituir una filosofía de sus enseñanzas, ¡qué séquito tendría, qué culto habría crecido a su alrededor!

* * El clima seco se había interrumpido; estaba lloviendo, pero todavía hacía calor. Desde la terminal de la línea de ómnibus había que trepar un camino bordeado de árboles, curvo, hundido por debajo del nivel de los jardines sembrados y resguardados por muros de piedra. Era algo así como un foso pavimentado. En adelante, desearíamos muchas veces que hubiese sido un foso con torres blindadas y hombres lo suficientemente fuertes como para proteger a Freud y a su obra de ser interrumpida por la violencia. Y no obstante, sabíamos que había fuerza en el frágil profesor, que era superior a la violencia e indiferente a ella, excepto si podía interferir en su trabajo.

Mientras Smiley se quedó en el jardín, entré a despedirme. El profesor me pidió que me sentara cerca de su escritorio. Me miró durante un minuto largo. Pensé, súbitamente, que no me había reconocido, y le dije mi nombre.

"No, no", dijo en forma impaciente. "Por supuesto que la conozco.

Cuando entré, el profesor estaba abriendo un impreso que le había llegado por avión. Vino, me dio la mano y dijo, "Bueno, Margaret es vivaz y llena de vida. Me gustó verla".

"Será un punto memorable en su recuerdo", le respondí. "Ella apreció la oportunidad de verlo."

"Bien", dijo Freud, "¿cuándo a mis amigos les ha sido difícil verme?".

Agosto 11, 1937

Cuando entré hoy, le dí al profesor los 1200 chelines por las 12 horas. "¿Este es el último día?" preguntó.

"No", dije, "Vengo el viernes: entonces serán 12 veces. Sólo que hoy fui al banco y es mejor que se los dé hoy". Con una mueca, como si el dinero no tuviera importancia, lo puso sobre la mesa.

Sólo que estoy estudiando el cambio en usted". Luego agregó, como para corregir lo que podría haber parecido poco halagüeño, "pero los ojos son los mismos".

Me preguntó sobre mi trabajo. "Entiendo que usted sigue con la vida de Thomas Becket". Me preguntó sobre mi técnica de investigación. Le dije de las muchas vidas contemporáneas de Becket y de la riqueza del material, y del estado de mi manuscrito. Escuchó con atención halagüeña. Me di cuenta, divertida, que nuevamente se las arreglaba para hacerme sentir como si él y yo fuéramos iguales, que de los dos mi trabajo era aún más importante. Es uno de los grandes momentos de mi vida: una suerte de espaldarazo.

Me habló de una novela en alemán sobre Becket —*The Holy Man* de Konrad Meyer. Cuando le dije que confiaba en el material original como más cercano a la verdad, señaló que algunas veces, el poeta (con lo cual él parecía referirse al novelista) se acerca más a la verdad que el historiador.

Pero la tesis de la novela de Meyer, tal como Freud la esbozó, era insostenible para mí, y evité expresar una opinión. Él estaba buscando en su biblioteca a fin de darme la referencia exacta. Sólo podía verle la espalda, y estaba deseando que abandonara su búsqueda de la referencia y volviera a su silla. ¡Había tantas cosas de las que quería que hablara! Pero apenas pude decírselo, o argüir que Becket, que tan fa-

“Bien”, dijo, “dejamos algunos puntos para descubrir hoy”.

“Primero” comencé, “Quiero preguntarle sobre la terminología ‘contenido del sueño’, ‘pensamiento del sueño’, y ‘material del sueño’. ¿Son los pensamientos del sueño las asociaciones al contenido manifiesto?”.

“La terminología es libre”, dijo Freud, “pero en general, se puede decir que es así”.

“¿Y el material del sueño es el significado del sueño, aparte del estímulo del sueño?”

“Probablemente debiera incluir tanto el significado del sueño (contenido latente) como el estímulo del sueño”, replicó.

En otro punto de la discusión, Freud dijo, “Cuando se encuentran sentimientos de castración en el hombre, en todos los casos, se remiten a la escena primaria, cuando el niño ve que el padre tiene relaciones con su madre y teme la castración. Entonces, se produce una identificación con el padre a fin de volverse más viril”.

moso había sido en el siglo *xi*, no era interesante si se lo comparaba con él (Freud).

Finalmente, a fin de apartar su pensamiento de la novela, señalé que en el material original, había dos sueños de Beckett.

“Y”, dijo Freud, dándose vuelta rápidamente, “¿Supongo que podrá interpretarlos?”

Su embestida súbita me puso a la defensiva. Contesté que difícilmente suponía poder asumir esto, ya que ni siquiera podía saber si ellos fueron soñados en francés, anglosajón o latín. Agregué, sin embargo, que sabía el tamaño, la forma y el nombre de la espada con la que Beckett, en su sueño, había defendido al rey. (La espada era “Framea”.) Eso interesó a Freud, que se alejó de la biblioteca y se sentó.

Smiley y yo estábamos por partir hacia Lourdes —ese santuario sorprendente. Freud lo mencionó, y juguetonamente me preguntó si sería capaz de preservar el escepticismo de la familia.

Luego, bastante rápidamente, se levantó, me dio la mano, y me condujo hacia la puerta. Debe haber tenido la sensación de la futilidad de despedidas prolongadas. Sin duda, había desarrollado una técnica que lo protegía de ellas, porque apenas era el momento en que uno debía irse, ya estaba afuera. Y sin embargo, no se tenía el sentimiento de que uno había sido mal recibido, sino solamente de que los horarios no están hechos para quebrarlos. — M. G. B.

Agosto 12, 1937

Hoy le pregunté al profesor sobre la fe y la sugestión pero agregué, "Tal vez usted no quiera contestar a estas preguntas".

"¿Por qué no?" agregó. "Lo haré si puedo".

Sobre la fe, dijo, "De esto estoy seguro: la fe representa una relación infantil con el padre. Más bien, cuando es hacia otros, puede ser, como usted dice, una transferencia de esta fe parental hacia ellos. En cuanto a la sugestión, no estamos seguros, es necesario elaborarlo más. Pero de algo estoy seguro: no es una identificación. Ferenczi dijo que era una relación infantil; lo redujo a esto. No estoy en desacuerdo con él, pero no estoy seguro".

Mencioné las discusiones que Margaret y yo tuvimos algunas veces sobre este tema. (Yo había asumido la posición de que uno podía creer lo que quisiera —como, por ejemplo, en Dios o en la Virgen María— mientras la ciencia no lo desaprobaba.)

"Debo ponerme de parte de Margaret", dijo Freud. "No se tiene derecho a creer a causa de la ignorancia. Por supuesto, si la gente cree esto o aquello en sus vidas privadas, yo no los multaría o castigaría. Pero científicamente no tienen derecho".

Agosto 13, 1937

Esta fue mi última sesión. Me sentí triste cuando llegué a la casa y me senté en el jardín para mi última cita con el profesor. Estaba tranquilo, el tiempo estaba más fresco, y había un clima de paz en el paisaje. Oí un canto de gallo varias veces, un perro ladró a lo lejos y hubo un grito de extraños pájaros grandes desde árboles distantes.

Luego de cerca de diez minutos, la pequeña mucama que conocía desde hacía tanto tiempo me hizo pasar. Encontré al profesor, como de costumbre, en la habitación al lado de su escritorio. Dije buenos días como siempre, y él se acercó y me dio la mano. Mientras me sentaba en el diván, su perro entró y lo acaricié en la cabeza. "Él me conoce y ha venido a verme", señalé.

"Sí", dijo el profesor, "ha venido a verlo".

Comencé expresando la tristeza que sentía por tener que irme. Luego pregunté un par de cuestiones técnicas.

"Algunas veces", dije, "tengo pacientes que tienen tal resistencia que no pueden recordar los sueños, y como recurso temporario les pido que escriban sus sueños. ¿Sirve eso?"

"No", dijo Freud, "no vale la pena".

En respuesta a mi segunda pregunta, dijo, "No se puede juzgar las actitudes y necesidades de una persona solamente a través de los sueños. Es toda su vida la que hay que tomar en consideración. Una persona puede tener alguna poderosa tendencia y no obstante mantenerla controlada; o una persona puede tener un impulso débil y no mantenerlo bajo control".

Mientras me levantaba para irme, Freud me tomó la mano y fue hacia la puerta conmigo. "Feliz viaje", dijo en alemán, y luego agregó. "Dé mis saludos a Margaret".

Dije, "Me gustaría volver".

"Si yo estoy aquí, puede hacerlo", replicó. Luego salió al hall.

Mientras atravesaba el portón hacia la calle y comenzaba a bordear la cuesta, miré hacia la ventana de su estudio. Freud estaba parado al lado de la ventana, como lo había hecho una vez anteriormente, y me saludó con la mano. Me saqué el sombrero, luego bajé la cuesta en dirección hacia el ómnibus.

NOTA: 1938

La invasión de Austria por las tropas de Hitler en marzo

de 1938, puso a Freud en peligro inmediato. Previamente, a pesar de las súplicas ansiosas de sus amigos, Freud se rehusó a considerar la posibilidad de abandonar Viena, donde había vivido y trabajado durante setenta y nueve años. Pero ahora, las visitas amenazadoras de la Gestapo, la detención de su hija Ana para una interrogación, y el robo de las reservas de su casa por bandas de tropas de asalto habían transformado a la amenaza nazi en una realidad desagradable para su familia y para él: finalmente fue disuadido de buscar asilo en Inglaterra.

Pasaron meses de delicadas negociaciones antes de que esto pudiera arreglarse. Tenía que pagarse dinero de rescate a los nuevos bárbaros; el depósito de publicaciones psicoanalíticas, tenía que ser entregado para ser quemado y las humillaciones personales adicionales debían soportarse sin protesta. Sin embargo, mediante los esfuerzos incansables de colegas y amigos devotos, como la Princesa María Bonaparte de Grecia, el Dr. Ernest Jones, de Londres, y William C. Bullit, nuestro embajador en Francia, finalmente fueron obtenidos los permisos de salida necesarios. En junio 4, con su esposa e hija, y acompañado de dos fieles servidores, Freud pudo finalmente cruzar la frontera hacia Francia, y la libertad. Dos días después, luego de una escala en París, Freud y su familia llegaron sanos y salvos a Londres.

Al igual que todos sus amigos y admiradores de todas partes, nos habíamos sentido hondamente preocupados por la seguridad del profesor mientras seguíamos los horrendos acontecimientos mundiales por la prensa. Cuando por fin, supimos que Freud había debido afrontar las penalidades de un viaje y que había reanudado su trabajo analítico en Londres, Smiley escribió para saber si podía visitar al profesor nuevamente durante el verano. Al principio, ya que la salud de Freud era incierta, había ciertas dudas acerca de la posibilidad de que se pudiera arreglar. A último momento, sin embargo, vino la palabra del profesor que tendría tiempo para Smiley a partir de los comienzos de setiembre; y en los últimos días de agosto partimos para Inglaterra.

LONDRES

Agosto 30, 1938

Llegamos a Londres el lunes 29 de agosto a las cinco. Fuimos al Hotel Whitehall, 4 Montague Street. Llamé a la residencia de Freud, en 39 Elsworthy Road, pero no pude encontrar a Ana Freud hasta la tarde. Ella me dio una cita con Freud para las cinco del otro día.

La casa está en el borde de Primrose Hill. Llegué allí unos minutos antes y fui recibido por Paula, la pequeña servidora alemana, que llevó mi tarjeta al profesor. Su escritorio estaba justo frente a la puerta, y esperé en el asiento de al lado de la ventana.

El paciente anterior, un hombre de habla alemana de edad mediana, se fue a las cinco, y Freud salió al hall para saludarme. Se lo veía tan lleno de energía, tan ansioso y tan penetrante como siempre. Su escritorio se abre sobre un jardín que cae sobre Primrose Hill, con el parque Regent atrás.

La mayor parte de la sesión se pasó en conversaciones sobre las cosas que habían pasado desde la última vez que lo había visto. Le dije al profesor lo angustiados que habíamos estado por su situación, y que una vez hasta había visto lágrimas en los ojos de Margaret cuando pensó sobre su condición en Viena.

Freud hizo un sonido de agrado con su garganta. "Tuve suerte al poder salir de Austria con cierta facilidad, debido a la intervención rápida y decidida de Washington", dijo.

El profesor confirmó que el embajador Bullitt en Francia, había telefonado a Roosevelt y obtenido la intervención del Presidente en su favor. "Es más, salí con la pérdida de todo mi dinero", dijo, "pero ayer, llegaron aquí a Londres todos mis muebles y colecciones".

En respuesta a mi pregunta, Freud también dijo que era cierto que la princesa María Bonaparte había pagado parte

98304

del rescate para sacarlo. Luego dijo, "Debemos hablar sobre su persona".

Le conté sobre mi trabajo en la Iglesia Marble Collegiate y también le expliqué por qué había escrito que no vendría y que luego cambié mi parecer cuando recibí su carta.

El profesor preguntó acerca del señor S. y nuevamente, quiso saber si tenía algún signo de demencia precoz (la madre insiste en que el señor S. es loco). Repliqué que no había signos de psicosis, y el profesor dijo que se alegraba de oírlo.

Freud habló luego de la situación internacional, diciendo que parecía "muy seria".

"Sí", dije, "pero no creo que Hitler vaya a la guerra cuando se dé cuenta que debe enfrentar a Rusia, Inglaterra y Francia, con el apoyo y quizá la ayuda económica y militar del pueblo de Estados Unidos".

"No se puede decir qué puede hacer un loco", replicó Freud.

"Usted sabe, es austríaco y vivió durante años en una gran miseria en Austria. Cuando tomó posesión de Austria, parecía haber...". (No puedo recordar la frase exacta de Freud, pero la idea era que parecía habersele "subido a la cabeza".)

Sugerí que el equipo general de Hitler, que son soldados profesionales, y también sus ministros, tendrían capacidad para disuadirlo.

"Quizá", dijo Freud. "Pero nunca se puede decir qué puede hacer un hombre como ése", repitió.

"Entiendo", recalqué, "que Hitler tiene una aversión personal por usted, por sus enseñanzas y por el psicoanálisis".

"No lo sé", agregó Freud, "pero lo espero".

Luego habló de las cartas que llegaban diariamente de amigos judíos en Austria, que les pedían a los Freud que usaran su influencia para ayudarlos. "Usted sabe", dijo, "estamos imposibilitados de hacer nada por ellos".

En el medio de la hora, interrumpió para decirme, "tengo una dificultad más debida a mi edad... perdóneme". Correctamente, supuse que la dificultad se debía a un ligero aumento de la próstata.

La impresión general que tengo de Freud es de agudeza, jovialidad, vivacidad, y hasta alegría. Tal vez, la consideración universal que se le demostró en Inglaterra, así como el

apoyo de sus amigos durante su difícil situación en Austria, ha estimulado su ánimo. Cuando le dije que también había una gran consideración hacia él por parte de la gente en Estados Unidos, preguntó, "¿Parecen más amistosos hacia mí y el psicoanálisis?". Le aseguré que así era.

Cuando me referí al incidente de la Royal Society que le había enviado el gran libro para firmar porque él no podía salir (una cosa que sólo había pasado antes en la corte), dijo, "Sí, puedo mostrárselo". Supongo que se refería al certificado que ellos le habían dado.

"¿Le está permitido trabajar en Inglaterra?" pregunté.

"Sí", respondió con énfasis, "puedo hacer de todo".

Hacia el final de la hora, traje un sueño que no había tenido tiempo de analizar muy bien. El profesor dijo que parecía tratarse de represiones.

Agosto 31, 1938

Hoy, mientras esperaba al profesor, conversé con Paula, la mucama. Ella no hablaba inglés, de modo que yo sólo podía entender un poco de lo que ella decía. Mientras hablábamos, entró Ana Freud. Luego de que el paciente anterior se fue, Paula me precedió hasta la habitación y arregló el diván.

Pasé toda la hora analizando mis sueños. Ellos tenían que ver con el deseo de estar más cerca del profesor, así como de un supuesto, en inconciente, de superioridad sobre Freud y también un deseo de juventud. Al final de la hora, Freud observó, "Usted nuevamente es como un niño en sus deseos de rejuvenecimiento".

En el curso de la hora, le pregunté si la consideración y afecto que le demostraban en América lo hacía sentir diferente hacia nosotros. (Siempre había expresado un cierto antagonismo contra los Estados Unidos y contra los médicos en general.)

Contestó, "No".

Señalé el progreso que estaba haciendo el psicoanálisis en

los Estados Unidos y dije, "Creo que en el espíritu libre de una democracia como los Estados Unidos, el análisis podría y está haciendo un gran progreso". No hubo respuesta.

Luego hablé de mi trabajo en la Iglesia Marble Collegiate, de cómo veía pacientes que me enviaba el ministro, y de mi plan de escribir un libro * con el Dr. Peale —escribir sobre el aspecto psiquiátrico de cada tema (alcoholismo, ansiedad, etc.) y que el ministro presentara su enfoque.

"¿Usted cree que puede hacerlo?" preguntó Freud. (Él se refería a si podía colaborar en forma satisfactoria con un ministro.)

Le expliqué nuevamente que cada uno tomaría un tópico y lo trataría según su propio punto de vista.

"Oh, sí", dijo Freud, "parece bastante posible".

También dije, "No veo por qué no habría de hacer este trabajo en la iglesia sin perjudicar mi postura psiquiátrica y mis categorías psicoanalíticas". Freud replicó, "No veo por qué no".

En respuesta a otra pregunta del profesor, expliqué que mientras yo tenía una posición oficial con la iglesia, no pagaba nada.

"Pero le da prestigio", dijo en tono de aprobación. Dije que sí.

Luego hablé de mi trabajo en Lourdes y del caso de un irlandés que se había curado y que había visto personalmente.

"¿Lo cree usted?" preguntó Freud.

"Sí", respondí. "No puedo dudar de la palabra de los médicos —médicos irlandeses conocidos— que examinaron el caso".

Tuve la impresión de que Freud era escéptico aún, pero nada dijo.

Luego le dije nuestra teoría de la cura —que era una transferencia a la madre ideal que originaba el impulso de vivir. El profesor dijo que esto parecía una tesis razonable.

"Esta transferencia", continué, "produjo una marcada aceleración, creo, del proceso de la cura". Luego dije, "La gente primitiva, dice a menudo que morirán en una fecha determi-

* *Fe, es la respuesta.*

nada y lo hacen, y no puede encontrarse causa alguna de su muerte". Freud dijo que así era.

"No sé", seguí, "si la causa inmediata de muerte en este caso es parálisis del centro respiratorio o bloqueo del músculo cardíaco".

"Al menos", dijo Freud, "algo pasa, así mueren".

Más tarde, al hablar sobre algunos puntos técnicos, dijo, "Cuando se está analizando a una persona y sólo se cuenta con algunos pocos sueños, resulta imposible decir cuál es la tendencia general del pensamiento del paciente. Sólo se sabe lo que el paciente piensa en ese momento. No se puede conocer la profundidad del sentimiento, su continuidad y la influencia que tiene sobre el pensamiento conciente del paciente".

"Sí, es cierto", dijo el profesor. "Los sueños constituyen una historia articulada".

"En otras palabras", dije, "¿es la tendencia general la que tiene importancia, y no algunos sueños aislados?"

"Sí", dijo el profesor.

Mis sueños para hoy eran alrededor de lo mismo que los de ayer. Analicé parte del último sueño pero me empantané hacia el final de la hora. Cuando me iba, el profesor dijo, "Tal vez el resto del sueño estará claro para usted mañana".

Setiembre 1, 1938

Al comienzo de la sesión de hoy, el profesor me pidió si tenía otras asociaciones con el sueño de ayer. "No", respondí, "Pero tengo tres sueños más".

"Bien, tomémoslos", dijo y pasamos la hora analizándolos.

Las resistencias eran muy grandes, y continuaron hasta que encontramos sus razones. Por último, cuando alcancé el significado general, Freud dijo, "Usted parece temeroso de algo".

En un punto, estuve tratando de alcanzar el significado de una esquina en ángulo recto, que me había surgido en uno

de los sueños, hasta que finalmente el profesor dijo, "Si lo dejara usted y luego volviera a él, le resultaría más fácil".

Freud acostumbra no dejar nunca que uno insista demasiado en algún punto del sueño, si no lo aclara, sino que más bien prefiere seguir con el próximo punto.

Me dí cuenta de que Freud tenía un perro pekinés, y le pregunté por su perro chino.

"Él —mejor dicho, ella— está en cuarentena", respondió, "y saldrá en tres meses... Este es un perro sustituto". El pekinés vino hacia mi mano y lamió mis dedos. "Es muy tímida", dijo el profesor.

Durante la hora, hablando del momento en que los nazis marcharon sobre Austria en febrero 13 *, le pregunté a Freud si pensaba continuar trabajando.

"No, respondió, "tenía dos pacientes, pero los dí de alta y les dije que se fueran. Cuando el pensamiento conciente está preocupado, uno no puede preocuparse por el inconciente".

"¿Pudo continuar escribiendo?" le pregunté.

"Sí, pude escribir", dijo. "Había ciertas vinculaciones con la situación en ese momento en Austria y el material que estaba escribiendo".

(Freud estaba trabajando en la segunda parte de *Moisés y el monoteísmo*.)

Setiembre 2, 1938

Hoy ví al profesor en su domicilio temporario en el Hotel Esplanade. Me había dicho el día anterior que tenía que salir de su casa alquilada pero que la casa que había comprado, que está a cierta distancia, no estaba lista aún para mudarse. El Esplanade es un hotel de emigrados a cargo de un judío ruso.

* El doctor Blanton se había marchado hacía un mes. Los nazis entraron en Austria en marzo 12, 1938.

Le dije al profesor que Margaret estaba inquieta por el hecho de que él tenía que comer comida inglesa. Respondió que el hotel tenía un chef francés y que Margaret no debía preocuparse, porque contaba con una comida excelente. Dije, "La comida inglesa es horrible". Freud estuvo de acuerdo.

Dije también que Margaret creía que los ingleses habían rechazado su erotismo nasal.

"Mejor decir que han rechazado su erotismo oral", dijo el profesor.

"Sí, puede ser", convine, "pero en cuanto al gusto, la parte nasal es el factor principal".

Hablé de mis dificultades durante la última sesión y recordé el señalamiento del profesor acerca de que tenía algo que ocultar. "Tengo algo que decir, y sería mejor que me librara de ello", seguí. "Tal vez esto es lo que estoy tratando de ocultar: mi esperanza es que algún día en el futuro me retiraré a Nashville, Tennessee, donde está la Vanderbilt University. Si lo hago, podría desear continuar el trabajo en análisis y tal vez, fundar un grupo psicoanalítico allí".

Entonces, Freud preguntó si Nashville no era un lugar demasiado pequeño. Explicué que la ciudad tiene 350.000 habitantes, con tres universidades.

"Bien", dijo, "entonces parece ser un buen lugar para eso".

"Por lo tanto", continué, "desearía convertirme en analista didáctico, y tal vez a usted no le importaría darme una carta diciéndome que usted piensa que estoy capacitado para hacerlo. Esto puedo mostrarlo en el comité de la Sociedad Psicoanalítica de Nueva York.

"Tal vez usted sepa que yo no tengo absolutamente ninguna influencia sobre el grupo norteamericano", replicó Freud. "Ahora, han designado un comité, del cual mi hija es miembro, para considerar la relación del grupo norteamericano con el grupo psicoanalítico internacional. El grupo de Nueva York, es el más fuerte de los grupos norteamericanos y el más representativo. Ellos, el grupo de Nueva York recién ha sacado un documento que es una especie de declaración de independencia —ellos no pueden permitirse ser controlados por el grupo internacional, y así siguiendo. De modo que yo no podría darle una carta para utilizar en la sociedad de Nueva

York. Ellos ignoran mis opiniones. Brill, aparentemente, es el único amigo que tengo en el grupo de Nueva York; tal vez debiera incluir al Dr. Jelliffe. Probablemente, el grupo norteamericano se va a separar; lo esperamos.” Agregó que el Dr. Brill había hablado de renunciar al grupo de Nueva York si se separaban del grupo internacional.

“Por cierto, si alguien deseara obtener un profesorado en análisis en una universidad norteamericana”, continuó Freud, “me sentiría muy contento de dárselo. Pero nada le puedo dar en relación al grupo de Nueva York. No tengo influencia allí”. Freud parecía amargado a raíz del problema que comentaba.

“Bien”, dije. “Si usted cree que soy competente como analista en general, y competente para enseñar análisis en particular, yo me considero satisfecho.”

“Sí”, dijo, “usted es competente para hacer análisis didáctico.”

Luego hablé del deseo que tenía de escribir un artículo sobre él, que mostrara su carácter, su coraje, su actitud.

“Usted es libre de hacer lo que quiera sobre eso”, respondió.

Setiembre 3, 1938

Durante la sesión de hoy, le pregunté a Freud si me daría su opinión sobre un desacuerdo entre Margaret y yo. En un cuento reciente publicado en el *Saturday Evening Post*, uno de los personajes, tomándole el pelo al análisis, dice: “¡Eres un freudiano: no permitirías que un accidente diera cuenta de una rotura de una taza o del menor lapsus!” Dije que Margaret era más papista que el Papa. “Ella cree que no hay accidente que pueda dar cuenta de la rotura de una taza o de un lapsus.”

Freud rió. “Margaret es una muchacha inteligente”, dijo. Luego agregó: “En cuanto a una taza, yo podría admitir que es un accidente —pero no de un lapsus.”

“¿Cree usted que un accidente puede dar cuenta de un error en la máquina de escribir?”

“Eso no está tan claro”, fue la respuesta de Freud. En otras palabras, no está claro si un error tipeado siempre se debe a un motivo inconciente.

Durante la sesión, hablé nuevamente del tema del grupo de Nueva York y señalé, “Siento que allí tienen un grupito.”

“¿Se siente usted marginado?”, preguntó Freud.

“Sí”, dije, “siento que no pertenezco.”

El profesor no dijo nada específico, pero su exclamación y su gesto, indicaron claramente que él sentía que tenía mi justificación para sentirlo.

“En su conjunto”, continué. “Siento que ellos son despreciables. Por ejemplo, el Dr. Brunswick piensa que L. es buen analista, pero yo no lo pienso.”

“No me lo puede hacer pensar a mí tampoco”, dijo Freud.

Al final de la hora, Freud dijo, “Hay una dificultad para que lo vea los próximos días. Debo hacerme otra operación en la boca. Va a ser el martes. Estaré afuera hasta el sábado. Tal vez tampoco pueda trabajar el sábado.”

“¿Tendrá un buen cirujano?”, pregunté.

“Así lo espero. Contamos con el primer asistente del cirujano que tuve en Viena. En mi criterio, el hombre es altamente recomendable.”

“¿Tiene usted alguna molestia ahora?”, pregunté.

“No”, respondió, “pero hay un punto sospechoso y el cirujano piensa que debe ser extraído. Después de esa operación me siento algo molesto, pero no es para nada un gran dolor.” En voz descorazonada siguió: “Esta es mi décimosegunda operación en quince años. Es un sarcoma, por supuesto. No debe haber sido muy maligno, o no hubiera durado quince años.”

El profesor tenía 82 años en mayo 6 de 1938. La primera operación, por lo tanto, fue a los sesenta y siete.

Setiembre 5, 1938

El profesor era la habitual persona jovial. Primeramente, hablé de *Pilgrim's Progress*, de Bunyan,* un ejemplar del cual había comprado recién. Este año es el 25º aniversario de la muerte de Bunyan. "Sí, conozco el libro", dijo Freud.

Hablé del genio de Bunyan, su falta de educación, y lo extraño que resultaba que pudiera haber escrito esa obra maestra.

"No se necesita educación para tener talento", replicó Freud.

Luego cité una afirmación de Freud en uno de sus libros, con respecto a que el psicoanalista no puede explicar el talento. Freud me lo confirmó. Le pregunté si recordaba dónde lo había escrito.

"Probablemente en varias partes", respondió.

Hablando del libro de Bunyan, me refería al señor Fearing, que tanto temía a la muerte, y comenté lo generoso que fue Bunyan al permitir que el Río de la Muerte fuera tan bajo que el señor Fearing apenas se mojó los zapatos. Aquí mencioné las notas del profesor sobre la muerte.

"Cuando se tiene mi edad", dijo Freud, "se piensa en la muerte naturalmente. Pero los que piensan y hablan de la muerte son los que no le temen. Los que no hablan ni piensan en la muerte son los que le temen."

(En mis notas anteriores se recordará que el profesor ha hablado con frecuencia sobre la muerte.)

Mencioné la operación del profesor y el hecho de que una vez había tenido neumonía después de esa operación, y me preguntaba si corría peligro de ello esta vez.

"No", dijo Freud. "Sólo una vez tuve neumonía, y fue porque el cirujano usó demasiada adrenalina en la cocaína. Esto afectó mi corazón, y luego tuve neumonía."

Más tarde, señalé: "Me parece que el psicoanálisis trata de modificar nuestro odio y agresión, y la religión trata de hacer

* N. de la T.: 1628-1688. Escritor puritano del círculo de Milton.

lo mismo." Agregué: "No sé que piensa usted de la comparación." El profesor no contestó.

En otro punto, dije: "Siento que una gran parte del beneficio del psicoanálisis se debe a la personalidad del analista... Creo que una gran parte del beneficio que yo obtuve del análisis es la asociación con usted y la apreciación de su coraje, su forma científica, y su comprensión." Nuevamente Freud no tuvo respuesta.

Al hablar de nuestro libro sobre Lourdes, dije: "Cuando se publique nuestro libro, seremos muy criticados por los médicos."

"Sí, así es", dijo Freud.

Hablé de Nunberg y de su condición de buen analista. El profesor estuvo de acuerdo. Continué: "Creo que lo consultaré en relación a algunos problemas de nuestro libro sobre Lourdes." Freud hizo una exclamación que quiso significar que sería acertado.

En una de mis horas anteriores, yo había hablado de mi deseo de representar *El Mercader de Venecia* con vestimenta moderna. Dije que Shylock demuestra cómo eran perseguidos los judíos; que cuando deseaba obtener la libra de carne era porque se había vuelto loco por la persecución, y que Shakespeare había expresado su comprensión por el judío en su obra —como en el famoso pasaje que comienza, "¿Acaso el judío no tiene ojos?", etcétera.

"Sí", dijo Freud, "Shylock se ha vuelto moderno nuevamente."

Setiembre 6, 1938

Hoy, Freud dijo que su operación había sido postergada por un día más o menos, y que me vería mañana. Parece que la operación será mucho más extensa de lo que parecía al principio, y deberá estar en el hospital durante diez días.

Me preguntó cuándo planeaba volver a casa, y le dije que en setiembre 14.

"Ah", dijo, "entonces mañana probablemente será el último día."

"Me siento justificado de haber venido por este breve lapso", dije, "y espero venir el próximo año por más tiempo."

"Temo que no estaré aquí", replicó Freud.

Más tarde, señalé: "Usted probablemente siente aún cierta lealtad hacia Austria."

"Ah no", contestó; "eso es imposible. Ya no es Austria." Le pregunté si planeaba convertirse en ciudadano británico.

"No hay tiempo", dijo. "Lleva cinco años convertirse en ciudadano; pero probablemente los miembros de mi familia se conviertan en ciudadanos británicos."

En el curso de la sesión, dije: "Tal vez me siento resentido inconcientemente de que usted no haya aceptado mi caso del muchacho irlandés que se curó. Tal vez no aclaré que había pasado por tres hospitales y que los médicos que tenían las copias del examen de su estado físico no sabían qué pasaría con él cuando llegara a Lourdes."

"Bien", dijo Freud, "no lo he negado." (Quiso decir que no negaba que los hechos eran como los presentaba yo.)

Surgió el tema de la diferencia entre el nazismo y la democracia. Dije que bajo el nazismo el ciudadano no tiene derechos, excepto los que le da el estado, mientras que en la democracia, el ciudadano tiene ciertos derechos inalienables dados por Dios todopoderoso; de modo que la Biblia, en un sentido, es el origen de nuestra democracia. La Biblia nos enseña que hay algo que es de César y otra cosa que es de Dios.

Freud hizo una exclamación de asentimiento.

Durante la primera parte de la hora, Freud había dicho que podía traer a Margaret al día siguiente. Cuando me iba, repitió: "Ahora bien, no olvide traer a Margaret."

Setiembre 7, 1938

"Margaret fue conmigo hoy. Freud tenía visitas, y tuvimos que esperar en el corredor de afuera de su habitación durante varios minutos hasta que se fueron. Margaret entró primero y se quedó diez minutos.*

Cuando entré, Freud parecía tan lleno de energía y tan contento como siempre, a pesar del hecho de que debía afrontar una operación severa al día siguiente, de la cual podría no recobrase. Dos días antes, cuando comenté acerca de su alegría, Freud había contestado: "Bueno, tal vez esté en la superficie."

Luego de haberme acomodado en el diván, dijo Freud:

* Freud me dio la bienvenida y me hizo sentar al lado del escritorio cubierto con sus libros y efectos personales y alegrado por un jarrón con claveles blancos y rojos. No se apartó de su acostumbrada y sencilla benevolencia. Me hizo sentir cómoda enseguida, y comenzó preguntándome sobre el viaje que habíamos realizado hasta Lourdes, y agregé que pensaba que nuestras tesis sobre las curas eran sostenibles. Se disculpó por traer a Smiley a través del Atlántico y luego tener que interrumpir el trabajo con él.

"¿Dónde irán ahora?", preguntó.

Le dije que antes de volver a Nueva York pasaríamos algunos días en Stratford-on-Avon, para que Smiley pudiera hurgar un poco por allí, y acrecentar su conocimiento de Shakespeare.

"¡Qué!", dijo con súbita e insólita mordacidad. "¿Es que Smiley aún cree que esas obras fueron escritas por ese muchacho de Stratford?". El profesor conocía y amaba las obras tal vez tanto como nosotros. Era a "ese muchacho de Stratford" a quien no suscribía.

Me hubiera gustado decirle sobre la "prueba de fuego" acerca de su sentimiento sobre el conde de Oxford. Pero de pronto, me di cuenta que si el profesor tenía sentido del humor, nunca lo había manifestado, y si le hubiera contado la agonía adolescente de Smiley sobre ese acontecimiento, pienso que no se hubiera divertido.

Luego Freud destacó que se alegraba de ver cómo proseguía tan fácilmente mi trabajo. Había estado trabajando en una biografía de Bernadette de Lourdes y le pregunté qué se proponía escribir después de la aparición del libro sobre Moisés.

"Bien, ése es un problema para mí ahora", respondió. "He llegado a un punto en que la escritura no parece fluir." Es una experiencia,

"Esta será nuestra última sesión. Mi operación es en la mañana, y estaré en el hospital durante una semana o diez días. Como usted se va el miércoles no podremos retomar nuestras horas."

Le dí al profesor 32 guineas en concepto de honorarios por el tiempo que había estado allí. Estaban en un sobre. Freud tomó el sobre en su mano y lo miró.

"Esto", dijo, "pagaré una semana en el hospital."

"Espero que no me crea presuntuoso", dije, "pero si usted necesita algún dinero, ya que ha sido saqueado de todo su dinero en Austria, puedo arreglar la manera de proporcionárselo."

"Ah, no", dijo agradablemente.

Comencé mi hora diciendo que tuve tres sueños en diferentes períodos durante la noche.

"Supongo que aun cuando los sueños suceden en períodos

convino, común a escritores menores y mayores. "Pero", agregó, "de todos modos dolorosa."

Hablamos algo sobre Smiley, él preguntándome sobre la vida personal de Smiley y especialmente sobre sus opiniones: sobre Lourdes y las curas. Y luego le conté a Freud cómo nos habíamos preocupado por él durante toda la primavera hasta que nos enteramos que estaba en Inglaterra.

"Sí, ése es el aspecto placentero —Inglaterra. ¡Pero con el sólo hecho de esta operación! Eso no es tan feliz." Movié sus manos expresivas. Su rostro estaba preocupado. "Es el aspecto repetitivo que resulta tan feo. El una y otra vez." Y agregó algo que no entendí bien, refiriéndose, tal vez al hecho de que yo lo venía a ver por última vez.

Me levanté para irme. Nos dimos la mano, y recordando la suave prontitud con que finalizaba las entrevistas, me dirigí hacia la puerta.

Pero un leve sonido me detuvo, y me di vuelta. Estaba parado al lado del jarrón con claves, seleccionando cuidadosamente dos para mí, uno de cada color, perfectos y en plena lozanía.

Resultaba casi intolerable dejarlo allí, un exiliado viejo y enfermo, entre compañeros exiliados infelices.

Pero de alguna manera, Freud nunca podía estar ni viejo ni enfermo. En su pequeño cuerpo, pero gran presencia, siempre era para nosotros el gran explorador del oscuro continente del inconsciente.

Eventualmente, la posteridad podría hasta recordar a su generación precisamente por haber sido la suya, y el siglo xx de Viena, porque estuvo dominado por su presencia, así como uno dice "Asís de San Francisco", al decir "San Francisco de Asís". — M. G. B.

diferentes durante la misma noche", dije, "están todos vinculados, lo mismo que si se hubieran dado durante el mismo período de sueño."

Freud dijo que mis suposiciones eran correctas.

"En el último sueño", continué, "me parece que tengo éxito y un sentimiento de buena suerte... Me aventuro a pronosticar que su operación va a ir bien."

"Bueno, tal vez sea la realización de un deseo suyo", dijo Freud.

"Tal vez sólo es superstición", respondí, "pero aún siento que su operación va a salir bien".

Uno de los sueños estaba referido al miedo de un ataque homosexual.

"Eso", dijo Freud, "es la causa de la mayor resistencia y miedo en los hombres."

Le pregunté al profesor por qué creía que los analistas eran esenciales para el avance del psicoanálisis.

"Porque", dijo Freud, "el psiquiatra que adopta el psicoanálisis está fundamentalmente interesado en las necesidades terapéuticas. Este objetivo no debe subestimarse, pero no es el principal, ni tampoco el objetivo esencial del psicoanálisis. El objetivo fundamental del psicoanálisis es contribuir a la ciencia de la psicología y al mundo de la literatura y la vida en general."

"En otras palabras", dijo, "el psiquiatra que incorpora el psicoanálisis a su método, está principalmente interesado en la terapia, mientras que el analista profano puede estar interesado en investigación."

"Sí", dije, "es verdad."

Refiriéndome a las leyes de Nueva York contra los analistas profanos dije, "estoy seguro que usted debe apreciar que aun si el grupo de Nueva York quisiera tener analistas profanos, sería legalmente difícil".

"Se debe a la actitud del grupo psicoanalítico de Nueva York que se aprobaran esas leyes", replicó Freud.

Estuve de acuerdo que podía ser así.

"En Inglaterra", continuó Freud, "hay total libertad para hacer análisis profano. Todo lo que tienen que hacer es decir

que no firmarán una receta ni van a medicar a sus pacientes, y pueden practicar libremente.”

Le pregunté a Freud si el grupo británico de analistas sentía que estaba dominado por la Asociación Psicoanalítica Internacional.

“No”, respondió.

“Entonces, debe ser la costumbre del pueblo judío la de destruir, despedir, y matar a sus maestros”, dije. “Ellos apedrearon a los profetas y crucificaron a su gran maestro.”

“El grupo americano es en gran parte judío, dominado por Rado”, dijo Freud, “mientras que los americanos” —refiriéndose a los no judíos— “no parecen ser mucho mejores.”

“Bueno, tal vez no ahora precisamente”, repliqué. “Pero más tarde pueden convertirse en los mejores y hacer progresar la ciencia del psicoanálisis.”

“Esperemos”, dijo Freud.

Cuando me levanté para irme, agregó: “Bueno, tal vez pueda ser usted el que desarrolle la ciencia del psicoanálisis.”

Luego hablé del bien que había recibido de él —no simplemente de lo que había dicho, sino de su personalidad y actitud. Hablé de la necesidad de los hombres entre los cincuenta y cinco y los sesenta años de tener una filosofía que les permita seguir con confianza y satisfacción. Citando los versos de “Rabbi Ben Ezra” (“¡Envejece conmigo! Lo mejor aún está por llegar”), dije: “No creo que lo mejor vendrá a los cincuenta o sesenta. Si uno tiene algo bueno, está en lo mejor de la vida cuando tiene treinta o cuarenta.

“Tiene razón”, dijo Freud.

“Pero por lo menos”, proseguí, “podemos seguir satisfactoriamente si contamos con una filosofía correcta. Como dice Shakespeare, ‘Los cobardes mueren muchas veces antes de morir’, y cuando uno llega a la edad de morir, es fácil morir.” Y nuevamente cité a Shakespeare: “Los hombres soportan su partida, como su llegada al mundo: La madurez es todo.”

Luego hablé de Margaret, diciendo que si su libro tenía éxito, se sentiría más segura frente a su trabajo.

“¿No cree usted que tendrá éxito?”, preguntó Freud; su tono de voz indicaba que él no lo dudaba.

“Sí”, repliqué. “Pienso que lo tendrá.”

“Creo que será exitoso”, dijo Freud —refiriéndose a su trabajo y a este libro en particular—. “Se lo puede decir, si así lo desea.”

Mientras me levantaba para irme, Freud me tendió la mano y dijo: “Me sentiría contento de verlo, si usted puede, en cualquier momento que desee venir... ¡Adiós!”

¡Qué diferente esta escena de despedida en el Hotel Esplanade, a las dos partidas anteriores en la vieja villa de Grinsing! Desde la última vez que había visto a Freud, el año anterior, todo el mundo estaba convulsionado.

NOTAS Y COMENTARIOS BIOGRÁFICOS

por Margaret Gray Blanton

En el trabajo de refacción y de agregado de notas al pie para este material, he tomado creciente conciencia del hecho de que por este diario, uno puede llegar a tener una descripción parcial y tal vez distorsionada de mi esposo. Así es que, quizá sean necesarias unas pocas palabras sobre su origen y primeras experiencias.

Smiley siempre había insistido en que, eventualmente, escribiría una autobiografía, que acentuara especialmente la educación de una persona completamente sumergida en la historia de la Guerra Civil y la historia de frontera del estado del sur de Tennessee. Hasta la había conversado con editores.

Su gente había venido a la zona de Nashville desde Virginia y Maryland, y conocía la historia y la tradición de la Guerra Revolucionaria y de la Guerra de 1812 en la que muchos de ellos habían sido soldados. Su herencia étnica era inglesa, escocesa, irlandesa, galesa y fronteriza, con un fuerte agregado de francés hugonote.

Y en el sur, de un grupo así uno hubiera dicho muy correctamente "la familia", porque la familia era una unidad muy básica, construida sobre el proyecto del clan y que contenía tanto sus faltas como sus virtudes. Es seguro que ser un miembro de ella es serlo siempre, ya que después del país, la lealtad más fuerte del hombre, era hacia la familia.

Toda el área de Nashville, en la que había crecido, había sido ocupada por tropas durante la Guerra Civil, y hubiera sido muy difícil apoyarse en una cerca sin levantar un *souvenir* de la pelea. Los niños buscaban balas en lugar de tréboles de cuatro hojas.

Meredith Blanton, abuelo de Smiley, vino del condado de Cumberland, Virginia, inmediatamente después de la guerra

de 1812 en la que había servido. Meredith se estableció en un lugar cerca de Shelbyville, que luego fuera conocido como Unionville. Allí, en mayo de 1812, nació Smiley. Su madre, Sarah Araminta Brunson —Sally, la llamaban— de origen hugonote, había ido allí a enseñar. Cuando Smiley aún era un niño, se mudaron a la casa de una hermana viuda de su madre, en el recodo de Pennington del Río Cumberland.

Allí murió la madre de Smiley, y su padre se casó con la viuda de Pennington, que era la hermana de Sally Brunson. Del recodo, luego de tanto tiempo, la familia se mudó a la vieja casa natal en Murfreesboro Pike, construida en 1828, en los alrededores de Nashville; cerca de donde el resto de la familia se había establecido originariamente.

Smiley era el único niño entre cinco adultos de su propia familia y dos negros adultos que habían estado con la familia desde los días de la esclavitud.

Sus compañeros más importantes, durante sus primeros años, eran los diversos animales del lugar, pero más que todos un perro imaginario llamado Nooks. Nooks dormía con él, se sentaba con él, jugaba con él, y se alimentaba sentado a la mesa. El perro imaginario se volvió tan real a la familia que alguno de ellos lo recordaba como un verdadero animal. Eventualmente, murió y se hizo un funeral, en el jardín de las rosas, al que asistió la familia.

Todo el grupo adoraba a Smiley, y Smiley siempre sintió que había sido muy malcriado. La gente que observó la situación no pensaba lo mismo. Pensaban que él había estado muy controlado, sobreprotegido y sobrestimado, y que la familia había desarrollado en él una tenacidad y empecinamiento por el cual él había pagado con gran parte de su energía y a menudo, con su salud. Cuando joven, tuvo tuberculosis, de la cual había muerto su madre, y sobrevivió a la malaria, que era endémica en esa parte del Sud.

Los niños en Nashville no van a la escuela muy pronto. Smiley comenzó a los acostumbrados siete años. Ya había aprendido a leer, y se había convertido en un lector extremadamente veloz y hasta obsesivo. En la vieja y enorme casa que habitaban, había un altillo que no se usaba, y cuando él se sentía acosado por los muros circundantes de adul-

tos, éste era su refugio. El altillo estaba lleno de libros descartados, que incluían poesías y muchas revistas. Había camas de plumas donde arremolinarse y ventanas bajas que daban hacia las colinas que se trasformaron en el ideal de "montañas" de Smiley.

Éste era el refugio de fines de semana de Smiley. Y las normas de esta casa presbiteriana —sólo la Biblia o Shakespeare el domingo— le daban una excusa encantadora para refugiarse.

A los ocho años, Smiley se incorporó a la iglesia, "por descuido", como lo decía él. Los domingos, iba a una pequeña iglesia metodista cercana, en Murfreesboro Pike, llamada Arlington. Un domingo, durante un "dilatado encuentro", su maestra de escuela de los domingos, de dieciséis años, excepcionalmente linda, lo besó y le preguntó si quería ir al cielo. Smiley, quien nunca podría haber resistido esto bajo ninguna circunstancia, se sumó enseguida. Pero uno de los momentos más penosos de su infancia, fue el absoluto silencio que siguió a su anuncio durante la cena, a su vuelta a casa. Sólo el joven tío "de la guerra" lo miró divertido en vez de impactado. El conflicto de esta situación lo dejó sin afiliación, y fue casi a los sesenta cuando se vinculó a una iglesia, y entonces fue a la congregación Episcopal Protestante.

En la escuela no fue querido especialmente. Él estaba obsesionado con la necesidad de "hacerlo a su manera", y hacía preguntas y sostenía opiniones que eran la desesperación de sus instructores. Sin embargo, en inglés e historia sobresalía.

A medida que iba creciendo, su gran héroe era Andrew Jackson, el ídolo popular. Muy tempranamente, demostró tenacidad en la memoria. Por poco importante que fuera, lo que aprendía seguía estando allí. Podía recordar tales minucias como el número de cañones empleados en una determinada batalla.

"La Guerra", como la llamaban en el Sur, terminó sólo diecisiete años antes del nacimiento de Smiley, pero no muy distante para el reminiscente Sud. Para él, las batallas y las campañas se parecían a un enorme juego bélico.

Decía ver el monumento de los Confederados en el Ce-

menterio de Mount Olivet (muy próximo al lugar donde él yace ahora) y la enorme muchedumbre que sollozaba por la "Causa Perdida". Se sentía confundido por no sentir una gran pena —sólo comprensión por la gente que lo recordaba tan bien. Y recordaba que en el camino hacia su casa, había pensado, mientras pedaleaba las rutas encantadas y frondosas, que perder la guerra había sido para mejor. Y también se daba cuenta de que no debía decirlo en voz alta.

Cuando terminó los grados, todos los que se preocupaban por él le dijeron firmemente que no debía tratar en forma equivalente la escuela superior, porque su salud era muy precaria. Él dijo que no opuso argumento alguno, pero que el día que debía anotarse en la Academia Montgomery Bell recorrió cuatro millas en su bicicleta y se registró.

Tampoco sus cuatro años allí fueron muy exitosos. Él decía que apenas se había "escabullido", y cuando pidió una copia de sus grados para presentar en la Universidad de Vanderbilt para entrar, tuvo que soportar la mortificación de que se le dijera que no debía tratar de hacerlo. Cuando insistió y preguntó por qué, le dijeron, en forma bastante brusca, que era "demasiado tonto" para hacerlo.

Sin embargo, llevó los papeles a Vanderbilt, y allí tuvo la buena suerte, casi la primera, académicamente: vino a caer bajo la dirección del Dr. Richard Jones.

En 1904 se graduó y tomó su B. S. (Bachelor of Surgery) nuevamente de manera algo estrecha. Esta vez, se debió a su incapacidad de aprender alemán y su disgusto por el mismo. Sin embargo, tenía un pequeño conocimiento de francés, y le gustaban las ciencias. De allí fue a Boston, donde estudió inglés en Harvard y se anotó en la escuela dramática del Dr. Curry.

En este período, se interesó en los defectos del lenguaje, especialmente el tartamudeo. Era demasiado perceptivo como para aceptar que el tartamudeo era un defecto del habla en sí misma, y se encontró apuntando a graduarse como médico y a la psiquiatría. A menudo, decía que por más largo que le resultara orientarse en la dirección correcta, nunca había habido una vuelta en toda su vida, que no lo haya movido en ese sentido.

Sin embargo, no contaba con dinero. De modo que proyectó enseñar a fin de ahorrar. Primero se dirigió a la Academia Militar de Culver para obtener un puesto en el curso de oratoria. Pero para su diversión, años más tarde, su solicitud fue rechazada porque había escrito profesor con dos efes.* Entonces se dirigió a Cornell, en Ithaca, donde fue aceptado.

Además de enseñar como instructor, cursó su primer año de medicina y un año en neurología, y organizó el Club Dramático de Cornell.

En 1909, Smiley y yo nos conocimos. Mi casa estaba en Nashville, donde aún vivía su gente. Conducíamos horas a través de las rutas frondosas de los alrededores de Nashville y exploramos en detalle el campo de batalla de Nashville. No podía decir que yo no estaba advertida.

Mi padre murió a fines de 1910, y Smiley y yo, con su salario de ochocientos dólares al año, nos casamos y comenzamos a planear el resto de sus tres años de medicina.

La vida académica en Ithaca ofrecía satisfacciones, pero Smiley decidió estudiar medicina y luego experimentarse en psiquiatría, de modo que en 1911, nos trasladamos a la ciudad de Nueva York, donde entramos en la Escuela Médica de Cornell. Él tenía veintinueve años, y contábamos con la suma de 115 dólares por mes para arreglarnos los tres años restantes. El decano Kerr lo aceptó como becario.

Fuimos muy felices y con frecuencia tuvimos hambre, pero nunca nos arrepentimos. Y una habitación en el último piso sin calefacción, de una casa de huéspedes en East 32 Street, no me asustó como lo haría ahora.

Me di cuenta enseguida que, si iba a sobrevivir con Smiley, debía aprender lo que pudiera sobre las cosas en las que él estaba trabajando. Estaba en lo cierto en esto, e insistí hasta el momento de su muerte.

Cuando él se graduó, en 1914, fuimos a la Universidad de Wisconsin donde él instaló una clínica de lenguaje e higiene mental en el Departamento de Oratoria.

Luego sumamos a nuestra familia a la querida hermanas-

* Obviamente, en inglés *professor*.

tra de Smiley, que estaba completamente paralítica. Nominalmente estuvimos en Wisconsin durante diez años, desde 1914 a 1924. Pero durante ese tiempo, fuimos a la Clínica Psiquiátrica Phipps, del Hospital Johns Hopkins, Baltimore, a estudiar. Smiley estaba con el Dr. Adolph Meyer, y yo investigaba bajo la dirección del Dr. John Watson, para quien hice un trabajo, "El comportamiento del infante humano durante los primeros 30 días de vida".

En 1917, Smiley entró al ejército en una sección médica especial de psiquiatras. En 1918, como Capitán Blanton, fue a Francia a la cabeza de un grupo de psiquiatras, asistentes y enfermeras. Fue destinado a la 2ª División y cuando terminó la guerra, estaba en una trinchera de avanzada, justo detrás de las líneas delanteras. Estuvo en algunos de los combates más importantes.

Luego fue enviado a Alemania, a Trier, a estudiar el status mental de pequeños escolares. Después de su regreso estuvimos nuevamente durante un corto período en Wisconsin, pero Smiley decidió ir a Londres a dar los exámenes del Royal College en neurología y psiquiatría. Trabajó en el Hospital Madeline y en Queens Square.

Mientras estuvimos allí, fui a la Universidad de Londres, donde trabajé en fonética bajo la dirección del Dr. Daniel Jones.

Nuevamente, de regreso a Wisconsin y de allí, en 1924, a Minneapolis, donde comenzó la orientación clínica infantil en escuelas públicas.

Allí escribimos un libro juntos, para maestros y padres, llamado *Child Guidance*. En 1927, fuimos a Vassar College en Poughkeepsie, donde Smiley dirigía la escuela de enfermería que estaban por abrir.

Eso, desgraciadamente no caminó, y desde allí, a fines de 1929, sólo unas semanas antes de la crisis de mercado, fuimos a Viena a trabajar con el profesor Freud.

No nos dimos cuenta, nadie se dio cuenta, de que la Depresión había comenzado. Durante un tiempo sólo se sabía que habían pasado cosas en el "mercado", y en cuanto al mercado se refiere, nunca había sido del todo una realidad para la gente común.

Afortunadamente para nosotros, nuestros recursos estaban puestos en cartas de crédito de bancos importantes, y en ese momento los bancos aún no habían comenzado a quebrar. De modo que vivíamos confortablemente, y pudimos despachar nuestras ansiedades en nuestras horas de análisis, que en la medida que no podíamos hacer nada por la Depresión que se aproximaba, era lo mejor.

Los amigos de Smiley me pidieron que tratara diversos aspectos de la vida de Smiley que no me siento totalmente capaz de plantear. Sin embargo, haré lo que pueda. Un campo, era la actitud religiosa de Smiley, otro, la reacción observable a su análisis, y la tercera, una vida fantasiosa que agregaba a su vida normal. Todos estos son campos muy subjetivos, y por supuesto, debo limitarme a lo que recuerdo que él haya dicho o hecho en relación con ellos.

Smiley y yo nos sentábamos y hablábamos más de lo que lo hacía la mayor parte de las parejas, sospecho. Smiley, a menudo lo comentaba divertido.

Sin embargo, teníamos ciertas "reglas" de procedimiento. Podíamos hablar sobre cosas polémicas a la mañana cuando recién nos levantábamos, podíamos hasta discutir un poco, aunque siempre nos separábamos con un cariño. Pero cuando Smiley venía a casa del trabajo a la noche, nos manteníamos rigurosamente fieles a las formas de "compañía" mejores y más cordiales que podíamos desarrollar, y tratábamos de que la hora de la cena fuese tan interesante como relajante. La única excepción a esto era una escena de impaciencia por mi parte si él llegaba tarde. Podía tolerar hasta cuatro minutos. Tal vez siete. ¡Pero diez minutos era una pataleta! Y utilizaba mis mejores dotes dramáticas en esas pataletas.

Fuera lo que fuese Smiley con otra gente, siempre llegó tarde conmigo. Durante la mayor parte de nuestra vida juntos, yo hacía la cena. La hacía muy bien, y demorarla la arruinaba y me enojaba. También él tenía la tendencia a quedarse trabajando hasta muy tarde.

Cuando llegaba tarde, intentaba varias tácticas divertidas, tales como la más antigua, la de arrojar el sombrero. Y si era lo suficientemente tarde, yo elaboraba un show para él y lo volvía a arrojar hacia afuera.

El temperamento de Smiley era más apacible que el mío. Era lo suficientemente cortés como para decir que se debía sólo a que mi tiempo de reacción era demasiado breve. Pero, agregaba, ya que él no se enfurruñaba, un tiempo de reacción breve sólo se agregaba a lo excitante de nuestra relación. Poner mala cara por parte de cualquiera de nosotros hubiera sido considerado causa de divorcio.

Cuando llegaba dentro de los límites de tiempo, generalmente se jactaba refiriéndose a sí mismo como Smiley-siempre-a-tiempo-Blanton o variaciones, y lo tomábamos a chanza. Durante la cena, hablábamos sobre las cosas interesantes que nos habían pasado durante el día, arañando algunas veces el fondo del barril.

Aun durante las guerras, pocas veces hablamos de eso en la mesa. Y las noticias de radio eran tabú. Nunca discutíamos finanzas, no importa cuán bajas estuvieran en ese momento.

Por supuesto, tales normas rígidas a menudo nos llevaban a caer en abstracciones, y ya que Smiley leía en todo momento disponible, día o noche, y leía ampliamente, eso no era demasiado difícil.

Lo que oí de sus convicciones religiosas, generalmente surgía en ese momento. Después de la cena, la conversación a menudo continuaba hasta entrada la noche, y cubría un campo muy amplio.

Lo que recuerdo con mayor vivacidad, era su incertidumbre respecto de la cristiandad que había sobrevivido pese a las continuas violaciones de lo que había enseñado Cristo. Eso, él consideraba, era la razón básica para la existencia de la iglesia, y volvía una y otra vez, a lo que él consideraba la filosofía dominante: "Ama a tu prójimo como a tí mismo". En cuanto a él se refería, decía, esto cubría todo. Para él, las ideas desarrolladas por los doctores de la iglesia no significaban nada. Nunca les hizo caso, y nunca pudo ser persuadido de aceptar doctrina alguna hecha por el hombre a las que se refería como "retóricas". En este contexto él podía decir, para la pena de sus amigos, que no tenía religión.

Admiraba mucho a San Pablo, primeramente por su bella

escritura. Yo no, por su actitud con las mujeres, y era una causa de desacuerdo frecuente entre nosotros.

Tal vez no era tan simple como parecía, porque Smiley y yo teníamos un tema sobre el cual no podíamos convenir nunca, que hasta debíamos descartar de la conversación: el lugar de las mujeres en la sociedad occidental. Desde mis primeros recuerdos, yo había sido una feminista ardiente. Yo sentía que Smiley estaba en total desacuerdo conmigo.

Cuando yo introducía el tema, Smiley exclamaba: "¡Ahí viene con su obsesión!" Y yo contestaba: "Sigue, y pronuncia el resto del discurso", ¡y él lo hacía! "Bueno, tú sabes tan bien como yo que la mujer es superior al hombre", lo cual siempre me daba ganas de golpear, o al menos de dar portazos. Si hubiera dicho "igual al hombre", yo le hubiera agradecido el cumplido. Pero nunca lo hizo. Él sólo decía "superior", y yo sabía que él no lo pensaba realmente.

Me pasaba horas tratando de convencerlo que uno de los problemas fundamentales de la sociedad actual, es la incapacidad del hombre para creer en la igualdad de los sexos y su necesidad de degradar el sexo de la madre. Nunca tuve éxito, pero nunca me di por vencida. ¡Entonces, él me hacía encolerizar, dándome respuestas caprichosas! A él le gustaban las extravagancias. Especialmente respecto de los animales. Influencia del tío Remus, decía. Para él, todos los animales eran gente, y cuando "la conversación decaía hacia el fondo del barril", como le gustaba decir citando al tío Remus, él se recostaba sobre el mundo del "juego de compinches". Se deleitaba con la Sra. Ratona, lo mismo que con los ratones verdaderos. Pero dependía de mí para tejer el argumento alrededor de ellos. Solía decir que era inevitable, que él debía casarse con una escritora de ficción. Si yo no lo hubiera sido, me hubiera tenido que convertir en una.

Una vez, lo habló con el profesor Freud, cuyo comentario fue "Usted, obviamente, se ha casado con Scheherazade."

Cuando se estaba muriendo, se obstinó en quedarse sin enfermera nocturna. Trató de convencerme de ello. Finalmente recurrí a la Sra. Rata. ¿Si él no tenía enfermera nocturna, cómo podía entrar a verlo la Sra. Rata? Y entonces iba a tener problemas, porque no tenía un lugar seguro para

quedarse en su habitación, ya que generalmente vivía en sus chinelas de noche. Estuvo tranquilo un rato. Luego puso su mano debajo de la almohada donde tenía una pequeña linterna. "Ella puede venir y quedarse junto con la linterna", dijo. "La tendré para conversar durante la noche."

Si bien parece algo superficial escribir estas cosas sobre él, no lo es. Un día, me recordó que un hombre que escucha los problemas de los otros todo el tiempo, necesita un mundo de fantasía para poder escapar. Y él lo tenía.

De todo lo que he escrito aquí, este capítulo será el más inadecuado, por ser el menos objetivo. Pero todos los que han visto el manuscrito lo consideran necesario para hacer una evaluación de los efectos de su análisis.

También será el más difícil, en parte porque también yo estaba en análisis al mismo tiempo, y resulta difícil discernir los cambios en dos personas y evaluarlos. Me lleva también a una discusión acerca de nuestra relación antes del análisis comparada con el período posterior al mismo, y a ciertas cosas que yo consideré como cambios temperamentales debidos al mismo.

El tenía muchas contradicciones en su modo de ser. Por ejemplo, sabía exactamente lo que quería hacer y cómo se proponía hacerlo, sin timidez alguna. Pero, ya que ciertas partes de su educación habían sido descuidadas —música por ejemplo, las artes y la arquitectura— y como fueron mis puntos fuertes desde el punto de vista de mi educación, él dependía enteramente de mis opiniones. Tenía que cuidarme, en verdad, de expresar una opinión casual, o de pronto lo iba a encontrar citándome como expresando una certeza.

Su mente estaba atenta a los nuevos estudios de profundidad sobre comportamiento y se canalizó en ese sentido, mientras que mi educación en ese aspecto había sido muy descuidada. Estudié algo durante un par de años intensos para luego tener ideas y opiniones y expresarlas descuidadamente.

Por ejemplo, una vez pasé algún tiempo estudiando los ríos del país. Smiley adoraba oírme hablar sobre ellos, aunque su verdadero amor era por las montañas. Otra vez, cuando estábamos en Inglaterra, pasé un intenso período estudiando la arquitectura del país de Cotswold, mientras él caminaba

por el Wye Valley y aprendía su historia. Compartíamos nuestros hallazgos y aprendíamos uno del otro.

Ambos amábamos la historia del Sur, pero diferíamos también allí. Mi interés se centraba fundamentalmente en el establecimiento y en lo que uno podía llamar la historia folk. Él se conocía "la guerra" de memoria.

Nuestros intereses cercanos, que eran diversificados, daban para una conversación animada. Ambos éramos "desmota-dores de cerebros".

Smiley era siempre inesperado y seductor. Nunca aburría. A uno podía gustarle o no, pero no podía ser indiferente. Nunca lo vi venir hacia mí sin sentir placer, o salir sin sentir pena. La conversación entre nosotros siempre era valiosa y fluida. Especulábamos sobre cosas, causas y comportamientos, y construíamos teorías. ¡Eso durante la primera época de nuestro matrimonio!

Y luego, después de veinte años de matrimonio, ambos estábamos analizados, y otro Smiley se había desarrollado en él, y sin duda, otra en mí.

Dos cosas le pasaron a él. Primero, hubo cambios en su apreciación acerca de su familia. Por ejemplo, siempre había querido mucho a su abuela Emily Brunson, y le temía. Ella era una pequeña persona formidable, muy cariñosa con él, pero también muy agresiva. Siempre me pareció que ella tenía dos rasgos destructivos. Siempre sabía más, y regañaba a Smiley para que viviera según sus ideales.

Su padre era para él una figura algo sombría. Se querían mucho, y su padre hizo todo lo que pudo por su hijo, pero no tenían prácticamente nada en común, excepto su pasado. Su conversación siempre caía en la reminiscencia.

Y luego de analizarse, y que el profesor Freud se convirtió en la querida figura de su padre, su abuela y yo, que había sido identificada con su abuela, fuimos destronadas. Su necesidad de aceptar todo lo que yo decía como la verdad palmaria se desvaneció, y se volvió muy negativo. Por supuesto, es probable que esos cambios en mí que yo no puedo ver, fueran también factores. Pero sí sé, que desde entonces, mi papel en adelante fue completamente diferente.

Tuvimos que dejar de escribir libros y artículos juntos, y tuve que cuidarme de cualquier afirmación.

Durante el primer período, retrocedimos hacia la lectura. Pero esto no salió muy bien, porque Smiley se sentía culpable por nuestra falta de contacto verbal, y empezó a leerme en alto.

Esta lectura en voz alta, fue el punto en que más nos acercamos a romper nuestro matrimonio. Eso se debió, en parte, a un juicio incorrecto de mi parte. Concebí la idea de que si yo le daba una colección completa de *Lee* de Freeman, él estaría tan ansioso por leerlo que lo haría solo, por razones de velocidad.

Pero me equivoqué. Yo llegué al límite de mi aguante una noche, cuando una cocinera se fue sacudiendo la cabeza y riendo porque todas las noches, decía, me dejaba "enterrando los muertos confederados".

Hice un viaje de veinte días a Plymouth, Inglaterra, por barco, y estuve de acuerdo en volver cuando él hubiera terminado. Me quedé varios meses en Londres, donde trabajé en la biblioteca del Museo Británico. Estaba buscando datos para una posible vida de Thomas Becket y Henry II.

Él me escribía cartas usualmente encantadoras, y juró no leerme otra vez en voz alta. Lo logró. Encontró un nuevo departamento, compró un auto nuevo y un nuevo animal, un loro gris africano. Y volví.

¡Pero, desgraciadamente, Freeman también había escrito un *Washington*! De modo que tuve que intentar un nuevo plan de acción para engatusarlo y mantenerlo alejado de leerlo en voz alta. Finalmente, inventé todo un mundo de compañeros imaginarios y cuando venía a cenar, o a la noche, cuando ambos estábamos despiertos, nuestras vidas se llenaban con las proezas de la Sra. Ratona, quien había decidido competir con la Duquesa de Windsor o que había tratado de cascar al oficial de policía, que ambos conocíamos, en una esquina del lugar. Esto continuó por el resto de nuestra vida.

Por supuesto, aún teníamos cantidad de cosas en común. Por ejemplo, ambos teníamos gran apego por la buena comida, en una ciudad llena de buenos restaurantes, pequeños o grandes.

En ese momento, Smiley se volvió un jugador de golf casi obsesivo, y yo no tengo capacidad para los deportes. Pero salíamos juntos en viajes de golf, yo con una valija de documentos históricos para ordenar y clasificar, él con una enorme valija llena de palos de golf.

Él amaba su Sleepy Hollow Club, iba y venía de allí a Thunderbird Club en Palm Springs, California.

Su mayor interés, por supuesto, estaba en la Fundación Americana de Religión y Psiquiatría que él y el Dr. Peale estaban organizando. Él pensaba que era antisocial que estas dos partes integrantes de nuestra cultura no estuvieran coordinadas.

Después de que yo dejé de escribir con él, él y el Dr. Peale escribieron dos libros juntos.

Luego él comenzó a escribir por su cuenta, y yo comencé a escribir sola también. Su mejor libro, pienso, fue *Love or Perish*. Mi biografía era la de Bernadette, esa "pobre santita" de Lourdes. Y una novela llamada *The White Unicorn*, una descripción del Sur en 1890.

Smiley hizo una colección de poemas familiares para gente con problemas para leer. La poesía constituía en tal forma una parte de su vida que no podía imaginarla sin ella. Recordaba una gran cantidad de poemas y muchos de ellos con gran exactitud.

Smiley y yo teníamos varias costumbres que eran casi rituales. Nunca se iba de la casa sin intercambiar un tierno hasta luego. Y tenía una regla inquebrantable: que uno no debe llevar su cólera a la cama. No importaba qué hubiera sucedido entre nosotros, él venía a mí antes de irnos a dormir y decía un "lo siento; olvidémoslo". ¡A menudo, era más generoso que yo!

No dormía bien, se despertaba en la noche y leía. Cuando por debajo de su puerta salía luz durante un largo tiempo, iba y me sentaba al lado de su cama y trataba de engañarlo para que durmiera con distracciones. Siempre lo encontraba recostado sobre una pila de almohadas, una luz fuerte sobre su libro y un sombrero de felpa suave tirado sobre sus ojos para darles sombra.

Una noche, a fines de octubre, eran alrededor de las tres,

cuando entré. Le pregunté si estaba leyendo un cierto libro para dormir.

"Terminado", dijo, "y me levanté y traje éste." Era una de las vidas más viejas de Lee que tenía. "Ahora", me desafió, "criticas el modo en que él se condujo en la batalla de Sharpsburg."

"Sí", contesté, saltando en mi defensa y asumiendo el argumento donde lo habíamos dejado. "Lee peleó en esa batalla con su espalda sobre el río, sin puentes y sin botes".

"¡Oh, sí!", volvió Smiley, "pero estaba fortificado por un profundo conocimiento de su adversario! Había ido a West Point con él. Sabía que cuando ese hombre hubiera llevado a sus hombres al terreno cerca del campo, los haría descansar. Y que sus propios hombres (los de Lee) estarían listos para pelear al amanecer. Deberías estar tan bien informada como para saber que ellos no podían capturar al viejo zorro. ¡No podía hacerse!"

Le saqué el libro, y él me dejó, y yo le saqué la sombra de los ojos y enderecé el ala.

"¡Marca el lugar!", dijo. "Ellos no pudieron obtener lo mejor del Viejo!"

Al otro día, almorzamos en el Club Metropolitano y extrañamente hablamos la mayor parte del tiempo sobre la posibilidad de vida después de la muerte. Luego caminamos hacia casa bajo el sol, y él comentó lo lindo que era caminar bajo el sol del otoño juntos. En la esquina nos tocamos las manos como lo hacíamos siempre al separarnos.

Treinta y seis horas más tarde se había ido.

Durante muchos años había sido la sombra de Smiley. Durante años, por cierto, era conocida como la Margaret de Smiley. Algunas veces yo misma firmaba así. Ahora, sin duda, yo debí asumir ese papel seriamente.

Él está enterrado con su familia, bajo los árboles que amó y frente a las colinas que moldearon su infancia.

ÍNDICE

Prefacio, <i>Margaret Gray Blanton</i>	7
Introducción, <i>Iago Galdston</i>	13
Diario de mi análisis con Freud, <i>Smiley Blanton</i>	17
1929	19
1930	35
1935	54
1937	73
1938	88
Notas y comentarios biográficos, <i>Margaret Gray Blanton</i>	107



1ª edición: 4.000 ejemplares
Este libro se terminó de imprimir
el 25 de octubre de 1974 en los
talleres de GRÁFICA DEVOTO, No-
goyá 4825, Bs. As., R. Argentina.